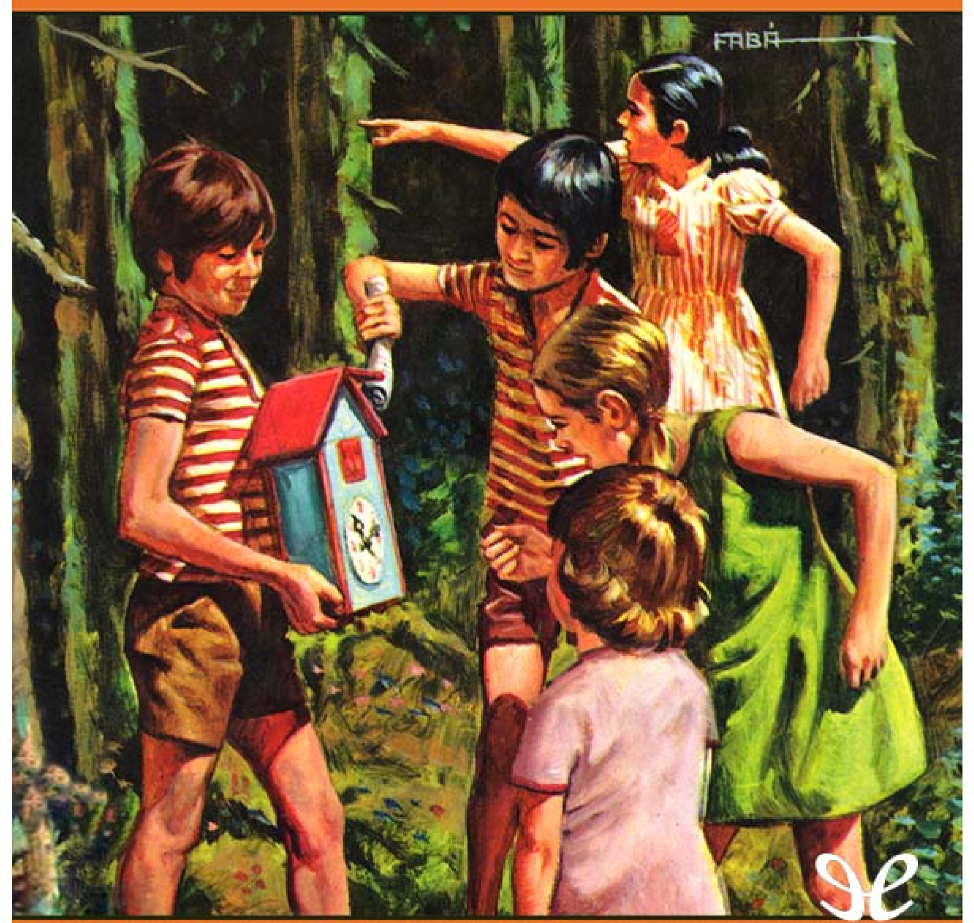
Los Hollister

Y EL RELOJ DE CUCO

13



JERRY WEST

Pete Hollister encuentra una nota (escrita en alemán) en la puerta de un reloj de cuco estropeado. Al traducirla, los niños se ponen muy contentos. El mensaje es una adivinanza que, aunque no tiene mucho sentido para ellos, es la primera pista para un nuevo misterio. La sorpresa es mayúscula cuando el señor Hollister anuncia que toda la familia va a viajar a Alemania para comprar juguetes para su tienda.





Jerry West

Los Hollister y el reloj de cuco

Los Hollister - 13

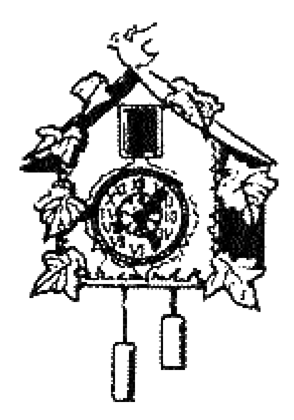
ePub r1.1
nalasss 15.09.14

Título original: *The Happy Hollisters and the Cuckoo Clock Mystery*
Jerry West, 1963
Traducción: Consuelo G. de Ortega
Ilustraciones: Antonio Borrell
Diseño de portada: Salvador Fabá
Retoque de portada: orhi

Editor digital: nalasss
ePub base r1.1



UN RELOJ DE CUCO, ROTO



—¿Cuál es la sorpresa secreta, papaíto? —preguntó la chiquitina Sue Hollister.

—Sí —adujo Holly—. Nos prometiste una sorpresa y hemos venido para verla.

Los cinco hermanos Hollister acababan de entrar en el Centro Comercial, una tienda con departamentos de ferretería, artículos deportivos y juguetes, situada en el sector comercial de Shoreham, y que estaba dirigida por su padre.

—Venid por aquí —les contestó el señor Hollister, un hombre alto y atlético, conduciéndoles a la trastienda.

Los cinco niños rebosaban entusiasmo y emoción, mientras seguían a su padre. Sue, la más pequeña, tenía cuatro años y el cabello muy rubio; iba de la mano de su padre. Junto a ella caminaba su hermana de seis años, Holly, retorciéndose una de las trencitas. A continuación avanzaba el pelirrojo Ricky, un pecosillo de ocho años. Pam y Pete cerraban la marcha. Pam, de diez años, tenía el cabello ondulado y moreno, y una dulce sonrisa. Pete, con dos años más que Pam, llevaba el pelo alborotado y era un muchachito guapo y cortés.

Una vez en la trastienda, el señor Hollister se detuvo y señaló la pared.

—¡Ahí está la sorpresa! —dijo.

—¡Son relojes de cuco! —exclamaron a coro los niños.

Todos quedaron contemplando los tres relojes que colgaban de la parte alta de la pared. Las superficies de madera de los tres relojes estaban adornadas con hojas talladas a mano y en el tejadito angular de cada uno había un lindo pajarito con las alas extendidas. Debajo, llegando casi hasta el suelo, pendían dos largas cadenas, en las que hacían contrapeso unas piñas metálicas.

En aquel momento, faltaba un minuto para las diez.

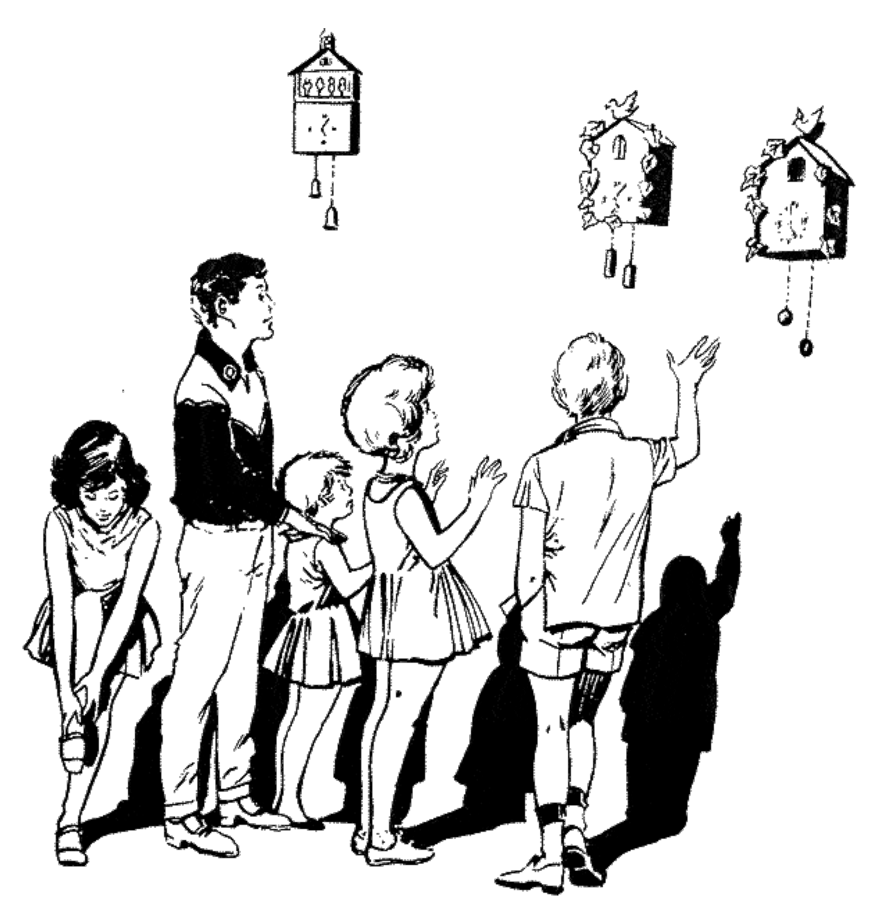
—Observad atentamente —dijo el señor Hollister.

De pronto, las puertas de los tres relojes se abrieron y otros tantos pajaritos asomaron sus cabezas.

—¡Cucú! ¡Cucú! ¡Cucú! —repitieron, acompañados por el repique de las campanadas.

Sue palmoteo alegremente, mientras Pam murmuraba:

—¡Son preciosos!



Pero cuando estaban escuchando el noveno «cucú» se oyó un fuerte ruido. ¡Plof! Una piedra pequeña se estrelló contra un reloj y luego cayó al suelo.

El pajarito del centro quedó colgado entre las portezuelas, mientras los otros dos desaparecían en sus casas. Los Hollister se volvieron y pudieron ver a Joey Brill que corría, riendo, alejándose del Centro Comercial, con un tirador en sus manos.

—¡Él ha tirado la piedra al pajarito! —gritó Holly, acusadoramente.

—¡Vamos, Pete! Tenemos que alcanzarle —dijo Ricky, rebosante de valor.

Los dos muchachitos corrieron por el pasillo y salieron de la tienda. Pero ya no se veía a Joey por ninguna parte.

—Este chico tiene muy mala intención —reflexionó Pete,

disgustado, mientras su hermano y él volvían a entrar en la tienda de su padre.

Ya el señor Hollister había descolgado el averiado reloj, y lo colocó sobre el mostrador.

—He visto aquí a Joey, esta mañana temprano —explicó el señor Hollister—. Estuvo mirando los relojes, pero nunca imaginé que haría una cosa así.

—¡Es malísimo! —exclamó Pam.

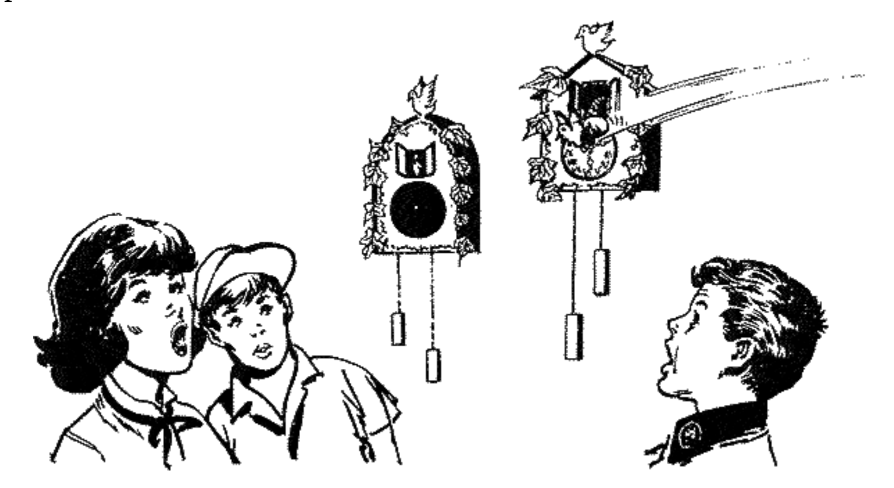
—Sí. Y es una lástima que haya hecho esto —murmuró el padre, frunciendo el ceño—. Estos relojes han llegado de Alemania.

—¿Habrá que enviarlo allí para que lo reparen? —preguntó Pete.

—No. Creo que se podrá arreglar aquí.

Mientras daba esta respuesta, el señor Hollister intentó meter al pájaro en su casita, pero el pobrecillo dejó escapar un lastimero «cucú» y se negó a entrar.

—¡Mira! La puerta está rota, papá —observó Ricky—. Por eso no puede entrar.



—Es cierto —asintió el padre—. Y el alambre que lo sostiene está doblado.

Pam observó que la portezuela estaba hecha de dos trocitos de madera, adheridos el uno al otro.

—Iré a buscar un poco de cola —se ofreció la niña.

Entretanto, Pete sacó una navajita de su bolsillo y separó las dos

tablitas para que Pam colocase la cola entre ambas. Estaba hurgando con la hoja, cuando descubrió un papel blanco entre las dos caras de la puertecita.

—¡Mirad, mirad esto! —exclamó Pete, mientras sacaba el papelito con precaución.

—¡Tiene algo escrito! —apuntó Holly.

Pam había regresado ya con un tubo de cola. Al ver el papel blanco lo extendió y dijo:

—Creo que está escrito en alemán.

—Tienes razón —concordó su padre.

—¿Serán las instrucciones para usar el reloj de cuco? —preguntó Pete.

El señor Hollister contestó:

—No lo creo. La nota está escrita a mano.

Mientras los demás examinaban la extraña nota, Pete cogió la cola y reparó la puerta rota. Sue, mirando con insistencia al suelo, encontró una piedra redondeada.

—Con esto ha hecho daño al cuco el malo de Joey —anunció la pequeñita.

—Por suerte no ha sido gran cosa —dijo, alegremente, el señor Hollister.

—Pero ¿y el mensaje? —preguntó Pete.

—Suponiendo que sea un mensaje —rió Pam.

Y, mientras el padre volvía a colocar el reloj de cuco en la pared de la trastienda, Ricky preguntó:

—¿Quién conoce a algún alemán?

Pete se acordó de Otto Elser, un carnicero alemán que tenía su establecimiento allí cerca.

—Es una buena idea —reconoció el señor Hollister—, pero necesitaría que vosotros, los chicos, me hicieseis un pequeño favor.

Mientras hablaba miraba hacia la tienda, en la que acababan de entrar algunos clientes.

—¿Nos necesitas como dependientes? —preguntó Pete.

—Lo haremos muy bien. Ya lo verás —dijo Ricky, dándose importancia.

—Entonces nosotras iremos a ver al señor Elser —decidió Pam, mientras doblaba cuidadosamente el papel y lo guardaba en el

bolsillo de su vestido—. Puede que haya algún misterio en esta nota.

Con las manos enlazadas, Pam, Holly y Sue echaron a andar calle abajo, hasta la tienda del señor Elser. El carnicero era un hombre fornido y simpático, y llevaba bigote. Como era bajo, se colocaba detrás del mostrador sobre una plataforma y parecía mucho más alto.

—Hola, niñas —saludó con su extraño acento, mientras las tres hermanas entraban en el local—. ¿Qué deseáis?

—¿Sabe usted leer el alemán? —preguntó Holly, deseosa de averiguar lo que decía la nota.

—«Jawohl, jawohl». Mejor leo el alemán que el inglés —repuso el carnicero, con una risilla—. Muchas palabras «saber» yo en alemán, pero en inglés…

Sin acabar de explicarse, movió de un lado a otro la cabeza y tomó un largo cuchillo que empezó a afilar.

—Querríamos que nos hiciese usted un favor —dijo Pam, tímidamente.

—Ya sé. ¿Queréis comprar un poco de mi salchicha casera, «ja»?

—Hoy, no —sonrió Pam—. Tenemos una nota en alemán y quisiéramos que usted nos la tradujese.

—¿En alemán? «Jawohl» —contestó el carnicero, apresurándose a secarse las manos en un paño blanco.

—¿Qué quiere decir «jawohl»? —preguntó Sue con su vocecilla cantarina.

El carnicero contestó, riendo:

—Quiere decir «sí, naturalmente». Os traduciré esa nota. «Jawohl».

Pam se acercó al alto mostrador para entregar el papel al señor Elser. Éste lo examinó con atención. Una vez levantó la vista del papel y miró por encima de las cabezas de las niñas, hacia la ventana.

—Hummm —murmuró el señor Elser, arrugando el entrecejo.

Siguió leyendo la nota y otra vez volvió a dirigir los ojos a la ventana. Las tres niñas miraban atentamente al rostro del carnicero.

—¿Dice algo importante? —quiso saber Holly.

—Puede que sí, puede que no —repuso, misteriosamente, el

señor Elser.

Después, dejando la nota sobre la balanza, buscó en el refrigerador un gran queso suizo. De él cortó tres tajaditas y dio una a cada niña.

—Gracias —dijo Pam que en seguida preguntó—: ¿Ya ha traducido usted el mensaje, señor Elser?

El carnicero miró por tercera vez a la ventana y dio un gruñido.

—¡Hum!

Los ojitos de Holly se abrieron enormemente, al descubrir un barril lleno de pepinillos en vinagre, junto al mostrador. No dijo nada, pero se lamió los labios, pensando en el rico sabor de lo que contenía el barril.

—Sí. Ya lo he traducido —dijo, por fin, el carnicero. Y, tomando nuevamente la nota, leyó:

«A las tres en la cascada.
A las seis en la chimenea.
A las nueve en la escalera de madera.
A las doce en el cuco dorado».

—¿Qué quiere decir todo eso? —preguntó Pam, asombrada.

—Es algún misterio en alemán… —contestó el carnicero.

Pam repitió lo que el señor Elser había dicho, varias veces, hasta aprendérselo de memoria.

—Muchas gracias —dijo entonces.

—«Jawohl» —replicó el carnicero—. Esperad un minuto. Os daré un sobre.

Recogió la nota, bajó de la plataforma y desapareció. Volvió a los pocos momentos con un sobre que entregó a Pam.

—Así tenéis a salvo vuestro mensaje —dijo.

Las tres niñas le dieron las gracias y salieron a toda prisa. Estaban deseando reunirse con Pete y Ricky. Pero sólo habían pasado dos casas, desde la carnicería, cuando se encontraron frente a Joey Brill y su amigo Will Wilson. Joey tenía la edad de Pete, pero era más robusto. Solía tener un gesto antipático, que no le faltaba aquel día. Will Wilson, que siempre seguía a Joey a todas partes, levantó un puño, amenazadoramente.

—Os hemos visto en la tienda del carnicero —dijo a gritos—. ¿Por qué no habéis comprado nada?

Pam irguió la cabeza y pasó ante los chicos, muy digna, sin contestar.

—¡Ja, ja! —se mofó Joey—. ¡Está enfadada porque le hemos tirado una piedra a ese reloj viejo y feo!

Pam se volvió a mirarle y dijo:

—Eres malo y por eso te gusta destruir las cosas de los demás. Pero ten cuidado porque si Pete te encuentra…

—¿Quién te crees que tiene miedo de él? —gruñó Will.

En seguida Joey se interesó por el sobre.

—¿Qué lleváis ahí? Hemos visto que enseñabais una nota al señor Elser.

—¡Tenemos otro «mesterio»! —anunció a grititos Sue, muy orgullosa.

—Es de Alemania —añadió Holly.

Cuando Pam empezó a andar, dispuesta a alejarse, Will le cortó el paso para decir, burlón:

—Un misterio… ¡Cómo si fuéramos a creerlo!

—¡Es una mentira! —declaró el antipático de Joey.

—¡No es mentira! —se indignó Holly—. Enséñale la nota, Pam.

—Eso es. Déjamela ver. Te la devolveré. Te doy mi palabra.

Antes de que Pam hubiera podido contestar sí o no, el chico le arrancó la nota de las manos. Luego se volvió de espaldas y desdobló el papel para leerlo.

—¡Caramba! —exclamó, con aire de entendedor—. Es interesante.

—¿Qué entiendes tú ahí? —preguntó Will, leyendo la nota por encima del hombro de su amigo.

Después de un momento, Joey se volvió y dio el sobre a Pam.

—Ya te dije que te lo devolvería.

Los dos camorristas se alejaron y las niñas corrieron al Centro Comercial.

—¡Ricky! ¡Pete! ¡Tenemos otro asunto misterioso! —gritó Pam.

—¡Zambomba! ¿De qué se trata? —preguntó Pete.

—No lo sé todavía —contestó Pam. Y repitió las palabras que había traducido el carnicero alemán.

—Déjame ver otra vez esa nota —pidió Pete, tomando el sobre.

Lo abrió y miró su interior. ¡Pero la nota misteriosa había desaparecido!

BROMISTAS EMBROMADOS



Pete volvió el sobre hacia abajo y lo sacudió pero, verdaderamente, el mensaje misterioso había desaparecido.

—Ahora Joey tiene la pista de todo —se lamentó Pam, entristecida. Luego contó a sus hermanos lo que había ocurrido cuando se encontraron con los camorristas.

A Holly se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¡No debí hablarles de este misterio! —lloriqueó.

—Ni yo —añadió Sue, entre hipidos.

Pete dijo que Joey o Will debieron de quedarse disimuladamente con el mensaje, aparentando que volvían a meterlo en el sobre.

—Es una suerte que me haya aprendido de memoria la traducción que nos ha dicho el señor Elser —observó Pam.

—Desde luego, todo podía haber sido peor —admitió Pete—. Pero es una lástima que Joey y Will estén enterados.

Ricky, al oír esto, se puso muy nervioso y preguntó:

—¿Crees que podrán resolver el misterio antes que nosotros?

—Puede ser —admitió su hermano mayor—. Pero vamos a ver si podemos impedirlo. Tú y yo, Pam, tratemos de encontrar a Joey y a Will, y les obligaremos a que nos devuelvan el papel.

En ese momento entró en el Centro Comercial la señora Hollister. La madre de los Hollister era una señora guapa, morena y delgada. Aquel día había ido de compras al centro de la ciudad y dijo que ella se encargaría de llevar a casa a Ricky, Holly y Sue.

—¡Qué tengáis suerte con Joey y Will! —deseó Ricky a sus hermanos mayores, mientras él salía detrás de su madre y sus hermanas.

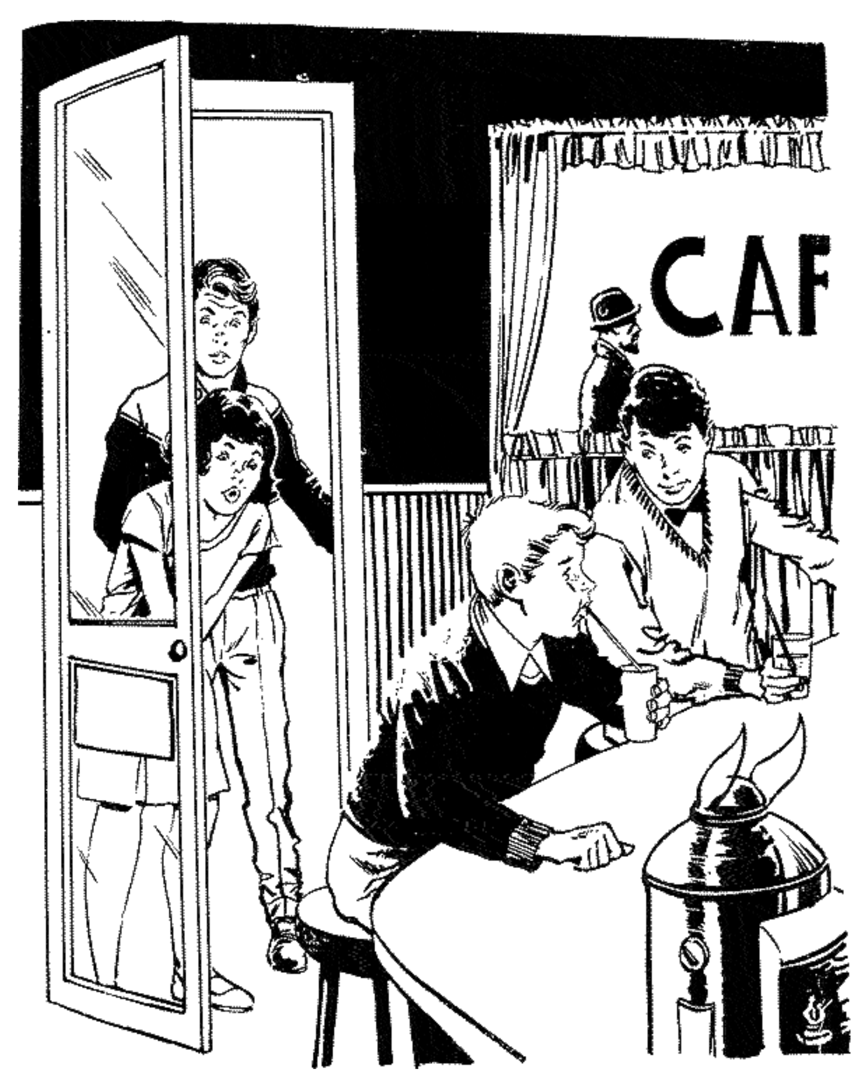
Los dos mayores también salieron de la tienda, y empezaron a caminar por Shoreham, con el deseo de encontrar a los malintencionados muchachos. Pero ni Joey, ni Will aparecían por ninguna parte.

—Seguramente están buscando a alguien que se lo traduzca —opinó Pam.

—Sí. Pero ¿a quién habrán recurrido? —preguntó Pete—. No se habrán atrevido a ir al señor Elser.

Cuando dieron la vuelta en una esquina, Pam se detuvo de repente y dijo a su hermano:

—¡Mira, acabo de verles entrar en Soda Shoppe!



Pete y Pam corrieron a la puerta de la conocida tienda de refrescos y dulces y miraron al interior de la sala. Joey y Will estaban sentados en sendas banquetas, ante el mostrador, y cuchicheaban sobre algo. En ese momento entraba en la tienda, hablando y riendo, un grupo de estudiantes de la Escuela Superior de Shoreham. Pete y Pam se mezclaron con el grupo y pudieron ir a sentarse, sin ser vistos, precisamente detrás de Joey y Will.

Los dos hermanos observaron con atención cómo los dos chicazos pedían unos helados. Cuando se los sirvieron, Joey se

inclinó sobre el mostrador para preguntar al camarero:

—¿Entiende usted el alemán?

El hombre se echó hacia atrás el gorro blanco y examinó el papel que Joey le enseñaba.

—Oye, hijo ¿tengo yo aspecto de profesor? —preguntó, riendo. Devolvió en seguida el papel a los chicos y dijo—: Siento no poder ayudaros.

Pete y Pam sonrieron, algo tranquilizados.

—¿Qué haremos para conseguir que nos devuelvan ese papel? —preguntó la niña en voz baja, mientras Joey y Will miraban el papel.

Entonces, a la mesa de los Hollister se acercó un camarero que era cliente del Centro Comercial y conocía a los niños.

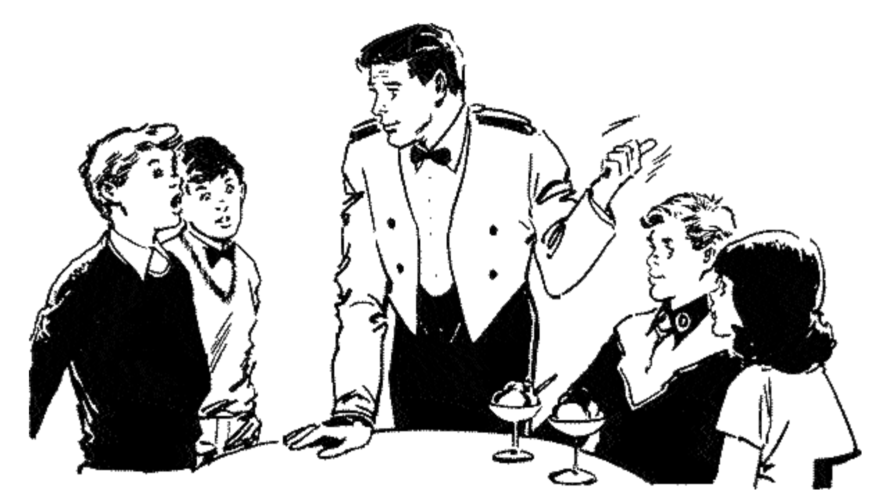
—¡Hola, Pete! ¿Qué tal, Pam? ¿Qué os sirvo hoy?

Al momento, Joey y Will se volvieron sobre sus banquetas giratorias y miraron amenazadores a los Hollister.

—¡De modo que nos estáis espiando! —gruñó Joey, con malos modos.

Pete se levantó de su asiento.

—¡Devolvedme esa nota! —pidió muy serio, acercándose a los dos chicos.



—¿Qué nota? —preguntó Will, haciéndose el inocente.

—La nota que nos habéis quitado. Hemos oído cómo preguntabais si os la podían traducir.

Pam se unió a su hermano, diciendo:

—Sí. Acabas de guardártela en el bolsillo, Joey. Yo lo he visto.

El camarero se inclinó sobre el mostrador, para gruñir:

—¡Eh, chicos! Nada de discusiones aquí. —Y dirigiéndose únicamente a Joey, añadió—: Quizá los maestros de la escuela superior puedan traducirte ese papel.

El chico se puso encarnado como un pimiento. Sin decir ni una palabra, él y Will saltaron de las banquetas y salieron corriendo de la tienda.

—¡Qué rabia! ¡Me gustaría darles un puñetazo en la nariz por haberse metido en nuestros asuntos! —dijo Pete con desespero.

Pam repuso, suspirando:

—Lo peor es que todavía tienen la nota.

Pete y su hermana fueron tras los dos chicos, teniendo la precaución de no dejarse ver por ellos. De modo que iban escondiéndose en los portales o detrás de los árboles.

—¡Mira! —exclamó Pete—. ¡Van a la escuela superior!

—¡Seguro que les traducirán la nota! —contestó Pam, de mal humor—. Hoy no tenemos suerte, Pete.

Cuando los chicos se aproximaron a la entrada, por las escaleras bajaban varias profesoras. Joey se acercó a una de ellas.

Pete y Pam vieron cómo Joey daba a la señora un papel blanco y le decía algo que no pudieron oír. Ella movió la cabeza, como diciendo que sí, miró la nota un momento y luego dijo algo echándose a reír. Joey y Will se marcharon a toda prisa.

—¡Ya está! —se lamentó Pete—. Ahora ellos saben nuestro secreto.

—Pero todavía no han resuelto el misterio —contestó Pam, deseosa de consolar a su hermano.

Camino de su casa, Pam repitió una y otra vez las palabras que les había traducido el carnicero. Cuando llegaron a su linda casita, situada a orillas del Lago de los Pinos, también Pete se sabía las palabras misteriosas.

La grande y acogedora casa de los Hollister lindaba por la fachada con la carretera y por la parte posterior con las aguas del lago. Delante tenía un bonito jardín y detrás, entre la casa y el lago, un gran trecho de prado y arboleda.

Habían llegado Pete y Pam al final del camino de coches de su jardín cuando Ricky, Holly y Sue, que habían estado jugando en el embarcadero, corrieron a su encuentro.

—¿No traéis la nota? —preguntó Ricky, sin aliento.

Pete movió negativamente la cabeza y, mientras entraba en la casa, seguido de todos los demás, dijo:

—Lo que traemos son malas noticias.

Los niños encontraron a su madre preparando bocadillos y limonada en la mesa de la cocina. Mientras comían, Pete y Pam contaron lo que les había sucedido. Al terminar la comida, la señora Hollister miró las cinco caritas compungidas de sus hijos y dijo:

—Vamos a preparar un postre especial. Esto os alegrará un poco.

Cuando acababa de pronunciar estas palabras, en el jardín sonó la bocina de un coche. Holly se asomó por la ventana y anunció a los demás:

—Es el señor Elser.

Los niños acudieron a saludar al carnicero que ya estaba bajando de su camioneta de reparto.

—Buenas tardes, señor Elser —saludó Pam—. ¿A que no sabe usted lo que nos ha ocurrido?

Y sin darle tiempo a contestar, Holly añadió:

—¡Es terrible!

—¡Es un chicote malo, muy malo! —afirmó Sue.

—Esperad —dijo Pete a sus hermanas—. Seguramente el señor Elser no sabe de qué le estáis hablando.

—«Jawohl» —dijo el carnicero, moviendo afirmativamente la cabeza—. Sé lo que ha pasado.

—¿Cómo? —preguntó Pam, extrañada.

El carnicero explicó que había visto a Joey y a Will dando vueltas alrededor de su tienda.

—¡Dios mío! —murmuró Pam—. ¿Y por qué no nos lo dijo usted?

—Sí —añadió Pete—. Porque nos han quitado el mensaje secreto y lo han traducido.

El señor Elser sonrió y su bigote se estremeció de alegría.

—¡Canastos! No tiene gracia —protestó Ricky.

—«Ja». Tiene gracia —aseguró el señor Elser, que tuvo que

sostenerse el vientre con ambas manos, para evitar que siguiera saltando tan exageradamente a causa de la risa.

Cuando acabó de reír, sacó de su bolsillo un pedazo de papel blanco y se lo entregó a Pam.

—Aquí tienes la verdadera nota. Metí otro papel en el sobre que os di, porque me imaginé que esos latosos de Joey y Will podrían quitárosla.

Las expresiones de incredulidad de los cinco Hollister se convirtieron pronto en alegres sonrisas.

—¿Y qué metió usted en el sobre, señor Elser? —preguntó Pete.

El carnicero arqueó las cejas y volvió a reír de buena gana antes de decir:

—La lista de compras de la señora Meyer.

—¿Escrita en alemán? —preguntó Pam.

—«Ja». La señora Meyer escribe perfectamente el alemán —explicó el carnicero—. En el papel que puse en el sobre decía: «Apreciado señor Elser: Tenga la bondad de enviarme salchichas y dos libras de morcillas».

Los niños se echaron a reír, y Ricky dio unas zapatetas de felicidad. Luego se echó al suelo, dio tres volteretas seguidas y quedó tumbado de espaldas sobre el césped. ¡Los camorristas habían quedado embromados!

—«Ja». Si existe algún misterio en Alemania —dijo el señor Elser—, me gustaría que vosotros, los Hollister, lo resolvieseis. Tal vez Gerhart Elser, mi primo, podría ayudaros. Es capitán de un gran barco que viaja por el río Rhin. Se llama el «Eureka».

El simpático carnicero se acercó entonces a la furgoneta y sacó un paquete que dio a Pam.

—Una pequeñez para cada uno —dijo.

Luego se despidió y puso en marcha la furgoneta.

Pam desenvolvió el paquete, que estaba húmedo, con precaución. Dentro iban cinco gruesos pepinillos en vinagre.

—¡Hammm! —exclamó Holly—. Esto sí es un postre especial.



Los cinco niños corrieron a la casa saboreando ya los pepinillos que tanto les gustaban. Holly insistió para que su madre comiese un par de bocaditos del suyo mientras Pam contaba lo que había ocurrido con el mensaje. A la señora Hollister le brillaban los ojos de alegría.

—Veo que se han cambiado los papeles —comentó.

—¿Dónde están los papeles? —preguntó Sue, llena de asombro, empezando a buscar por todas partes.

Sonriendo, Pam explicó a su hermana:

—Lo que mamá ha querido decir es que, primero, Joey y Will nos engañaron a nosotros y ahora nosotros les hemos engañado a ellos.

Habían acabado de comer y de lavarse las manos cuando llamaron a la puerta. A través de la persiana que cubría la puerta se veía la alta silueta de un hombre.

—¿Puedo entrar? —preguntó el recién llegado.

—¡Tío Russ! —exclamaron a coro los cinco Hollister.

—¡Santo cielo! ¡Qué sorpresa! —dijo la madre—. ¡Cuánto me alegre verte!

Cuando el visitante entró en la sala todos los niños le rodearon, entusiasmados. Russ Hollister era el hermano menor de su padre, hacía historietas cómicas para varios periódicos y vivía con su mujer y sus dos hijos en la ciudad de Crestwood.

—Mientras iba por la autopista de peaje hacia Nueva York, se me ocurrió quedarme aquí a pasar la noche —explicó tío Russ.

Los niños jugaron toda la tarde con su tío favorito y no cesaron de hacerle preguntas sobre Crestwood, en donde antes habían vivido también ellos, y sobre sus primos Teddy y Jean.

Aquella noche, cuando estaban cenando, a Pete se le ocurrió preguntar:

—Tío Russ, ¿cómo está el señor Spencer, aquel señor tan simpático al que ayudamos a resolver el secreto de las monedas de la suerte?

—Muy bien —replicó su tío. Y guiñando un ojo, con aire de misterio, añadió—: En parte, él es el motivo de que yo esté aquí.

—¿Es que el señor Spencer tiene otro misterio? —preguntó, en seguida, Ricky.

—Algo de eso hay —fue la contestación que le dio su tío.

—¡Cuéntanos lo que es, tío Russ! —suplicó Holly.

Tío Russ dijo que en casa del señor Spencer se había declarado un incendio y en él había quedado destruido un león.

—¡Oooh! —exclamó Pam—. Yo no sabía que ese señor tuviera un león.

—Era de madera, naturalmente —explicó su tío, riendo—. Hace años, el padre del señor Spencer compró, en Alemania, un gran león tallado en madera. Pagó por ello un alto precio, ya que había sido tallado por un famoso «Schnitzelmeister».

—Un «Schnitzel»… ¿qué? —preguntó Pete, sin comprender.

El señor Hollister explicó que, en alemán, se llamaba «Schnitzelmeister» a un artista especializado en hacer tallas de madera.

—No quedan muchos artistas de esa especialidad —concluyó.

—Tienes razón, John —asintió tío Russ—. El caso es que al señor Spencer le gustaría conseguir otro león.

—¿De tamaño natural? —preguntó Ricky, mientras hacía desaparecer de un bocado un gran pedazo de pastel de chocolate.

—No tanto —contestó tío Russ, riendo—. Del tamaño de «Zip».

Y mientras hablaba señaló con el dedo al hermoso perro de aguas de los Hollister que les contemplaba desde la alfombra de la sala.

—Pero ¿cómo vamos a poder nosotros ayudar al señor Spencer a encontrar otro león? —preguntó Pam.

Por un momento, tío Russ pareció sorprendido, pero en seguida contestó:

—Durante nuestro viaje a Alemania.

Los cinco niños Hollister quedaron atónitos y se miraron unos a otros sin comprender.

—¿Un viaje… a… Alemania? —tartamudeó Pete, asombrado—. ¿Qué quieres decir, tío Russ?

El dibujante hizo un guiño y acabó cerrando los ojos, como esperando una reprimenda.

El señor Hollister sonrió y se inclinó a palmear el brazo de su hermano, diciendo:

—¡Vaya, Russ! ¡Ya has tenido que sacar el gato de la bolsa!

«HUND UND KATZE»



—¡Nos vamos a Alemania! —gritó Pete, sin poder contener su alegría.

—¿Por qué no nos lo dijiste, mamá? —preguntó Pam, que casi no creía que pudiera ser verdad aquella gran noticia.

La señora Hollister repuso que su marido y ella no habían tomado una decisión hasta hacía pocos días.

—Y pensábamos daros la sorpresa mañana —añadió.

—Pero yo no he visto salir a ese gatín de la bolsa —protestó Sue, mirando a uno y otro lado.

Holly se echó a reír y explicó a su hermana:

—Lo que papá ha querido decir es que tío Russ nos ha descubierto el secreto antes de tiempo.

A partir de ese momento, en casa de los Hollister no cesaron de oírse preguntas nerviosas y contestaciones apresuradas. Todos se sentían entusiasmados, pensando en el viaje a Alemania.

—Ahora podremos solucionar el misterio de ese mensaje del reloj —dijo Pam.

—Suponiendo que encontremos alguna pista que seguir —repuso Pete.

Tío Russ les recordó:

—Y al mismo tiempo, podréis buscar algún tallista de madera.

—¡Leones y cucos! —comentó alegremente la señora Hollister—. ¡Será una aventura magnífica!

—Si encontramos algún «Schnitzelmeister» a lo mejor nos enseña a hacer pajaritos y otras cosas de madera —dijo Ricky, esperanzado.

Tío Russ les propuso que empezasen a hacer prácticas en seguida.

—Se puede tallar en jabón. Es una buena manera de aprender.

—¿Quieres enseñarnos a hacerlo? —pidió Holly a su tío—. Antes, ayudaremos a mamá a fregar los platos.

Cuando se concluyeron las tareas de la cocina, la señora Hollister les dio unas pastillas de jabón y unos cuchillos pequeños, que cortaban bien, pero no eran demasiado afilados. Así los niños no podían hacerse daño. Pam extendió unos periódicos sobre la mesa de la cocina y todos se sentaron a trabajar, siguiendo las instrucciones de su tío.

Ante todo, tío Russ dibujó una figurita en cada pastilla de jabón.

—¡Qué bien! El mío es un patito —informó Sue.

—Yo tengo un perro —dijo Holly.

—Y yo una cabra —anunció Ricky, muy orgulloso.

El tío dibujó un niño para Pete y una niña para Pam. Luego enseñó a sus sobrinos cómo debían ir cortando los pedacitos de jabón que sobraban para que el dibujo se convirtiese en una figurita.

—Seguid bien el contorno que he dibujado —les dijo tío Russ— y no cortéis demasiado profundamente, para que no se rompa la pastilla.

Sue trabajó afanosamente en su patito, pero pronto empezó a bostezar. Cuando se le empezaron a cerrar los ojos, Pam la tomó por una mano, diciendo:

—Es hora de acostarse, Sue.

—No dejéis que mi patito se marche nadando —pidió la pequeña, mientras subía las escaleras, medio dormida.

La señora Hollister subió a meter en la cama a la pequeñita y Pam volvió a su trabajo con la pastilla de jabón.

Ella y Pete fueron los primeros en acabar las figuritas y su tío aseguró que lo habían hecho muy bien.

—Seríais buenos tallistas —les dijo.

—Pero a nosotros nos gusta más ser detectives —confesó Pete.

Él y su hermana se marcharon a la sala para hacer planes, con sus padres, sobre aquel viaje de vacaciones. Holly y Ricky quedaron en la cocina con su tío, trabajando en las figuras de jabón.

—¿Cómo se te ha ocurrido elegir Alemania para hacer este viaje, papá? —preguntó Pete, dejándose caer en el sofá.

Su padre explicó que irían a muchos lugares de Europa, pero que Alemania sería el primero porque allí tenían que comprar juguetes para el Centro Comercial.

—Y adornos de escaparate para Navidad —añadió la señora Hollister.

Pete y Pam se enteraron de que irían en avión, desde Nueva York a Frankfurt. Allí tendrían tiempo los niños de ir a donde quisieran.

—¿Quieres decir que podremos buscar pistas sobre el reloj de cuco?

—Sí. A ver si encontráis alguna buena pista —les deseó el señor Hollister.

—Tendremos que hacer algo con los animalitos —recordó la madre—. No podemos llevarlos con nosotros.

Pete dijo entonces:

—Estoy seguro de que Dave Meade querrá cuidar de «Zip».

—Donna Martin podría quedarse con «Morro Blanco» y sus mininos —opinó Pam.

—Y «Domingo» se quedará en su establo del garaje —concluyó el señor Hollister—. Indy Roades vendrá a traerle comida.

—Y montará en él alguna vez —sonrió Pam.

«Domingo» era el burrito que, cierta vez, regalaron a los Hollister. Indy Roades, un verdadero indio de Nuevo Méjico, trabajaba en el Centro Comercial y quería mucho al burrito.

—Mañana por la mañana iremos a ver a Dave y a Donna —decidió Pete.

Cuando llegó la hora de acostarse, las figuritas de jabón estaban terminadas y tío Russ había retocado un poco el pato de Sue. Entonces se recogieron los trocitos de jabón sobrantes para que la señora Hollister los aprovechase en la lavadora. Luego todos fueron a acostarse.

A la mañana siguiente, después de desayunar, Holly fue al sótano para dar leche y carne especial para gatos a «Morro Blanco» y sus hijitos, que se llamaban «Tutti-Frutti», «Mimito», «Bola de Nieve», «Medianoche» y «Humo».

Los peludos animalitos descansaban, hechos unas bolitas, en la cómoda cesta forrada con tela acolchada. Pero cuando vieron a Holly preparando las tacitas de leche, se desperezaron muy contentos y, levantando la cola, se acercaron a lamer la leche. Holly se echó a reír viendo los bigotitos de los mininos manchados de gotitas de leche.

—Ven aquí, «Mimito» —dijo a uno de los gatos, agarrándolo y sujetándolo sobre su brazo como si fuera un bolso—. Vamos a visitar a Donna Martin.



Pam y Sue se unieron a Holly y, cuando las tres niñas salían del patio, vieron a Pete que iba a casa de Dave Meade, el cual vivía en la misma calle que los Hollister, unas puertas más allá. «Zip» corría detrás de su amo. Pete encontró a Dave ocupado en recortar la hierba de su jardín.

—Hola —saludó Dave, desconectando la ruidosa máquina corta-

césped.

Dave era un simpático muchachito de cabello negro, y el mejor amigo de Pete.

—Parece que estás nervioso —comentó Dave—. ¿Acaso habéis encontrado otro misterio?

—Creo que sí —contestó Pete, agachándose para acariciar a su hermoso perro—. ¿Sabes una cosa, Dave? Nos vamos a Alemania.

—¿A resolver el misterio?

—Es una de las cosas que haremos. ¿No te importaría cuidar de «Zip», mientras tanto?

—¡Claro que no! ¿Cuánto tiempo estaréis fuera?

—No lo sé con seguridad. Unas tres o cuatro semanas.

—Papá y mamá estuvieron una temporada en Alemania.

—¿Sí? Entonces, tu madre podrá explicarme algunas cosas —dijo Pete.

—Claro que sí. Entra. Mamá está haciendo pasteles en la cocina.

Los dos amigos entraron en la casa de Dave y acercaron dos sillas a la mesa de cocina para ver cómo la señora Meade pasaba el rodillo sobre una gran porción de masa para pasteles. Pete empezó a decir:

—Me ha dicho Dave que usted ha estado en Alemania. ¿Ha visto usted allí algún reloj de cuco?

—Sí, he visto relojes de cuco —contestó la madre de Dave, una señora de cabello corto y oscuro y ademanes rápidos—. Esos relojes lo hacen en los «Schwarzwald». «Schwarz» quiere decir negro y «Wald» es selva.

—Selva Negra —comentó Pete—. Parece que sea algo de miedo o de fantasmas.

—Pues no es nada de eso —contestó la señora Meade, mientras cortaba un círculo de masa que colocó en una bandeja del horno—. Muchos de los relojes de cuco se hacen en un pueblecito que se llama Triberg.

Explicó también la señora Meade que aquel pueblo se encontraba en un valle inclinado. Y añadió sonriendo:

—Allí siempre hay que andar o cuesta abajo o cuesta arriba.

Después que Pete explicó sus planes de dejar a los animalitos en casa de sus amigos, la madre de Dave colocó una buena cantidad de

rebanadas de manzana sobre la bandeja del pastel, y al mismo tiempo explicó:

—En alemán, perro se dice «Hund». A un gato se le llama «die Katze».

—«Hund und Katze». Me acordaré de estas palabras —dijo Pete.

—Si necesitas decir señor, dirás «Herr» —continuó la señora Meade—; y para decir señora dirás «Frau».

Los dos muchachos miraron atentamente cómo la madre de Dave colocaba una capa de masa sobre las rebanadas de manzana, unía, apretando con los dedos, los bordes de la capa de abajo y la de arriba, espolvoreaba todo con azúcar y metía la bandeja en el horno.

No había acabado la señora Meade de cerrar la puerta del horno, cuando llegaron desde la calle gritos angustiados. Dave y Pete salieron corriendo a la puerta de la fachada y pudieron ver a Pam, Sue y Holly que corrían calle abajo. Pam sujetaba en sus brazos, muy apretado, a «Mimito». Joey Brill corría detrás de las niñas.

—¡Déjalas en paz! —gritó Pete al camorrista, al tiempo que él y Dave acudían a defender a las niñas.

Joey retrocedió y, levantando los puños, gritó amenazador:

—¡Si queréis pelea, venid aquí!

—¡Quería despellejar al pobre «Mimito»! —acusó Holly, estremecida de espanto.

—¿Quién iba a querer la piel de un gatucho raquítico? —se burló Joey—. No serviría ni para hacer una bufanda de muñeca.

—Creí que tenías trabajos que hacer con Will Wilson —dijo Pete —. Nos hemos enterado de que estáis resolviendo el misterio de las salchichas.

Joey le miró con ojos relucientes de rabia.

—Os habéis burlado de nosotros —vociferó el chicazo—. No sé cómo habéis podido hacerlo. ¡Pero ya arreglaremos cuentas!

—No será despellejando a nuestro gato —replicó Pete.

Joey se marchó, sacudiendo los puños.

—Adiós, salchichero —se mofó Ricky, que también había acudido en ayuda de sus hermanas.

—Menos mal que ya no nos molestará mucho tiempo —dijo Pam, dando un suspiro de alivio—. Como estaremos en Alemania…

Los hermanos Hollister volvieron a casa para comer con tío Russ. Poco después de la comida el tío se preparó para seguir su viaje y deseó a todos una feliz estancia en Europa.

—Y confío en que resolváis el misterio del reloj de cuco —añadió.

—Lo procuraremos —prometió Pam.

—Y también encontraremos el león —aseguró Holly, después de despedirse de su tío con un beso.

El resto de la tarde lo pasaron los Hollister haciendo preparativos para el viaje.

Cuando llegó la hora de la cena, todos se lavaron las manos antes de sentarse a la mesa. Sue salió del lavabo con la carita llena de lágrimas.

—¿Qué ocurre? —preguntó dulcemente la señora Hollister a su hija menor.

—Me he lavado con mi patito de jabón y ahora el «probe» no tiene cabeza —explicó Sue, entre hipidos.

—No te preocupes —la consoló Pam—. Puedes quedarte con mi muñeca de jabón. Yo me haré otra.

Después de la cena, Pete enseñó a todos sus hermanos las palabras que había aprendido en alemán y contó a sus padres lo que había averiguado sobre Triberg y la Selva Negra.

—¿Tú crees que han venido de allí nuestros relojes de cuco, papá? —preguntó Pam.

El señor Hollister dijo que no se acordaba.

—Pero la factura está archivada —añadió—. Podéis ir mañana a echar un vistazo.

—¿Por qué no vamos esta misma noche, papá? —pidió Pam—. A lo mejor descubrimos una pista.

—¡Zambomba! Es una buena idea —declaró Pete—. Yo sé dónde tienes el archivador, papá. ¿Podríamos ir ahora Pam y yo al Centro Comercial?

—Yo puedo llevaros en la furgoneta —se ofreció la señora Hollister.

—Gracias, mamá —dijo Pam, acercándose a abrazar a su complaciente madre.

Ya casi había oscurecido por completo cuando los tres llegaron a

la tienda. La señora Hollister estaba aparcando cuando Pete notó que alguien se movía en el callejón inmediato a la tienda.

—¡Mamá, hay alguien husmeando alrededor del edificio! —dijo el muchachito.

Los tres salieron del coche y caminaron cautelosamente por el callejón, mirando en todos los rincones, por si veían a alguien.

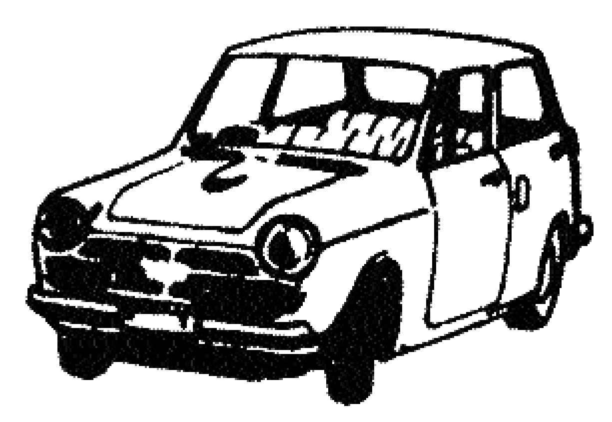
En medio de la oscuridad pudieron distinguir dos siluetas que se detuvieron ante la puerta posterior, cerrada con llave.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué quieren? —preguntó la señora Hollister.

Tomados por sorpresa, los intrusos echaron a correr hacia el pequeño prado, situado detrás del Centro Comercial.

—¡Deténganse! —gritó Pete, mientras corría en su persecución, seguido de su madre y su hermana.

UNA PISTA DUPLICADA



Los dos fugitivos pasaron a la tienda de al lado y siguieron corriendo por el otro callejón, seguidos de Pete, Pam y la señora Hollister. Al llegar a una esquina, Pete vio ponerse en marcha un coche aparcado junto a la acera. Aunque siguió corriendo tras el vehículo, pronto desaparecieron de su vista incluso las luces rojas de posición.

Volviendo junto a su madre y su hermana, que se habían quedado atrás, Pete explicó:

—Se han ido antes de que yo hubiese tenido tiempo de tomar el número de matrícula. Voy a avisar a la policía.

Fue al final de la calle, hasta una cabina de teléfono, y marcó el número del cuartelillo de policía. Se puso al aparato el teniente de guardia que le dijo:

—Tu amigo, el oficial Cal, está aquí. Le enviamos hacia allí inmediatamente.

Pete volvió al Centro Comercial, donde se reunió con su madre y su hermana y unos minutos después, en un coche policial llegó el oficial Cal Newberry. Cal era un joven guapo, de cabello rubio, que había ayudado a los Hollister a resolver varios misterios. Después

de saludarse, Pete llevó a Cal a la parte posterior de la tienda para mostrarle por dónde habían intentado abrir la tienda los intrusos.

—No pudimos verles bien, porque ya había oscurecido —explicó la señora Hollister.

—Eran dos hombres bajos —añadió Pete.

Cal decidió:

—Lo primero que haremos será registrar bien por aquí, por si viéramos alguna pista.

El oficial enfocó su linterna en el suelo y miró atentamente, por si las personas que habían estado husmeando allí habían dejado alguna pista. Pero él y los Hollister dieron la vuelta tres veces al Centro Comercial y las tiendas vecinas sin encontrar nada.

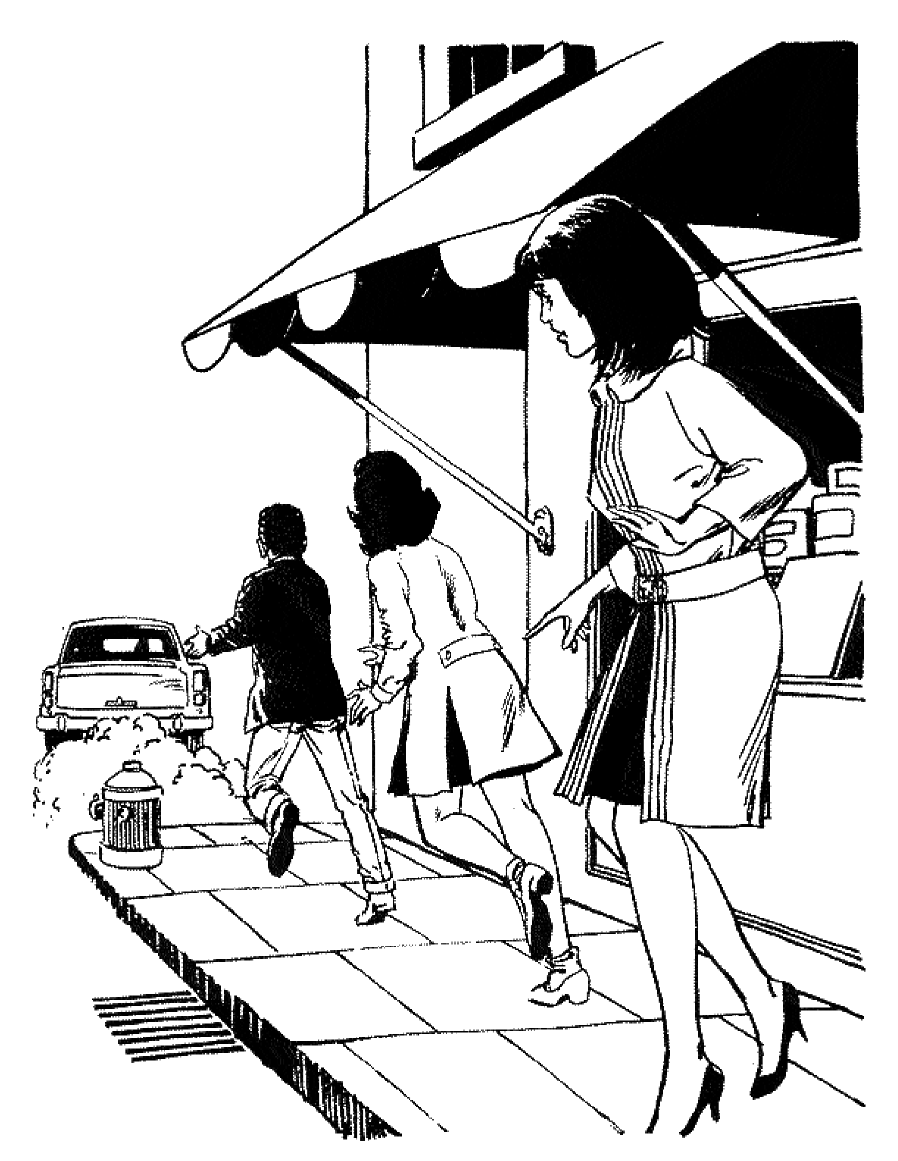
—Hay un sitio donde todavía no hemos mirado —recordó Pete, que luego habló a Cal del coche que había visto marchar velozmente.

El muchachito llevó al oficial a la parte de la calle en que había estado aparcado el coche y miró la calzada, junto al bordillo.

—¡Zambomba! ¿Qué es esto? —exclamó Pete, agachándose a recoger un pedazo de papel.

Cuando Cal enfocó su linterna sobre el papel, la señora Hollister observó:

—Es una copia, en carbón, de una factura.



—¡Pero si lleva nuestro apellido! —dijo Pam, perpleja.

—Y es de Alemania —añadió Cal—. ¿Tiene eso algún significado para ustedes?

—¡Me parece que sí! —contestó Pete, muy nervioso, mientras miraba atentamente aquel duplicado de una factura.

En la parte superior se veía el apellido y la dirección de los Hollister y debajo de la palabra Shoreham, se leían las iniciales EE. UU. El nombre de la casa comercial que enviaba la factura se

leía claramente, en letras muy grandes: «Karl Fritz, Kuckucksuhrenfabrikatio, Triberg, Schwarzwald».

—¡Zambomba! Puede que se le haya caído a uno de los hombres que se han escapado en el coche —dijo Pete.

Entre él y Pam contaron al oficial Cal lo que sabían sobre el misterio del reloj de cuco. Cuando los hermanos acabaron de hablar, Cal dijo:

—Apostaría algo a que esos hombres están intentando apoderarse de uno o todos los relojes de cuco.

—Vamos a mirar en seguida en la archivadora de la tienda —propuso Pam, muy nerviosa—. Estoy segura de que ese papel es el duplicado de la factura que enviaron a papá.

Con la llave que el señor Hollister les había dado, Pete abrió la puerta principal y todos entraron en la tienda. Pam encendió las luces y los cuatro pasaron a la oficina, donde había varios archivadores.

—Aquí está el que contiene los pedidos y facturas —indicó la señora Hollister.

A toda prisa abrió Pam un cajón y buscó el apartado donde se leía: Relojes Cuco. En un sobre encontró la factura que había llegado con el envío de Alemania.

—¡Oh! —exclamó Pam, mientras revisaba un determinado papel —. ¡Es el mismo! ¡Es el duplicado de esto lo que has encontrado, Pete!

El oficial Cal hizo comentarios de extrañeza, respecto al detalle de que aquel duplicado estuviera en América.

—Seguro que los hombres que husmeaban por aquí consiguieron nuestra dirección en esa factura —dijo Pete, hablando con el policía.

Pam sacó la misteriosa nota que guardaba en el bolsillo y se la enseñó al oficial, diciéndole la traducción.

El policía dejó escapar un silbido de admiración y dijo:

—No cabe duda de que habéis encontrado un mensaje muy importante y, ya que vais a ir a Alemania, tal vez podríais devolverle el duplicado a ese señor Karl Fritz.

—A lo mejor fue él quien metió la nota en el reloj y ahora la necesita —dijo Pam.

—¿Y crees que ha podido ser él quien ha enviado a esos dos hombres para que lo busquen? —preguntó Pete.

Antes de que Pam tuviera tiempo de contestar, el oficial Cal movió de un lado a otro la cabeza, diciendo que si el señor Fritz hubiera tenido necesidad de que se le devolviera uno de los relojes, seguramente habría escrito al Centro Comercial, pidiéndolo.

—Habría sido lo más sencillo —concluyó Cal—. Pudo enviar un nuevo surtido de relojes y pedir que, a cambio, se le devolviesen los que tenéis.

—Entonces, el que quiere encontrar la nota debe ser otra persona y no el señor Fritz —reflexionó Pete.

—Y para apoderarse de esa nota no duda en llegar al robo —añadió el policía, mientras Pam dejaba en su sitio la factura y cerraba el archivador.

Pete apagó las luces y los cuatro salieron del Centro Comercial. Antes de alejarse en el coche patrulla, Cal dijo:

—Mandaré a un hombre para que haga guardia, por si volvieran esos merodeadores.

A la mañana siguiente el oficial Cal telefoneó a los Hollister para decirles que los dos desconocidos no habían vuelto a aparecer por la tienda.

—Pero mantendré los ojos abiertos y todas las noches estacionaré a uno de mis hombres ante la tienda —prometió el policía.

Y después de despedirse de sus amiguitos con un «bon voyage», Cal colgó el auricular.

Los niños siguieron pensando en los dos hombres que habían estado rondando por el Centro Comercial y en la extraña pista que habían dejado, pero no tuvieron mucho tiempo para ocuparse del misterio.

Durante los dos días siguientes, casi no pudieron hacer otra cosa más que los preparativos del viaje. Donna Martin se había llevado a «Morro Blanco» y sus hijitos, después que Sue se hubo despedido de cada uno de los mininos dándoles un beso; Da ve Meade preparó una caseta de perro, especialmente para la visita de «Zip»; y en todos los dormitorios del hogar de los Hollister se veían maletas a medio llenar.

—Papá —dijo Pam, la noche antes de salir en avión—, voy a llevarme el mensaje escrito en alemán. Si el señor Fritz no lo ha escrito, a lo mejor puede decirnos quién lo ha hecho.

—Buena idea —contestó su padre.

—Podemos llevarnos también el reloj de cuco —propuso Pete—. A lo mejor el señor Fritz encuentra en ese reloj alguna pista que no hemos visto nosotros.

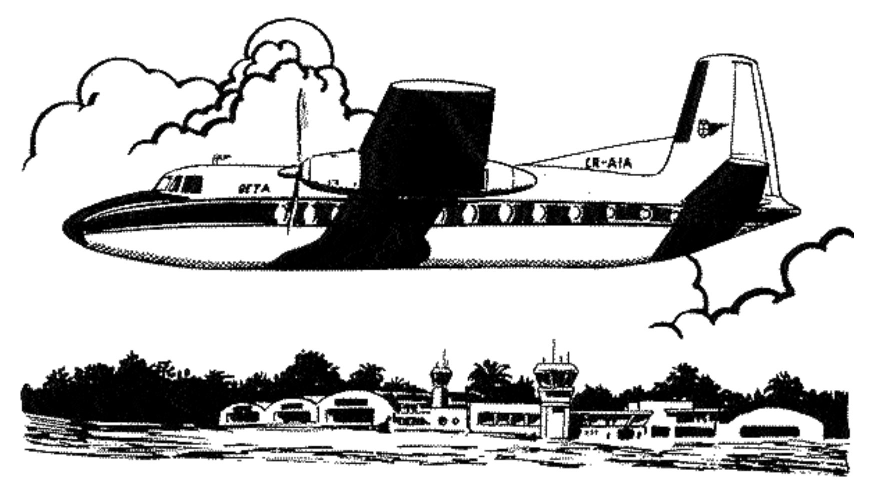
El señor Hollister admitió que tal vez fuese así; y dio permiso a Pete para que guardase el relojito de madera en una caja de cartón que ató sólidamente con un cordel blanco. Encima escribió: «Contenido: Reloj de cuco».

A la mañana siguiente era domingo y toda la familia fue a la iglesia. Por la tarde, Indy Roades les llevó en la furgoneta al aeropuerto de la población.

Mientras subían al avión, Holly gritó alegremente:

—¡Adiós, Shoreham! ¡Adiós, adiós!

Varias horas más tarde el avión aterrizaba en el aeropuerto internacional de Nueva York. Los Hollister tenían que aguardar a que llegase el gigantesco avión que les llevaría, por encima del océano Atlántico, hasta Frankfurt, Alemania.



—¡Dios mío! —exclamó la señora Hollister, mientras bajaba las escalerillas del avión—. Esto es enorme. Parece que dentro hay una ciudad entera.

Las alegres voces de la gente que iba y venía se mezclaban con

el zumbido de los motores, mientras los aviones, que parecían enormes pájaros plateados, planeaban por el cielo.

Cuando la familia entró en el gran edificio abovedado, Pam tomó a Sue y a Holly de la mano.

—Estad todos juntos, no vayáis a perderos —dijo—. Y tú, Ricky, sujeta bien el reloj.

—No te preocupes —replicó su hermano, cerrando con más fuerza los dedos que sujetaban el cordel.

Toda la familia fue tras un mozo que llevó sus equipajes en una carretilla al mostrador de la aduana. Allí un empleado pesaba todas las maletas y los niños miraron, fascinados, cómo cada maleta era colocada en una plataforma movible para desaparecer por la abertura de la pared del fondo.

—¿Nos «devuelverán» las maletas otra vez? —preguntó Sue, preocupada.

Pete aseguró a su hermanita que todas sus cosas les serían devueltas en cuanto llegasen a Frankfurt.

Después de mirar los billetes de los Hollister, otro empleado les indicó cuáles iban a ser los números de sus asientos en el avión.

Luego la familia se sentó en un gran banco, donde los pasajeros esperaban a que fueran llegando los distintos aviones en que cada uno tenía que viajar. Holly se sentó en un extremo del banco y empezó a sacudir las piernecitas acompasadamente, sin decir nada. Parecía muy pensativa.

—Te doy un penique si me dices lo que piensas, Holly —dijo Pam.

—Estaba pensando que ahora somos nativos y mañana seremos extranjeros.

La risa de la señora Hollister quedó cortada cuando en la sala resonó una voz, diciendo:

—El señor John Hollister, John Hollister, tenga la bondad de acudir al teléfono de la taquilla de este aeropuerto.

Los cinco hermanos se miraron unos a otros, llenos de asombro. ¿Qué habría ocurrido?

Mientras el señor Hollister cruzaba la sala para acudir al teléfono, Ricky descubrió una fuente cerca de allí.

—¿Puedo ir a beber, mientras papá va al teléfono? —preguntó a

su madre.

La madre le dio permiso y el pecosillo, sin soltar la caja con el reloj de cuco, se deslizó alegremente sobre las relucientes baldosas de la sala, en dirección a la fuente.

Entre tanto, el padre llegó al teléfono y estuvo hablando unos momentos. Tenía una expresión muy seria cuando volvió a reunirse con su familia.

—¡Ha ocurrido algo malo! —adivinó la señora Hollister.

—Me temo que sí, Elaine. El que telefoneaba era Indy. Me ha dicho que han robado los otros dos relojes de cuco de nuestra tienda, mientras él nos acompañaba al aeropuerto.

—¡Qué horror! —se lamentó Pam.

—Lo policía sólo vigila la tienda durante la noche —comentó el padre.

—¡Zambomba! ¡Seguro que han sido aquellos dos hombres! ¿Sabes que este misterio está empezando a ser muy emocionante, papá? —dijo Pete.

—El mensaje que encontrasteis, hijos, debe de tener mucha mayor importancia de lo que suponemos —dijo el señor Hollister que miró entonces a su alrededor, preguntando—: ¿Dónde está Ricky?

—Por allí viene —contestó Holly. En seguida dio un grito apagado y exclamó con angustia—: ¡No tiene la caja!

Ricky corría hacia su familia con una cara tan compungida como si estuviera a punto de echarse a llorar.

—¡Ha desaparecido!

—Pero ¿qué pasa? —preguntó el padre, mientras el pecoso sacudía nerviosamente las manos.

—He dejado en el suelo la caja con el reloj, para poder beber y, cuando he vuelto a agacharme para recogerlo, ya no estaba — explicó el travieso Ricky con desespero.

UNA ALEGRE CANCIONCITA



—Siento mucho haber perdido el reloj —se excusó Ricky, que caminaba triste y cabizbajo.

—No lo has perdido —dijo la buena de Pam, intentando consolar a su hermano—. Te lo han robado.

El padre murmuró, con un suspiro:

—Seguramente nos viene siguiendo uno de los ladrones.

—Debemos explicar a la policía del aeropuerto lo ocurrido —opinó Pete.

Pero el señor Hollister, después de mirar su reloj de pulsera, repuso:

—Ya no hay tiempo. Dentro de cinco minutos tendremos que subir al avión.

—Seguramente el ladrón sabe dónde estaba escondido el mensaje —dijo Pam—. Puede que haya arrancado la puerta del reloj y todo lo demás lo haya tirado. Nadie le descubrirá, si no lleva en la mano el reloj.

—Puede haberlo tirado a una papelera —apuntó Holly.

—Si encontrásemos el reloj, a lo mejor encontrábamos también una pista del ladrón.

—Por favor, papaíto, déjanos buscar durante los cinco minutos, que según dices, faltan para salir —rogó Pam.

Y para convencer al señor Hollister, Pete añadió:

—Te prometemos volver en cuanto oigamos la llamada por los altavoces.

Como también Holly y Ricky insistieron, para que su padre les concediese aquel favor, el señor Hollister acabó consintiendo.

—Pero Sue se quedará aquí —decidió la madre—. Perder un reloj de cuco ya es bastante desagradable. No quisiera perder también este travieso grillo.

Los cuatro hermanos mayores se separaron inmediatamente de sus padres. Abriéndose paso entre la multitud, fueron mirando en todas las papeleras y cubos para basuras.

El reloj de cuco no apareció en ninguna parte.

Una vez Pete se emocionó enormemente, al encontrar una caja de cartón, pero tampoco allí estaba el buscado y lindo reloj.

—A lo mejor había algo de valor en el reloj y el ladrón ha querido quedarse con todo —dijo Ricky.

Iban pasando los minutos y los cuatro Hollister habían ido hasta un extremo alejado de la sala, tanto que Pam empezó a preocuparse y dijo que lo mejor sería volver con papá y mamá.

Mientras hablaban, Pete había descubierto otro gran recipiente de basuras.

—¡Mirad! —indicó a sus hermanos—. Por allí asoma un cordel blanco.

Todos corrieron a mirar el interior del enorme cubo.

—¡Aquí está! —dijo Pete, triunfante, sacando el arrugado cartón de la caja y el cordón blanco.

Dentro estaba el reloj. Como Pam había supuesto, la portezuela había sido arrancada. El nido del pájaro de madera había sido vaciado y el pobre cuco estaba dentro de la casita, sin protección alguna.

Entonces se oyó decir por el altavoz: «Señores viajeros para el vuelo 701, tengan la bondad de acercarse a la puerta 14. Vuelo sin escala a Frankfurt».

—¡Es nuestro avión! —gritó Holly.

Apretando en sus brazos la caja, Pete echó a correr, entre la

multitud, seguido por sus hermanos.

—¡Lo hemos encontrado! —anunció Ricky, con entusiasmo, cuando los cuatro llegaron junto a sus padres.

Antes de que los señores Hollister hubieran podido contestar, el altavoz repitió el aviso. Los cinco hermanos se estremecieron de emoción.

—¿Os dais cuenta? —preguntó Pam, mientras penetraban en el túnel movible que llevaba hasta la puerta del avión—. ¡Vamos a volar por encima del océano Atlántico!

La señora Hollister avanzó por el pasillo del gran avión. Los cinco niños iban tras ella y el padre cerraba la marcha. El ambiente de nerviosismo y las voces reposadas y alegres de las tres azafatas hicieron que Pam se sintiese en otro mundo. Los pasajeros avanzaban silenciosos hacia sus puestos.

—Aquí están nuestros asientos —dijo Pam.

Ella se sentó entre Ricky y Holly, mientras sus padres ocupaban, con Sue, los tres asientos de enfrente. Mientras buscaba su asiento, situado a la derecha de Holly, en el otro lado del pasillo, Pete vio que había varias butacas vacías. Obedeciendo a la petición que apareció escrita en un letrero luminoso, los niños se ajustaron sus cinturones de seguridad.

De repente, por el pasillo llegó corriendo un señor grueso que se dejó caer, jadeando, en el asiento de detrás de Holly. La azafata se detuvo junto a él para decirle sonriendo:

—Nos alegramos de que esté usted a bordo, señor. Ha estado usted a punto de perder el avión.

—«Ja, ja» —murmuró el hombre, que luego se reclinó en el asiento para descansar y recobrar el aliento.

Unos momentos después se empezó a oír el susurro de las hélices. Aullaron todos los motores, mientras el gigantesco aparato empezó a moverse. El avión recorrió un trecho de la gran pista.

—¡Ya estamos en el aire! —anunció, al cabo de un momento, Ricky que miraba atentamente abajo, aplastando la nariz contra el cristal de la ventanilla.

Tan pronto como el avión se hubo elevado bastante para que todos pudieran desabrocharse los cinturones, Pam y Holly se turnaron para mirar por la ventanilla las aguas relucientes del

océano, que se extendían muy abajo.

Una vez Holly se puso de rodillas sobre el asiento y asomó su cabecita, peinada en trenza, por encima del respaldo. El hombre grueso que llevaba chaqueta y abrigo, la miró arrugando el ceño, y en seguida volvió a fijar los ojos en la revista que estaba leyendo.



Entre tanto, Ricky se levantó del asiento y cruzó el pasillo para reunirse con su hermano.

—¿Quién se sienta a tu lado, Pete? —preguntó.

—Todavía no lo sé —contestó Pete en un cuchicheo—. Si esperas un poco puede que lo averigüe.

Pete se volvió al pasajero que iba sentado a su lado. Era un muchacho de cabello rubio y ondulado y ojos de un azul intenso.

—Soy Pete Hollister —dijo el muchachito, presentándose—. Voy con mi familia a visitar Alemania.

El muchacho, que tenía unos quince años, sonrió y repuso:

—Yo me llamo Cliff Jagger y viajo solo… Voy a visitar a mis abuelos.

—¿Dónde viven? —preguntó Pete.

—En Hornberg, en la Selva Negra.

—¿Eso está cerca de Triberg? Nosotros vamos a Triberg.

—Está a pocas millas de distancia —repuso Cliff—. Seremos vecinos. Ese paquete debe de tener mucho valor —añadió el muchacho, señalando la caja que Pete tenía sobre las rodillas.

—¿Por qué dices eso? —preguntó con extrañeza Pete.

—Como lo tienes tan sujeto… —sonrió Cliff—. ¿Por qué no lo dejas en la red? ¿Es que va algo frágil dentro?

—Supongo que podría ir en la red. Es un reloj de cuco.

Cliff hizo un guiño al decir:

—Aquí debe de haber una equivocación. Muchos relojes de cuco suelen llegar de Alemania, no ir a ese país.

—Este reloj es una cosa especial —contestó Pete cortésmente, pero sin dar más explicaciones.

Aunque Cliff parecía sentir curiosidad, no hizo más preguntas. Como era más alto que Pete, ayudó a éste a colocar el paquete en la red.

Antes de que el avión hubiera alcanzado toda la altura habitual para cruzar el Atlántico, Cliff Jagger ya había sido presentado a todos los Hollister. A los niños les gustó aquel muchacho amable y alegre, y procuraron colocarse más cerca de él para poder hablar. Ricky y Holly se inclinaron sobre los brazos de los asientos del pasillo y Pam se sentó en el asiento de Holly, con Sue en el regazo.

Cuando los niños Hollister se enteraron de que su nuevo amigo hablaba alemán, decidieron contarle el misterio del reloj de cuco. Pete se lo contó todo en voz baja.

—A lo mejor puedo ayudaros cuando lleguemos a Alemania —se ofreció Cliff.

Luego explicó que le gustaba leer novelas policiacas, pero que nunca había tenido la oportunidad de resolver un misterio.

Holly estaba empezando a ponerse nerviosa.

—¿Sabes algún cuento? —preguntó a Cliff, queriendo encontrar un entretenimiento.

—Sé alguna leyenda sobre Alemania —repuso Cliff.

—Cuéntanos una —pidió Pam.

Y Sue, dándose aires de persona importante, declaró:

—Te lo «agradeciremos» mucho.

Todos se echaron a reír, menos el señor grueso que se sentaba detrás de Holly. Aquel hombre tan poco amable levantó un momento la vista y miró a los niños con cara de muy mal genio. Estaba tan hundido en su asiento que el lóbulo de la oreja rozaba el cuello de su camisa.

—¿Sabes de qué me acuerdo cuando le miro? —susurró Holly—. ¡De una tortuga!

—Chist… —dijo Pam—. Puede oírte.

Cliff dijo que la historia que iba a contar trataba de un castillo de Hornberg. En seguida cambió de asiento con Pete para que todos pudieran oírle.

—Una vez vivía un barón que tenía una hermosa hija…

—Igual que Pam —cuchicheó Sue.

—¡A callar! —exclamó Pam, poniéndose muy colorada.

—El barón, que estaba buscando un marido para ella, eligió a un príncipe de los hunos que, naturalmente, era pagano —siguió explicando Cliff—. Pero la hija, aunque se enamoró del príncipe, no quería casarse con él, porque ella era cristiana. Por eso huyó del castillo acompañada solamente de un ciervo. Los dos vivían escondidos en una cueva.

—¿Se había llevado un abrigo? —interrumpió Sue, estremecida al pensar en la princesa pasando frío en una cueva.

—Sí —dijo Cliff, sonriendo. Y continuó—. La princesa escribió una oración, suplicando que el príncipe también se hiciera cristiano. Al poco tiempo murió y el ciervo se encargó de enterrarla.

—¡Oh, qué tristísimo! —se lamentó Holly.

—¿Ése es el final? —quiso saber Ricky.

—No. Todavía ocurrieron más cosas. Pasado un tiempo el príncipe se hizo cristiano. Un día salió de caza por los bosques cercanos y quedó asombrado al ver un ciervo hermosísimo. Disparó una flecha, pero falló la puntería, y el ciervo…

—¡Apuesto algo a que era el mismo ciervo de la princesa! —adivinó Pam, emocionada.

—Exacto —sonrió Cliff—. El ciervo condujo al príncipe hasta la tumba de la princesa. Él pudo leer la plegaria que ella había escrito y decidió hacerse ermitaño.

—Es una historia de las más tristes —reflexionó Pete.

—De todos modos, el final es mejor —dijo Cliff, haciendo un guiño a sus nuevos amigos—. Un día, un ángel disfrazado de peregrino, visitó al ermitaño. Éste fue muy hospitalario y repartió con el visitante su comida. Luego el ángel se llevó al ermitaño al cielo, en donde habitaba la hermosa princesa.

El señor y la señora Hollister, que también habían estado escuchando la historia, dijeron a Cliff que era muy emocionante y que el muchacho la había contado muy bien.

—¿Existe todavía el castillo? —preguntó luego la señora Hollister.

—Sí, señora. Y tal vez puedan ustedes visitarlo —contestó Cliff que luego preguntó—: ¿Hablan ustedes alemán?

Cuando le contestaron que no, Cliff dijo a los niños:

—Ya que estáis intentando descubrir el misterio de un reloj de cuco, ¿por qué no os aprendéis una canción que habla de eso?

A continuación recitó unas estrofas que los niños Hollister escucharon con suma atención:

«Cuckoo, Cuckoo, ruf’s aus dem Wald!
Lassen uns singen, tanzen und springen,
Cuckoo, Cuckoo, ruf’s aus dem Wald!».

Otros pasajeros que iban sentados cerca, sonrieron al oír aquellas palabras y una señora que tenía una bonita voz de soprano empezó a entonar la canción.

En poco rato todo el mundo había aprendido la canción, a la que

acompañaban risas y aplausos.

—¡Canastos! Me parece que Alemania va a ser muy divertida —exclamó Ricky que de pronto empezó a rascarse la rojiza cabeza y preguntó—: ¿Qué quiere decir la canción?

Sonaron nuevas risas en el avión y un hombre joven que iba sentado frente a Pete, se levantó y situándose en mitad del pasillo recitó, acompañándose de gestos:

«Cuco, Cuco, llámanos desde el bosque,
Y haznos cantar, bailar y saltar,
Cuco, Cuco, llámanos desde el bosque».

En aquel momento, por el pasillo avanzó una azafata, que se dirigió a los viajeros para decirles:

—La canción es maravillosa, pero ya es hora de cenar. ¿Tienen ustedes apetito?

Todo el mundo contestó a voces que, efectivamente, tenían ganas de cenar. Los niños volvieron a sus asientos y las azafatas les colocaron unas pequeñas almohadillas sobre las piernas.

Haciéndolo todo con movimientos rápidos y sin cesar de sonreír, la azafata fue dejando bandejitas llenas de apetitosos alimentos sobre cada una de las almohadillas.

—¡Huum! ¡Cómo me gusta el asado! —murmuró Pam.

—Y a mí me gusta el puré de patata, y los guisantes, y la lechuga y estos panecillos tan tiernos… —exclamó Holly, relamiéndose—. ¿Qué hay en este tubo? ¿Pasta de dientes?

—No, tontina —sonrió Pam—. ¿No ves lo que dice? Es mostaza.

Holly desenroscó la tapa y apretó el tubo para echar un poco de mostaza sobre la carne. Ricky hizo lo mismo, mientras observaba con el ángulo del ojo a su hermana. Y de pronto dijo:

—Mira qué bichito tan raro hay en el techo.

Tomada por sorpresa, Holly miró hacia arriba. Y, antes de haberse dado cuenta de que su hermano estaba bromeando, Ricky apretó el tubo de la mostaza cerca de la nariz de Holly.

¡Plaff!

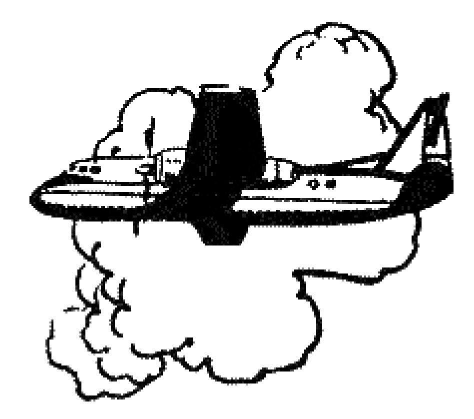
Un largo cilindro, semejante a una pintura de guerra de los indios, descendió por la nariz respingona de Holly.

—¡Oooh! —protestó la niña, dando un salto.

Y al saltar, sin querer, apretó el botón que había en un lado de su butaca. El respaldo de la butaca se inclinó rápidamente hacia atrás y al mismo tiempo retumbó una voz furiosa.

—¡Demonio! ¡Me has hecho derramar el café!

UN JUEGO DE PALABRAS



Muy apurada, Holly se apresuró a dar su bandeja a Pam y se volvió sobre su asiento.

—Por favor, perdóneme —suplicó, muy avergonzada, al señor de detrás, que se mostraba furioso—. No he querido…

—¡Cuidado! —aulló el grueso pasajero—. ¡Estás chorreando no sé qué encima de mis pantalones!

Holly miró con angustia la montañita de pasta de mostaza que había caído desde su nariz sobre la rodilla del viajero.

—¡Oooh! Perdone, perdone…

El cabello gris del grueso y malhumorado pasajero parecía haberse puesto de punta y en su rostro rojo de rabia se veía muy blanca una cicatriz en su mejilla izquierda.

—Está bien. Está bien. Pero no vuelvas a hacerlo —refunfuñó el hombre, mientras Pam se levantaba para ayudar a su hermanita a arreglar la posición de la butaca.

Cuando aquello quedó solucionado, Holly se sentó y limpió la mostaza que aún quedaba en su nariz.

—¡Canastos! —murmuró Ricky, muy mohíno—. Siento mucho haber armado este lío.

Cuando las dos hermanas volvieron a estar bien acomodadas en sus asientos, con las bandejitas sobre sus rodillas, Pam se inclinó un poco para decir a Holly, al oído:

—He visto una cosa en el bolsillo del abrigo de ese señor. Parecía un pedacito de madera.

Como Holly, que no comprendió nada, abrió unos ojos como platos, Pam siguió diciendo:

—¿No te das cuenta? Puede ser la puerta del reloj de cuco.

—¡Oh! —exclamó Holly, y en seguida se tapó la boca con la mano, temiendo haber gritado demasiado—. Hay que decírselo a papá.

—Espera a que acabemos de comer todo esto. Si hablamos con papá ahora mismo, ese hombre puede sospechar algo.

—¿Qué estáis cuchicheando? —preguntó Ricky.

Su hermana mayor se lo dijo en voz baja.

Pam estaba tan nerviosa que casi no pudo acabar el postre. Pero al fin llegó la azafata a llevarse las bandejas y Pam pudo dejar su asiento y, pasando por delante de Holly, acercarse a Pete y darle un ligero codazo. Cuando Pete la siguió, Pam se sentó junto a su padre y contó en voz baja lo que creía haber descubierto.



—¿Cuánto es lo que has visto de esa puerta del reloj? —preguntó el padre.

—Sólo el borde, papá. Es de color marrón. Estoy segura de que es la puertecita.

—No debemos llegar a conclusiones apresuradas —aconsejó la madre—. Sería muy embarazoso si le acusásemos equivocadamente.

—Entonces, ¿no podemos hacer que le detengan? —preguntó Pam.

El señor Hollister contestó que no lo creía posible, mientras no tuvieran una prueba de su culpabilidad.

—Yo encontraré la prueba —decidió Pete.

Dijo que pensaba pasear un rato de un extremo al otro del pasillo para pasar lo más cerca posible de aquel pasajero, y procurar ver bien lo que llevaba en el bolsillo.

—Y si es la puerta del reloj de cuco, pediremos al comandante del avión que le detenga.

Con las manos en los bolsillos, Pete empezó a caminar lentamente por el pasillo, mirando siempre que podía al hombre sentado detrás de Holly.

—No he visto nada en su bolsillo —susurró Pete a Pam, después de haber pasado junto al hombre grueso dos veces.

—Pues estoy segura de haberlo visto —repuso su hermana.

—Bueno… Miraré otra vez —dijo Pete.

Silbando la tonadilla del reloj de cuco, Pete volvió a pasar junto al señor grueso… Y, de repente, el avión hizo un brusco descenso. Pete sacó las manos de los bolsillos, buscando apoyo, pero ya era demasiado tarde. Pete Hollister cayó directamente en las piernas del antipático viajero.

—¡Ooooh! —gritó el hombre, mientras Pete, al caer sobre él, le dejaba sin aliento.

Mascullando insultos en alemán, el viajero empujó a Pete hacia el pasillo. Y antes de que el muchachito hubiera podido pedirle disculpas, el hombre masculló:

—«Dummkopf!».

En seguida se levantó y fue a instalarse en un asiento vacío del fondo del avión.

Pete seguía con el rostro rojo de vergüenza cuando fue a sentarse junto a Cliff.

—¿Qué es lo que me ha dicho? —preguntó a su nuevo amigo.

Cliff disimuló una risilla y repuso:

—Primero te ha llamado buey estúpido y al cambiar de asiento

ha dicho «dummkopf». Eso quiere decir cabezota.

Cuando dejó de latirle apresuradamente el corazón, Pete pensó:

«Puede que no nos hayamos portado bien. Si ese hombre es inocente, hemos sido muy mal educados con él».

Pam miró a su hermano, preguntándole con los ojos qué había averiguado. Pete movió la cabeza diciendo que no. No había visto la portezuela del reloj de cuco.

Cuando la azafata volvió a pasar, Pete alargó un brazo para llamarla.

—¿Quieres otro vaso de leche? —preguntó la sonriente joven.

—No, gracias. ¿Puede usted decirme el nombre del viajero que ha cambiado de asiento?

La azafata fue hasta su asiento, en el centro del avión, y volvió junto a Pete con una lista de pasajeros.

—Es el señor Wetter y va a Frankfurt.

—Muchas gracias —dijo Pete, que luego pidió a Holly que cambiase de asiento con él.

Pete y Pam hablaron unos momentos sobre el misterio del reloj.

—Podemos estar confundidos. A lo mejor ese señor Wetter no tiene nada que ver con el reloj —dijo Pete.

Pero Pam afirmó que estaba segura de haber visto la puertecilla del reloj.

—Bueno. Supongamos que ése es el hombre que se quedó con la puerta —admitió Pete—. En seguida habrá dividido los dos pedazos de madera y habrá descubierto que ya no está la nota.

—Claro —asintió Pam—. Seguramente lo descubrió en seguida. Y como adivinaría que la nota la teníamos nosotros, vino siguiéndonos.

—Y subió muy tarde al avión —recordó Pete.

—Hay otra cosa —añadió su hermana—. Ese hombre es alemán y ha elegido un asiento de detrás de los nuestros.

—Me parece que vas a tener razón, Pam. Ese hombre nos ha seguido por causa del mensaje secreto. ¿Lo tienes todavía?

—Sí… En mi bolso.

—¡Chisst!

Pete volvió la cabeza y vio que era Holly quien les decía que callasen. La niña sacudió la cabeza y sus trenzas saltaron sobre sus

hombros, mientras ella movía los labios para decir, sin pronunciar las palabras:

«El señor Wetter está detrás».

—¡Puede que nos haya oído! —susurró Pam.

El muchachito volvió a su asiento, preocupado por el aspecto que iban tomando las cosas. Muy pensativo, acercó la cara a la ventanilla. Abajo, iluminadas por la luna, las nubes se extendían en todas direcciones, como si fuesen los lomos de millones de lanosas ovejas.

Pete empezaba a sentirse seguro de que el señor Wetter estaba mezclado en aquel misterio, pero no había modo de probarlo, ni de retener al hombre para interrogarle.

—¿Por qué estás tan serio, Pete? —preguntó Cliff.

—Estaba pensando.

—¿Y por qué no hacemos un juego? ¿Quieres aprender un poco de alemán?

—¿Con un juego?

—Sí. Es muy fácil.

Pete avisó a todos sus hermanos, que se colocaron en el pasillo, a escuchar, mientras Cliff explicaba el juego.

—Las rimas son el mejor modo de aprender palabras —dijo Cliff —. «Ja ist», sí. «Nein ist», no. «Ich weiss nicht ist», no sé yo.

Los Hollister repitieron lentamente con el chico aquellas palabras. Y hasta algunos pasajeros corearon la alegre cantinela. Cliff continuó diciendo:

—«Kopf ist», cabeza. «Rot ist», rojo. «Katze ist», gato. «Hut ist», gorro.

—«Rot, rot, rot» —canturreó Ricky, poniendo los ojos en blanco y haciendo otras expresiones que provocaban risa.

—¡Tienes que ser más serio! —le reprendió Pam, sonriendo—. ¡Estamos aprendiendo un idioma nuevo!

Después de que repitieron aquellas rimas varias veces, Cliff señaló a Ricky y le preguntó:

—«Ist der Kopf rot?».

Fue Holly quien, con una risita, contestó:

—«Ja».

Entonces Cliff la señaló a ella y volvió a hacer una pregunta:

—«Ist der Hut am Kopf?».

Los niños contestaron a un tiempo:

—«Nein!».

Cliff se dirigió a Pam, preguntándole:

—«Ist die Katze schwarz?».

—«Ja, und nein» —repuso Pam—. Nuestro gato es negro, pero tiene el morrito blanco.

Acababan de dejar aquel juego de palabras, cuando se apagaron casi todas las luces. Las azafatas proporcionaron mantas y almohadas a los niños que muy pronto quedaron dormidos.

A Pete le pareció que no había hecho más que empezar a adormilarse, cuando las luces volvieron a encenderse y en todo el avión se advirtió movimiento y actividad. Cuando se empezaron a servir las bandejas del desayuno, en la parte norte del horizonte se veía una brillante y blanquecina claridad.

—Ha sido una noche muy corta —dijo Pete, hablando con Cliff.

—Tienes razón. Ha durado dos horas.

El mayor de los dos muchachos explicó a su amigo que en los vuelos al este, a través del océano, los viajeros perdían cinco horas.

—Cuando lleguemos a Alemania serán las siete de la mañana, pero en Nueva York no serán más que las dos.

—¿Y a dónde se van esas horas? —bromeó Pete.

—Las recuperaréis en el viaje de regreso.

Después del desayuno, el piloto anunció que dentro de una hora llegarían a Frankfurt.

—El cielo está encapotado y tendremos que tomar tierra bajo la lluvia.

—Mirad qué brillantísimo está el cielo —observó Sue, que tuvo que ponerse las manos sobre los ojos, a modo de visera, para que el sol no la deslumbrase.

En seguida el avión empezó a descender y pronto llegó a una espesa capa de nubes negras. La lluvia salpicó los cristales. Muy pronto los niños notaron una fuerte sacudida. El avión acababa de rozar el suelo de la pista.

—¡Hurra, estamos en Alemania! —gritó Ricky.

—«Ja, ja» —contestó Holly.

Mientras la familia se dirigía a la salida del avión, el señor

Wetter fue tras ellos.

—No me gusta que nos sigan —dijo Ricky, hablando con Pam en un susurro—. Ese hombre me da escalofríos.



Después de pasar por la aduana, con sus pasaportes, los Hollister fueron a recoger su equipaje. El señor Wetter no estaba entre los pasajeros que iban a recoger sus maletas.

«Si no llevaba equipaje, todavía parece más seguro que subió al avión sólo para seguirnos», pensó Pete.

La familia tomó un «limousine» para trasladarse desde el aeropuerto al centro de la capital. Las gotas de lluvia golpeaban en el techo del coche y, al resbalar por los cristales, oscurecían la vista del paisaje.

—A lo mejor nos hemos equivocado y el señor Wetter no es malo —comentó Holly—. Puede que no le volvamos a ver.

Después de pasar por una extensión de campos, el coche llegó a las afueras de la capital y, poco después, al centro. Pronto fue a detenerse ante un hotel.

Un portero, provisto de paraguas, les condujo al interior del edificio. El vestíbulo tenía una decoración muy bonita y moderna y, mientras el señor Hollister iba a firmar en el libro de entradas por él y su familia, los niños quedaron contemplándolo todo con admiración.

—Todo el mundo habla alemán —dijo Ricky, que miraba, con ojos muy abiertos, a la gente que iba y venía.

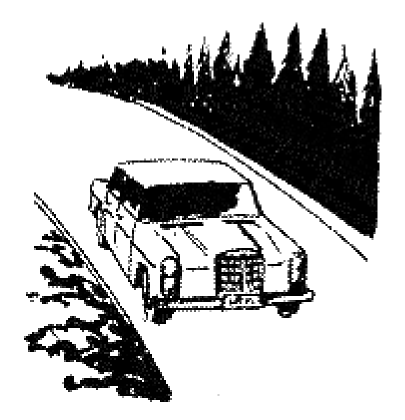
Holly había estado paseando ante la puerta de entrada. De pronto se detuvo y en seguida corrió junto a Pam.

—¡Está aquí! ¡Está aquí! —gritó.

—¿Dónde le has visto?

—No le he visto —contestó Holly, sin aliento—, pero un hombre que está en la puerta ha dicho «Ach Donnerwetter!». Ése es el nombre del señor gordo.

UN GENIECILLO PELIRROJO



Cuando el recepcionista oyó la información que daba Holly con voz nerviosa, se inclinó sobre el mostrador para decir, sonriendo:

—«Donnerwetter». Sí, es verdad. Aquí lleva dos días lloviendo.

Y viendo la perplejidad de los Hollister, el recepcionista explicó que «Donnerwetter» significaba mal tiempo.

—«Donner» es la palabra alemana con que se dice trueno y «Wetter» significa tiempo. También es una exclamación.

—¿Igual que canastos? —preguntó Ricky.

—Algo así.

—Pues a ese señor gordo voy a llamarle «Donnerwetter» —decidió. Holly.

Ya entonces el botones había llevado a la familia para que subiese en el ascensor en el cual les llevó hasta el tercer piso del hotel. Sus habitaciones no se comunicaban entre sí, pero eran contiguas y se encontraban al fondo de un largo pasillo. El señor y la señora Hollister entraron en una, Pam, Sue y Holly en otra y los muchachos en la tercera. En la habitación de los niños, dos camas pequeñas ocupaban una pared. Ricky se dejó caer en seguida en una de ellas, asegurando que era la suya, mientras Pete empezaba a

sacar las cosas de las maletas.

En la habitación de las niñas había una cama de matrimonio y una cama-cuna para Sue. Holly asomó la naricilla por el cuarto de baño y exclamó:

—¡Mirad! La bañera es casi tan grande como una piscina.

Pam y Sue se unieron a Holly para inspeccionar el cuarto de baño, qué resultaba muy raro para las niñas, acostumbradas a los cuartos de aseo de tipo americano. La bañera era alargada y honda.

—Yo puedo flotar ahí dentro —declaró Sue, entusiasmada.

Holly fue la primera en fijarse en el botón situado cerca de la bañera.

—¿Para qué es, Pam? —preguntó.

La mayor de las hermanas contestó que no lo sabía y Holly dijo:

—Apretaremos y así lo sabremos.

—No lo hagáis —protestó Pam—. No sabemos qué puede pasar.

—A lo mejor nos inundaríamos —dijo Sue, sacudiendo su cabecita rizosa.

—Estoy tan dormida —murmuró Holly, desperezándose y bostezando— que creo que me daré un baño y me meteré en la cama.

A Pam aquello le pareció una buena idea pues, en los Estados Unidos, era todavía plena noche.

Las tres niñas se despertaron al oír una llamada a la puerta. Pam se levantó de un salto y fue a abrir. La señora Hollister entró en el cuarto de sus hijas.

—Es casi mediodía, es decir, la hora de que estos corderitos dormilones coman algo —bromeó la madre.

Después de vestirse y peinarse, las niñas se reunieron en el vestíbulo con sus padres y sus hermanos. Juntos se metieron en el ascensor, pero, en lugar de ir al piso bajo, oprimieron el botón del último piso.

—El restaurante está en la terraza —explicó el padre—. Desde allí tendremos una buena perspectiva de la ciudad.

Cuando el ascensor se detuvo en los jardines de la terraza, los visitantes fueron conducidos a una mesa colocada junto a la barandilla desde donde se podía ver, abajo, la ciudad. Había dejado de llover y el sol se asomaba de vez en cuando entre la capa de

nubes.

El camarero entregó a cada comensal una carta con el menú escrito en inglés y alemán.

—Aquí veo una palabra que conozco… «Knockwurst!» —dijo Pete—. Voy a pedir eso.

Después de pedir un bocadillo de ternera, Pam se entretuvo en ojear las mesas que había a su alrededor.

—¡Mirad! —exclamó al poco rato—. Allí hay un hombre que se parece a Donnerwetter.

Pete preguntó en seguida:

—¿Dónde?



—Allí, en el otro extremo de la terraza.

El comensal, que se encontraba de espaldas a los Hollister, era un hombre grueso, de cabello gris.

—¿Puedo ir a ver si es él, papá? —preguntó Pete.

El padre le dio permiso para ir, advirtiéndole que fuese discreto.

—Y no vuelvas a caerte sobre sus piernas.

Pete separó su silla de la mesa y echó a andar entre las mesas de los demás comensales. Ya estaba aproximándose al hombre grueso, cuando éste se levantó y se encaminó a la salida. Pete le siguió y pronto los dos desaparecieron de la terraza.

Pam empezó a preocuparse:

—¡Dios mío, que no le pase nada a Pete!

—Será mejor que vaya a mirar —decidió el padre. Y, tras

ponerse en pie, el señor Hollister se alejó por el mismo camino que había seguido su hijo.

Con gran sorpresa encontró a Pete hablando amigablemente con el desconocido, cerca de los ascensores.

—Papá, quiero presentarte al señor Nebel —dijo Pete.

El señor, que tenía los ojos de un azul claro muy brillante, sonrió, al decir con acento alemán:

—Como usted puede ver, no soy el señor Donnerwetter.

—Confío en que usted sabrá perdonarnos —dijo el señor Hollister—. Ha sido un caso de confusión de identidad. ¿Ha dicho usted que se llama Nebel? Precisamente, hoy tengo que ver a una persona con ese nombre, que pertenece a la Compañía Mundial de Juguetería.

—¿Por casualidad es usted el señor Hollister, de Estados Unidos? —preguntó el alemán, con asombro.

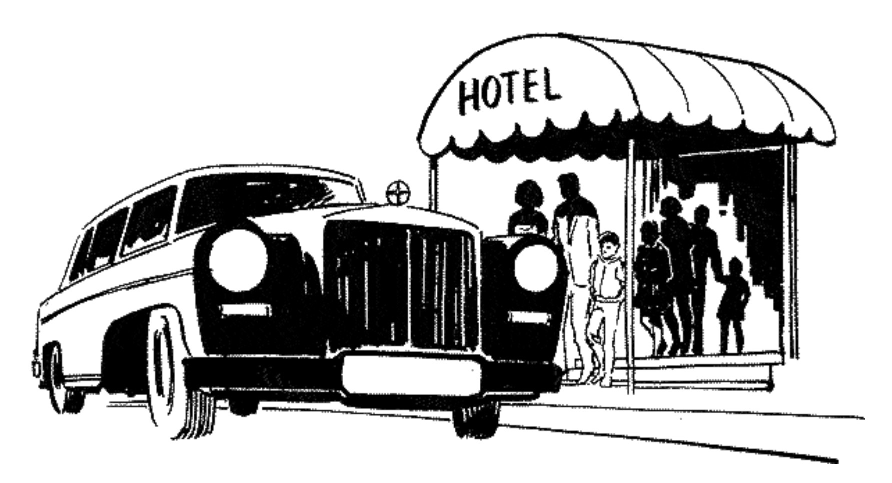
—No me diga que es usted el señor Nebel de la fábrica de juguetes… —repuso el señor Hollister, arqueando las cejas con asombro.

—Soy el mismo —declaró el hombre, riendo por lo cómico de la situación, al tiempo que estrechaba la mano a Pete y a su padre.

El señor Hollister explicó a su hijo que el propietario de la fábrica de juguetes y él habían mantenido correspondencia y precisamente aquella tarde se esperaba al señor Hollister en la sala de exposición de la firma.

—Después de todo, encontraste a la persona oportuna —dijo a Pete el señor Nebel, al despedirse y entrar en el ascensor—. Me encantará verles más tarde.

Cuando padre e hijo volvieron a la mesa, el resto de la familia quedó muy asombrada al enterarse de la curiosa coincidencia.



—El mundo es muy pequeño —comentó la señora Hollister, con un suspiro de alivio.

—¡Canastos! A veces las personas buenas y las malas pueden ser casi iguales.

—¡Por la espalda! —añadió Pam, riendo, mientras cortaba una tajadita de riquísimo pastel alemán y se la llevaba a la boca con el tenedor.

Después de comer, los Hollister volvieron a sus habitaciones, antes de salir para hacer la visita a la fábrica de juguetes.

—Vamos, Sue. Es hora de irnos —llamó Holly.

Y Pam añadió:

—¿Dónde te has metido, Sue?

Las dos hermanas mayores corrieron a mirar en el cuarto de taño donde encontraron a la chiquitina subida en una banqueta, ya dispuesta a oprimir el botón que tanto le intrigaba.

—¡No hagas eso! —gritó Pam—. Vamos. Papá y mamá nos están esperando.

Toda la familia cruzó la puerta del hotel en dirección a un gran automóvil negro, estacionado junto al bordillo.

—¡Zambomba! ¡Un «Mercedes-Benz»! —dijo Pete, con admiración.

—Lo he alquilado para desplazarnos mientras estemos aquí.

Secretamente, Pete deseó tener la edad suficiente para que se le permitiera conducir. Antes de ponerse en marcha, el señor Hollister consultó un mapa de carreteras de Frankfurt. Luego condujo en

dirección a la fábrica de juguetes, situada en las afueras de la capital.

—Hemos llegado —anunció al fin el padre, deteniendo el coche frente a un enorme y moderno edificio.

Los grandes escaparates aparecían llenos de juguetes y anuncios de alegres colores.

Cuando los Hollister entraron, el señor Nebel acudió a recibirles. El alemán se inclinó cortésmente y estrechó la mano a cada una de las personas a quienes le iban presentando, empezando por la señora Hollister.

—Primero le mostraré los carteles anunciadores y «displays» para el escaparate de su tienda, señor Hollister —dijo el alemán—. Vengan por aquí.

Y condujo a los visitantes a la gran sala llena de las figuras más lindas que los niños habían visto jamás.

—Es como «Alicia en el País de las Maravillas» y un desfile del día de Acción de Gracias, juntos —dijo Pam, mirándolo todo deslumbrada.

Había un lindo grupito que representaba a Papá Noel montado en un cohete del que tiraban ocho ciervos.

—¿Habéis visto esto? —preguntó Holly, señalando a unos diminutos Hansel y Gretel en una casita de pan de higo.

El señor Nebel dijo:

—Tira con fuerza del picaporte de la puerta.

Holly lo hizo y el picaporte le cayó en la mano…

—¡Oh! —exclamó, apurada.

—Pruébalo —dijo el señor Nebel, riendo.

Cuando la pequeña de las trencitas se llevó a los labios el picaporte, abrió los ojos de par en par.

—¡Pero si es caramelo!

Holly ofreció el picaporte a sus hermanos y cada uno partió un pedacito.

El señor Nebel explicó que el mango estaba hecho para que pudiera comerse y que tenía una buena cantidad de ellos de repuesto.

—¿Podemos llevarnos la casita de pan de higo a nuestra tienda, papi? —pidió Sue.

—Esto de aquí me gusta más —anunció Pam, acercándose a un grupito de gnomos y genios que formaban una pequeña orquesta.

El fabricante de juguetes dijo que aquel juguete era uno de los que había diseñado últimamente. Las figuritas representaban a los ayudantes de Papá Noel celebrando una fiesta, después de pasadas las fiestas de Navidad. El señor Nebel apoyó su dedo en la punta de la nariz de un duendecillo y apretó un botón que había allí.

Al instante, todas las figuritas empezaron a moverse. El violinista empezó a tocar. Las mejillas de unos mofletudos gnomos se inflaron y desinflaron acompasadamente, mientras tocaban la flauta y otro tamborileó con unos palillos sobre una seta.

—¡Me imagino este juguete en nuestro escaparate del Centro Comercial! —dijo Pete, entusiasmado.

El señor Hollister consultó con el señor Nebel y acordó comprar la orquesta de duendecillos.

—Podemos enviársela a América antes de Navidad —prometió el señor Nebel y a continuación añadió—: Nuestras muñecas se fabrican arriba. ¿Quieren venir a ver cómo las hacemos?

—¡Sí, sí! —contestaron instantáneamente las tres niñas.

Los Hollister y su guía tomaron un ascensor hasta el piso inmediato y llegaron a una vasta sala donde muchísimas mujeres se sentaban ante máquinas de coser. Frente a ellas, en bandejas, se veían cientos de brazos, piernas, cuerpos, cabezas y alas.

El señor Nebel explicó que las diversas piezas de cada muñeca se hacían por separado.

—Cada una de estas mujeres cose y rellena una pieza distinta —añadió, mientras llevaba a los visitantes por toda la extensa fábrica.

Los empleados sonreían a los niños al verles pasar. Pam se detuvo a observar cómo algunas muñecas ya terminadas eran hábilmente vestidas y adornadas con volantes y lazos.

Hasta que el señor Nebel la llamó para advertirle:

—Ven. Aquí es donde se pintan las caras.

Y condujo a toda la familia hasta una habitación donde media docena de personas, hombres y mujeres, se sentaban en un largo banco. Cada uno de ellos tenía una cabeza de muñeca en la mano y estaba ocupado en pintarle ojos, nariz, boca y hoyuelos.

—¡Qué preciosísimas! —murmuró amorosamente Holly.

El señor Nebel se detuvo junto a una joven muy rubia y guapa y le dijo algo en alemán.

—«Jawohl» —contestó la joven, mirando a Pam a, la cara.

Y después de contemplarla unos momentos, sus dedos se movieron ágilmente para dibujar una nueva cara de muñeca… ¡Exactamente igual a la cara de Pam!

—Cuando esté terminada, os la enviaré —dijo la muchacha a Pam—. Y también las lindas pequeñitas tendrán su doble en una muñeca.

Sue marcaba sus lindos hoyuelos al sonreír, y Holly reía traviesilla, mientras la amable artista copiaba sus graciosas caritas.

—Tenemos, también, un muñeco pelirrojo —dijo el señor Nebel.

Ricky quedó muy aturdido y, en seguida, protestó:

—No. ¡Yo no! ¡Yo no quiero tener cara de muñeca!

—No seas tontuelo —dijo su madre, animándole.

—«Kommen Sie hier» —dijo la artista, inclinándose para mirar el rostro pícaro del chiquillo.

Ricky buscaba el modo de huir de aquello y pronto sus ojos encontraron la puerta. Echó a correr hacia allí, la abrió y desapareció.

—¡Vuelve aquí, Ricky! —le llamó Pam.

Pero el pequeño no dio señales de vida. Pete, sonriendo, confesó:

—Tampoco a mí me gustaría que le pusieran mi cara a una muñeca.

Los niños y sus padres dieron las gracias al señor Nebel por haber sido tan amable con ellos en su visita a la fábrica. El propietario les dijo:

—También tenemos armas de fuego, trajes espaciales y animales de juguete. Todo eso se fabrica en otro local. Tal vez les gustase a ustedes verlo, en otra ocasión.

El señor Hollister aceptó la oferta, añadiendo:

—Mis hijos tienen que resolver un misterio en la Selva Negra. Al regresar le visitaremos a usted otra vez, señor Nebel.

Bajaron las escaleras y salieron del edificio. Pero Ricky no estaba en el coche.

—¡Por Dios! ¿Dónde se habrá ido? —se lamentó la señora Hollister.

—¡Ricky! ¡Ricky! —llamó Pam, mientras Pete miraba a un extremo y otro de la calle.

Ricky no estaba en parte alguna…

—¿Vosotros creéis que estará todavía dentro de la fábrica? —preguntó Holly.

Todos volvieron a entrar y buscaron por la enorme sala de exposición. Los duendes seguían tocando una alegre tonadilla. Pam los miró, sonriendo. De pronto, sacudió la cabeza con incredulidad y volvió a echarles una nueva ojeada. Entonces tuvo que llevarse la mano a los labios para contener la risa. Junto al gracioso gnomo que tamborileaba en la seta, estaba su hermano Ricky que movía la cabeza mecánicamente, arriba y abajo y con su mano derecha golpeaba la seta, igual que el duendecillo que estaba a su lado.

—¡Ahí está Ricky! —anunció Pam—. ¡Es igual que los geniecitos!

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Pete, muy sorprendido, al pelirrojo.

El pecoso Ricky sonrió y, un poco avergonzado, fue a reunirse con sus padres.

—Estaba jugando con los duendes. No quiero ser una muñeca.

—¡Pero, hijo —dijo la señora Hollister, rodeándole los hombros con su brazo—, nadie te ha dicho que vayas a ser una muñeca!

De camino al hotel, el señor Hollister condujo a través de los lugares más interesantes, para que su familia y él pudieran ver los edificios conocidos, las viejas fuentes y el modernísimo centro de la ciudad.

Después de la cena, cuando subieron a dormir, los padres dieron a Pete y a Pam las llaves de sus habitaciones.

—¿A dónde iremos mañana, papaíto? —preguntó Pam.

—A Heidelberg. Y pasado mañana a la Selva Negra.

—Allí trabajaremos en el misterio del reloj de cuco —dijo Pete, con entusiasmo.

—Sí. Y cazaremos un león para el señor Spencer —bromeó el padre.

—No me gustaría ver otra vez a ese feísimo señor Donnerwetter —dijo Holly.

—Yo creo que ya nos hemos librado de él —repuso la madre.

La madre dio las buenas noches a sus hijas con un beso y las niñas entraron en su habitación, que Pam cerró con llave.

Durante la siguiente media hora las niñas se turnaron para bañarse y chapotear en la gran bañera. Holly fue la última en bañarse. Mientras estaba envuelta en la toalla miró atentamente al botoncito de la pared que tanto le atraía.

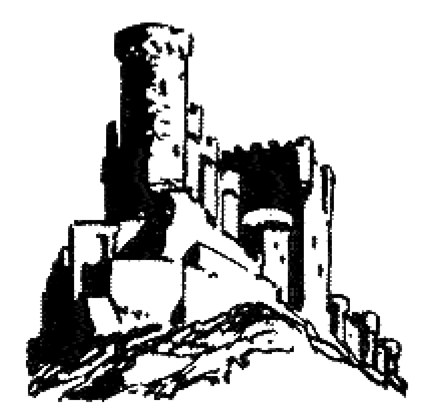
«Puede que los duendecitos empiecen a tocar una canción, si aprieto ese botón».

Sin pensarlo más, alargó la mano y su dedo índice se hundió con fuerza en el botón.

Holly estuvo esperando un rato, pero no sucedió nada. Al fin se puso el pijama y estaba a punto de meterse en la cama cuando se oyó un golpecito en la puerta y el pomo empezó a girar.

Aún Pam no había tenido tiempo de acercarse a ver quién llamaba cuando una llave rechinó en la cerradura y la puerta se abrió lentamente.

LAS VIEJAS RUINAS



—¿Qué pasa? —preguntó Pam, asustada, viendo que la puerta se abría de par en par.

Una camarera, de vestido negro y cofia blanca, asomó la cabeza desde el pasillo e hizo una pregunta en alemán que Pam no pudo entender.

Entonces, sonriendo, la camarera se dirigió al cuarto de baño y señaló el botoncito.

—¡Ah! —exclamó Pam, comprendiendo—. ¿Ese botón es para llamar a la camarera?

La mujer dijo que sí con un cabeceo, y con fuerte acento extranjero preguntó:

—¿No sabéis hablar alemán?

—Sí. Claro que hablamos alemán —respondió Holly, muy decidida, y empezó a recitar—: «Ja ist», sí, «Nein ist», no, «Ich weiss nicht ist», no sé yo.

La camarera se echó a reír y Sue continuó con la cantinela:

—«Kopf ist», cabeza, «Rot ist», rojo, «Katze ist», gato, «Hut ist», gorro.

Tanta gracia hizo aquello a la sirvienta que empezó a reír a

carcajadas y se oprimió con las manos el estómago. Aquel alboroto llamó la atención de los chicos que estaban en la habitación inmediata. Llamaron a la puerta y, al entrar en el cuarto de las niñas, encontraron a Pam riendo de tal modo que se le saltaban las lágrimas. Cuando explicó a sus hermanos que Sue y Holly estaban haciendo prácticas de alemán, Ricky se apresuró a informar a la doncella de que él también era ducho en hablar idiomas.

—Hasta sé una canción en alemán —anunció muy ufano—. Cuco, cuco, «ruf's aus dem Wald».

Las risas de la camarera aumentaron tanto que la pobre mujer tuvo que sentarse en una silla y secarse las lágrimas con el delantal.

En aquel momento, entraron en el dormitorio el señor y la señora Hollister, que también rieron al enterarse de lo que ocurría. La camarera pidió disculpas y, todavía riendo y secándose las lágrimas, se marchó, mientras Pam advertía a sus hermanos:

—No apretéis ese botón, como no sea que de verdad necesitéis que venga la camarera.

—No te preocupes —le contestó Ricky—. ¡Muñecas! ¡Camareras! ¡Qué cosas tan raras nos pasan hoy!

Mientras daba otro beso a sus hijas, la señora Hollister dijo:

—Espero que mañana podamos divertirnos tanto como hoy, en Heidelberg. He oído decir que es un sitio precioso, con un gran castillo a orillas del río Neckar.

—Esto me recuerda que deseabais comprar algunos recuerdos, hijos —dijo el padre—, de modo que os daré un poco de dinero.

Entregó a cada uno de sus hijos una cantidad y todos le dieron las gracias.

—Ahora, todos a dormir para que estemos bien despejados para el viaje de mañana —aconsejó la señora Hollister.

A los pocos minutos, las luces de todas las habitaciones de los Hollister estaban apagadas.

A la mañana siguiente, antes de salir de viaje, los niños estuvieron mirando por el vestíbulo y la fachada del hotel, pero no vieron la menor huella del sospechoso señor Wetter.

Lo que sí descubrió Ricky, en una tienda pequeña, fue un gracioso sombrerito rojo.

—¡Canastos! Voy a comprármelo —decidió el pecosillo—. Tengo

dinero y sé decir gorro rojo, en alemán… Sí. Me lo compro.

Muy decidido, entró en la tienda y dijo a la señora que estaba tras el mostrador:

—«Rot Hut».

Sonriendo, la señora entregó a Ricky el sombrero. El niño pagó y corrió a mostrar a los demás, muy orgulloso, su adquisición.

Todos admiraron el lindo gorrito.

—Es una preciosidad —afirmó Holly—. Me gustaría más llevarlo puesto un ratito… ¿Me lo dejas, Ricky?

—Ahora no. Cuando lleguemos a Heidelberg. Entonces te permitiré que te lo pongas.

Toda la familia, muy alegre, se instaló en el gran automóvil negro, preparados para empezar el viaje. Al poco rato el padre había llevado el coche a la Autobahn, una gran carretera muy recta y amplia, de cuatro pistas.

Mientras los demás niños se embelesaban contemplando el paisaje, los ojitos de Holly se posaban repetidamente en el lindo gorrito rojo que cubría la cabeza de Ricky. ¡Cuánto le gustaría ponérselo un ratito! Pero la pobre Holly no tenía más remedio que ser paciente y esperar. Sin poderlo evitar, suspiró.

Después de varias horas de camino llegaron a las afueras de Heidelberg.

—¡Ya veo el río! —anunció Ricky.

—Debe de ser el Neckar —dijo Pam.

La carretera avanzaba a lo largo del río y a lo lejos se veía un viejo puente de piedra.

—Se llama «Alte Brúcke» —dijo la señora Hollister, consultando la guía.

El otro extremo, el viejo puente estaba flanqueado por dos torres de piedra; más allá se veía la ciudad, que parecía levantada en la ladera de una montaña.

—¡Mirad! ¡Allí está el castillo! —anunció Pete.

En la parte alta de la colina se encontraba el ruinoso castillo. Grandes muros y torres almenadas se elevaban desde la orilla del río. Holly y Pam quedaron boquiabiertas de admiración. Era el primer castillo de verdad que ellas veían.

Un momento después, cuando el señor Hollister llevaba el coche

por el estrecho puente de piedra, Holly alargó un brazo para coger el gorrito rojo de Ricky.

—Ya hemos llegado —dijo—. Meló tienes que dejar.

—Cuando se pare el coche, puedes ponértelo —contestó Ricky, lamentando desprenderse de su gorro.

—¡Pero si ya estamos en Heidelberg! —protestó Holly, sin soltar el gorro.

Ricky se volvió y arrancó con tanta fuerza el gorrito de las manos de su hermana, que el viento arrastró el gorro, que desapareció por la ventanilla. Primero cayó en el puente y luego ¡fue a parar al río!

—¡Canastos, mi sombrero! —gritó Ricky—. ¡Papá, papá, por favor, para el coche!

—De nada valdría, Ricky. El gorrito se ha perdido —dijo el señor Hollister.

Ricky se mordió los labios, luchando por contener las lágrimas.

—Lo siento mucho —se disculpó Holly, con un hilito de voz—. Te compraré un gorro nuevo con mi dinero, Ricky.

El señor Hollister condujo el coche entre las dos torres que se levantaban al final del puente, viró a la derecha y aparcó frente a un viejo hotel.

Mientras el padre estaba dentro, acompañado de la señora Hollister y Sue que deseaban ver las habitaciones, los demás niños corrieron al otro lado de la calle para contemplar las embarcaciones que se movían por las aguas del río.

De repente, Ricky tomó a Pete por un brazo, para mostrarle una barca que iba por el centro del río.

—¡Ahí está mi sombrero! —dijo, muy emocionado.

En la embarcación iban tres jóvenes y uno de ellos llevaba un gorro rojo. Los otros se cubrían la cabeza con gorros azules, adornados con tiras blancas y rojas.

—Allí hay una barca vacía —dijo Pete, señalando a un punto de la orilla, cerca de donde él y su hermano se encontraban—. La tomaremos prestada.

Los dos muchachitos corrieron a la embarcación y, mientras las niñas esperaban en la orilla, sus hermanos remaron hasta la barca donde se encontraban los tres jóvenes.

—¡Eeeeh! —gritó el pelirrojo Ricky, para llamar la atención de los otros—. «Hut»…, «hut» —siguió gritando, al tiempo que señalaba el sombrero y, luego, su propia cabeza despeinada.

El trío de la otra barca se echó a reír alegremente y empezó a remar en dirección a los Hollister. El más alto era el que llevaba el gorrito rojo sobre su cabello rubio y rizoso.

Cuando las dos embarcaciones quedaron una junto a otra, Ricky intentó explicar, con gestos, cómo su gorro se había caído desde el coche, por el puente.

—Ja, ja, ja —contestó el muchacho, riendo. Y luego, hablando lentamente en inglés, explicó—: Me gusta tu sombrero. Me sienta muy bien.

Sus compañeros rieron alegremente, pero los dos Hollister sólo sonrieron, por no ser descorteses.

—Somos estudiantes de la Universidad de Heidelberg —explicó el más alto de los muchachos alemanes—. ¿Os gustaría quedaros con uno de nuestros sombreros, como recuerdo?

—¡Canastos! ¡Sería estupendo! —declaró Ricky.

—De acuerdo, entonces. Haremos un cambio.

El mocetón rubio sacó de su bolsillo una gorra azul a rayas y se la ofreció a Ricky, que se puso en pie y extendió un brazo para cogerla. En aquel momento, una gran embarcación cisterna pasó cerca de las barquitas, agitando tanto las aguas que las dos embarcaciones de remos estuvieron a punto de naufragar.



El pobre Ricky se tambaleó peligrosamente y, dando un grito, cayó hacia delante, aunque tuvo la suerte de poder sujetarse a la borda de la barca de los estudiantes. Sin embargo, quedó en una postura lamentable, con los pies en la barca de Pete, las manos en la barca de los estudiantes y el cuerpo horizontal a poca distancia del agua, como si fuera un puente de carne y hueso. El agua le salpicaba el pecho.

A toda prisa, tanto los estudiantes como Pete, empezaron a remar, para que las dos embarcaciones quedaran más juntas. Pronto Ricky se sintió salvado.

—¡Bonito principio de vuestra visita a Heidelberg! —bromeó el estudiante rubio—. Ahí tienes tu gorra de estudiante.

Y entregó la gorra a Ricky, que le dio las gracias. En seguida Pete volvió a remar hacia la orilla.

En cuanto volvió a encontrarse en la calle, Ricky mostró

orgullosamente su nueva gorra y la empapada pechera de su ropa que probaban su reciente aventura. Luego, todos entraron en el hotel, ayudando al señor Hollister a meter los equipajes.

—¿Dónde está el ascensor? —preguntó Pete a la señora que acudió a recibirles.

Ella entreabrió los labios en una sonrisa y dijo que no había ascensor. Tuvieron que subir los equipajes por una vieja y mal alumbrada escalera de mármol.

—¡Canastos! ¡Qué misterioso es esto! —dijo Ricky, mientras hacía resbalar sus dedos por el pasamanos de la escalera, por la que ya subía toda la familia.

Las tres habitaciones que iban a ocupar los Hollister tenían el techo muy alto y antiguas palanganas de mármol.

—Así es como vivía la gente hace cien años —explicó Pete a su hermano, cuando los dos volvían a bajar las escaleras.

—Ahora iremos al castillo —dijo el padre.

Echaron a andar por una callejuela estrecha, con aceras en las que casi no cabían dos personas juntas, Pam tomó a Sue de la mano, por temor a que la pequeñita bajase a la calzada, por donde iban y venían muchos cochecitos pequeños.

La callejuela iba a salir a una gran plaza empedrada, rodeada por viejos edificios. Los Hollister avanzaron con calma entre la multitud de estudiantes y turistas, camino del castillo, que se levantaba a enorme altura por encima de sus cabezas.

—¡Canastos! No me imaginé que fuese tan alto —se asombró Ricky, colocándole al frente de todos y avanzando por un camino en cuesta, flanqueado, a la derecha, por un enorme muro de piedra.

Todos subieron y subieron. El señor y la señora Hollister se detuvieron unos momentos para contemplar la ciudad y el río que ahora aparecía muy abajo.

—Ven, papá. Mamita, ven —llamó Holly—. Daos prisa. Figura que somos caballeros que entramos a atacar el castillo.

—¡Boba! —se burló Ricky—. ¿Cuándo has oído hablar de caballeros con trencitas?

—Acércate que voy a batirme contigo —retó al pecoso su traviesa hermanita.

Los dos subieron, corriendo, un largo tramo de escaleras de

piedra. Una vez arriba se encontraron en una extensa terraza, bordeada, en la parte que daba al río, por un parapeto.

—¡Zambomba! —exclamó Pete, cuando él y Pam llegaron arriba —. ¡Desde aquí se ven kilómetros y kilómetros de tierra!

Sobrecogidos, los dos hermanos mayores contemplaron las ruinas del castillo.

—¡Qué bonito debía de ser cuando vivían aquí los nobles! —comentó Pam, soñadora.

—¡Y cuántas fieras batallas se celebrarían! —comentó Pete.

—Tenéis razón —dijo la señora Hollister, quien explicó que había leído la historia de aquel castillo la noche anterior—. En 1688, Luis XIV de Francia envió un ejército para que conquistase Heidelberg. Un año más tarde, los franceses se vieron forzados a marchar de aquí. Pero, antes de abandonar la plaza, prendieron fuego al castillo y algunas torres se derrumbaron.

Sue se llevó las manos a ambas orejitas y cerró fuertemente los ojos.

—No te preocupes —la tranquilizó Pete—. No va a derrumbarse nada.

—Los franceses volvieron en 1693 —prosiguió la señora Hollister, con aire triste—, pero esta vez dejaron el castillo convertido en un montón de ruinas e incendiaron la ciudad, de la que sólo quedaron las cenizas.

—Quiero ver dónde tuvieron lugar las explosiones —declaró Ricky.

Turistas de todas las nacionalidades iban de un lado a otro, admirando las ruinas. Al cabo de un rato, Pete y Pam descubrieron una torre de piedra que parecía haber sido cortada por la mitad y dejaba a la vista, a través de la gran grieta central, dos habitaciones negras como un túnel.

—Ricky —llamó Pete—, aquí debió de producirse la explosión.

Un alemán que pasó cerca de ellos sonrió y dijo:

—«Ja». Ésta es la famosa torre que hizo explosión. Era un lugar en el que se almacenaba pólvora.

Ricky quedó con los ojos redondos de admiración y en seguida quiso trepar y meterse en la vieja fortaleza; pero pronto pudo darse cuenta de que no era posible escalar las desgastadas paredes.

Mientras los demás contemplaban las ruinas, Sue dio un apretón en la mano de Pam y empezó a decir:

—Tengo sed, Pam. Quiero beber. Veo un sitio donde se puede beber.

La pequeñita señalaba hacia un pequeño quiosco donde anunciaban refrescos.

—Toma —dijo el señor Hollister a Pete, entregándole un puñado de monedas alemanas—. Traed algo de beber también para mamá y para mí.

Los niños se acercaron inmediatamente a la señora que estaba detrás del mostrador.

—«Was willst du haben?» —preguntó ella. Y en vista de que los niños titubeaban, añadió amablemente en inglés—: ¿Qué queréis tomar? ¿Os apetece un «apfelsaft» alemán?

—¿Qué es eso? —quiso saber Pete.

La vendedora les explicó que era una sidra de manzanas dulces que se servía en botellas heladas. Mientras ella destapaba las botellas y metía en cada una una cañita, un hombre bajo, de cabello negro, se acercó a Pam. Y cuando la niña fue a coger su botella de «apfelsaft» el desconocido dio un tirón de su bolso y echó a correr.

—¡Deténgase! —gritó la vendedora.

—¡Devuélvamelo! —pidió Pam a voces, mientras el hombre corría, zigzagueando, entre la multitud de turistas.

UN PÁJARO TÍMIDO



Pete corrió tras el hombre que huía en dirección al señor Hollister.

—¡Detenle, papá! —pidió Pete, a voces.

Varias personas se colocaron hombro con hombro con el señor Hollister, para poder atrapar así al fugitivo, pero el hombre, apretando contra su pecho el bolso de Pam, se abalanzó, como si fuera a echarse al agua, entre las piernas del señor Hollister, rodó por el suelo y luego, levantándose, siguió corriendo.

Pete se abrió paso entre las atónitas personas mayores y, haciendo un gran esfuerzo, casi alcanzó al ladrón del bolso. De repente, el perseguido, dio la vuelta hacia la izquierda y tiró el bolso al otro lado de una cerca metálica.

Mientras el fugitivo descendía por una larga rampa de piedra, Pete y los demás corrieron hasta la cerca y miraron abajo. El bolso había caído sobre la hierba de un húmedo jardín que se encontraba a unos quince metros de distancia, al pie de la torre. Un hombre bajo y ancho se acercó rápidamente a cogerlo.

—¡Es el señor Wetter! —exclamó Pete.

En aquel momento, un guarda que apareció por la arcada,

viendo el bolso, se acercó y lo tomó antes de que lo hubiera podido apresar el otro hombre.

—¡Ese bolso es nuestro! —chilló Ricky—. ¡No se lo dé a él!

—¡Detenga a ese hombre! —añadió Pete.

El guarda levantó la vista hacia la multitud reunida ante la baranda, y se colocó una mano tras la oreja, para intentar comprender lo que le decían.

—¡No nos entiende! —se lamentó la señora Hollister.

Reconociendo a los Hollister, el señor Wetter huyó a través de la arcada.

—¡Oh! ¡Deténgale! ¡Deténgale! —gritaron Pam y Holly a un tiempo.

Alguno de los presentes gritó al guarda unas explicaciones en alemán. El hombre uniformado asintió e hizo señas a los Hollister para darles a entender que les devolvería el bolso.

—¡Esto es el colmo! —exclamó la señora Hollister—. Si pudiéramos hacer comprender a ese guarda que el señor Wetter es el verdadero ladrón…

Todos los Hollister estaban convencidos de que el hombre bajo y corpulento había alquilado al ratero para que se apoderase del bolsito de Pam y lo arrojase al jardín en donde él estaría esperando.



—Podemos tomarnos el «apfelsaft» mientras esperamos —dijo el señor Hollister, y él y su familia se encaminaron al quiosco de refrescos.

Estaban acabando de saborear la deliciosa bebida cuando el guarda se acercó a ellos. Pam le dio las gracias cuando él le entregó el bolso y con la ayuda de la vendedora le hizo comprender que aquel señor Wetter estaba siguiendo y molestando a toda la familia desde que salieron de América.

El guarda pidió disculpas por no haber detenido al hombre, y prometió informar de todo a la policía.

—¡Ese malísimo señor Donnerwetter! —murmuró Holly—. Ahora que casi le habíamos atrapado…

Mientras volvían al hotel, la señora Hollister dijo a sus hijos que se sentía inquieta. Y añadió:

—El secreto del reloj de cuco debe de ser muy importante, cuando el señor Wetter está tan empeñado en conseguir esa nota.

—Yo creo que la verdadera pista del misterio la encontraremos en Triberg —opinó Pete—. Cuanto antes vayamos allí, mejor.

—Saldremos para la Selva Negra mañana temprano —hizo saber el señor Hollister a sus hijos.

—Bien —contestó Pam, mientras entraban en el viejo hotel—. Pero ahora iremos con los ojos muy abiertos por si vemos al señor Wetter. Puede que vuelva a intentar quitarnos la nota.

Al día siguiente, antes de salir del hotel, mientras estaban en el vestíbulo, Pam dio a su hermano Pete el mensaje misterioso.

—A ti nadie querrá robarte el bolso —dijo la niña.

Pete se guardó el papelito en la cartera, guardó ésta en el bolsillo de la cadera y cerró la tapita del bolsillo con el botón.

En seguida salieron para instalarse en el coche, que se puso en marcha a lo largo de la Autobahn, en dirección a Triberg. Recorridos unos cuantos kilómetros, a la izquierda de la carretera apareció un espeso bosque de pinos.

—Éste es el principio de la Selva Negra —dijo a su familia el señor Hollister.

—Creo que ya sé por qué la llaman así. Esos árboles tan oscuros, parecen negros desde lejos —reflexionó Pete.

Holly se estremeció de emoción y afirmó que aquellos bosques debían de estar llenos de gnomos y brujos de carne de membrillo.

—Y de pajaritos —añadió Sue—. Yo «querería» cazar un cuco.

—¿Y meterlo en un reloj? —preguntó el bromista de Ricky.



—Eso. Y le daría de comer miguitas, cada vez que asomase a cantar las horas.

La carretera tenía ahora, cada dos kilómetros, aproximadamente, unos tramos amplios en los laterales, en donde se podía aparcar. Al cabo de casi una hora de camino, el señor Hollister detuvo el coche junto a otros automóviles europeos, más pequeños. Las puertas del coche de los Hollister se abrieron de par en par y los niños salieron, alborozados, a respirar el aire puro.

—¡Mirad! ¡Allí hay un coche americano! —advirtió Pam, señalando un vehículo detenido a poca distancia.

—Hay un sello de Illinois en la ventanilla —observó Pete, mientras él y Pam se acercaban.

Sentados en banquetas campestres, al lado del coche, encontraron a un hombre y una mujer jóvenes y a una niña que tendría la edad de Pam.

—Buenos días —saludó amablemente Pete—. ¿Son ustedes americanos?

—Claro que lo somos —contestó muy contenta, la niña—. ¡Qué alegría da oír a alguien de nuestra tierra!

La simpática niña se presentó a los Hollister, diciendo que era Gladys Renner. Tenía el cabello corto, de color castaño y unos bonitos ojos azules.

—Vivimos en Alemania porque papá trabaja aquí —explicó Gladys—. Ahora tenemos unas vacaciones y vamos camino de

Suiza.

Mientras los dos hermanos mayores hablaban con Gladys, Sue se acercó tímidamente, seguida de Ricky y Holly.

—Estamos buscando pajaritos cucos —informó Sue.

—Pues lo estáis haciendo en el lugar más adecuado —afirmó el señor Renner, señalando al bosque—. Por aquí hay muchos, pero son muy tímidos. Con suerte, podréis oír cantar alguno, pero no veréis ninguno.

—Dicen que si se oye cantar a un cuclillo y se tiene al mismo tiempo, una moneda en el bolsillo, da buena suerte —explicó Gladys.

—A nosotros nos convendría mucho un poco de buena suerte —sonrió Pete y Pam se dio cuenta de que él estaba pensando en el misterio del reloj.

En ese momento se oyó decir al señor Hollister:

—Pete, ¿quieres echarme una mano? Tenemos un neumático flojo y creo que tendré que cambiarlo.

Pete corrió junto al «Mercedes-Benz», seguido de Ricky.

—Sí, papá. Te ayudaremos los dos —se ofreció el pelirrojo.

La señora Hollister que había estado revisando un mapa de carreteras, salió del coche y siguió estudiándolo, mientras los tres hombres de su familia se ocupaban de cambiar el neumático.

Cuando el neumático de repuesto estuvo bien colocado, Ricky miró en dirección a las niñas. Pero no estaban ahora junto al coche de Illinois, ni se las veía en parte alguna. Ricky corrió junto al señor Renner para preguntarle:

—¿Dónde están las chicas?

—Han ido a dar un paseo por el bosque —contestó el señor—. Están buscando un cuclillo. Estarán de regreso dentro de un par de minutos.

Ricky lamentó de verdad no haber acompañado a las niñas. Metiendo las manos en los bolsillos del pantalón fue a reunirse con Pete, que se estaba limpiando las manos en un trapo. El pecoso explicó a su hermano lo que el señor Renner le había dicho y Pete comentó:

—Me parece una ocurrencia de cuclillo irse a buscar un pájaro, cuando tenemos prisa por seguir el viaje.

Entretanto Pam y Gladys, seguidas por Sue y Holly, avanzaban por un sendero que se internaba en el pinar. De vez en cuando se paraban a escuchar. ¡Silencio!

—Yo no oigo nada —protestó Holly—. Puede que los pajaritos sólo canten cuando tienen que dar la hora.

Las dos niñas mayores se echaron a reír y Pam dijo:

—Hemos llegado al final del camino sin oír a ningún pájaro.

—Creo que será mejor volver —dijo Gladys.

¡Cu-cú, cu-cú, cu-cú!

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Holly, asombrada.

—¿Has oído ese ruido, Pam? —preguntó Sue.



El rostro de la hermana mayor se iluminó de alegría.

—Estoy segura de que era el cuclillo, niñas.

Las cuatro se detuvieron y escucharon. De la profundidad de los bosques volvió a llegar claramente el alegre gritito: ¡Cu-cú!

—Suena igual que nuestros relojes —dijo Holly, emocionada, cerrando su manita en torno a una moneda alemana que llevaba en el bolsillo—. ¡Vaya! ¡Tenemos suerte! ¡Tenemos suerte!

Y para sus adentros, la niña pensó: «Ahora sí resolveremos el misterio. Estoy segura».

El pajarito volvió a cantar. Esta vez parecía estar más cerca.

—¡Cómo me gustaría ver ese pájaro! —dijo Pam.

—Pues ¿por qué no vamos a verle? —propuso Holly—. Tiene que estar muy cerquita.

Pam miró a su alrededor para guardar en su memoria los detalles del paisaje.

—Está bien. Nos meteremos en el bosque, pero no iremos demasiado lejos.

Con las manos enlazadas, las cuatro niñas caminaron entre los gigantescos pinos, moviéndose muy despacio para no asustar al cuclillo. Miraban atentamente a todas las ramas, pero no pudieron descubrir pájaro alguno.

—¡Lo he oído otra vez! —exclamó, de pronto Gladys, pero esta vez el canto parecía llegar de más lejos.

—Pobrecito. Debe de ser un pájaro vergonzoso, como yo —sonrió Holly.

También Pam sonrió, diciendo:

—Nunca he oído que las niñas traviesas como tú sean tímidas, Holly. Ahora será mejor que volvamos. El cielo se está poniendo negro y parece que va llover.

—Espera, Pam. Vamos un poquito más lejos; sólo un poquito más —suplicó Holly—. A papá y mamá no les importará.

—Está bien —accedió Pam—. Otros cien pasos y en seguida volvemos.

Mientras caminaban, el viento empezó a soplar entre las ramas más altas de los abetos. En cambio el pajarito había quedado silencioso.

—Puede que se haya ido a su nido, porque sabe que va a «lluever» —dijo Sue, muy seria.

—Noventa y ocho, noventa y nueve, cien —dijo Gladys, acabando de contar los pasos—. Ahora, volvamos —decidió.

Gladys parecía ahora un poco asustada. Las cuatro niñas dieron media vuelta y empezaron a caminar por donde habían llegado. El viento silbaba entre los árboles. Unos nubarrones negros se extendían por el cielo, muy bajos, tocando casi las copas de los abetos.

—¡Canastos! —exclamó Holly, imitando a su hermano—. Si no vamos de prisa, puede que encontremos un gnomo de caramelo, en vez del pájaro cuco.

Sue y Holly se separaron de las otras y Pam las llamó inmediatamente.

—¡Por ahí, no! Es por el otro lado. Vais en dirección contraria.

—Éste es el camino por donde hemos venido —afirmó Holly, muy convencida—. Lo sé seguro, segurísimo.

Pero Holly obedeció a su hermana mayor y las cuatro corrieron por el sombrío bosque.

Cuando se encontraron demasiado lejos para saber volver al lugar que Holly había dicho, a Pam le empezó a latir el corazón con fuerza. Miró a todas partes. No había ningún camino, ni se veía carretera, ni coches… La mayor de las hermanas Hollister quedó unos momentos muy quieta, escuchando. Luego llamó a gritos:

—¡Mamá! ¡Papá!

Nadie contestó.

—¡Dios mío! ¡Nos hemos perdido! —murmuró, muy apurada.

—¡Qué miedo! Seguramente hemos estado andando en círculo —añadió Gladys.

—Todas las direcciones parecen iguales —lloriqueó Holly, mirando a un lado y a otro, entre la arboleda.

Las niñas no sabían qué hacer.

Sue tomó la mano de Pam y la oprimió con fuerza. El viento aullaba ahora, furiosamente entre los árboles y las niñas corrían, angustiadas, por el bosque tenebroso. Al cabo de un rato, Pam decidió:

—Creo que debemos quedamos quietas. Así no podremos perdernos más de lo que estamos.

¡Cucú, cucú, cucú! El canto llegaba desde un pequeño claro que había a la izquierda de las niñas.

—¡Es un pájaro! —exclamó Holly.

—Debe de haber un nido llenote de pájaros —calculó Sue y, en aquel mismo momento, una gruesa gota se estrelló en su mejilla.

También Pam y Gladys estaban muy intrigadas con aquellos cantos de pájaro y echaron a andar hacia el lugar de donde procedían.

El canto fue haciéndose más sonoro a medida que las niñas se aproximaban a un pequeño barranco. Abajo, en el pequeño claro, había una tiendecita de campaña y delante de ella se veía a dos niñas y un niño. Tenían las manos colocadas ante la boca a modo de trompetas y decían a gritos:

—¡Cucú, cucú, cucú!

—¡Vaya pájaros! —murmuró Holly, poniendo una cara muy agria.

Las cuatro resbalaron con precaución por la pared del barranco y se aproximaron a los niños de la tienda de campaña. Los tres hablaban alemán y Gladys conversó con ellos unos momentos en el mismo idioma.

—¿Qué están haciendo ellos aquí? —preguntó Pam a su nueva amiga americana.

Gladys explicó que los tres niños habían salido de excursión con sus padres, los cuales se habían ido a la ciudad en busca de provisiones. Por eso ellos imitaban el canto del cuclillo.

—Diles que nos quedaremos con ellos y no sucederá nada malo —dijo Pam, queriendo arreglarlo todo.

Gladys hizo las presentaciones de las hermanas Hollister a los niños alemanes y todos juntos entraron en la tienda de campaña. El viento soplaba con mayor fuerza y golpeaba la lona de la tienda como si fuese un látigo. Todos los niños mayores tragaron saliva, disimulando su miedo, y procuraron sonreír. Sue se abrazó a Pam.

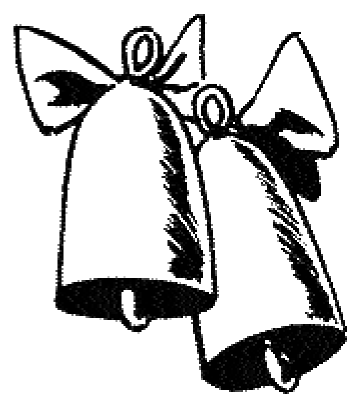
—«Mutti», «mutti» —murmuró la más pequeñita de las niñas alemanas, de unos cinco años.

—No te preocupes, guapa. Tu mamá nos encontrará a todos —la consoló Pam.

—Claro que sí —afirmó Holly—. Tenemos mucha suerte porque hemos oído cantar a un…

¡Uuuuh! ¡Una fuerte ráfaga de viento sopló contra la lona y la hizo caer sobre los niños!

UNA CUESTA RESBALADIZA



Los angustiados gritos de los niños quedaban ahogados por el aullido del viento y la lona que les envolvía. Holly fue la primera en arrastrarse fuera de la caída tienda y, mientras asomaba su cabecita bajo la lona, oyó más cantos de cuclillos. Parecían llegar de muy cerca. Holly se puso en pie y sujetó la lona en alto para que los demás niños pudieran ir saliendo.

Cuando los niños alemanes oyeron los cantos de cuclillo contestaron con el mismo canto y muy pronto llegaron, como aparecidos de las sombras por arte de magia, un hombre y una mujer. Al ver que eran siete, y no tres, los niños que se encontraban junto a la caída tienda, el hombre exclamó en inglés:



—¡Los Hollister! ¿Sois las niñas perdidas?

—Sí, señor —contestó Pam.

—Y yo también —hizo saber Gladys, mientras los señores alemanes se acercaban.

—¿Estáis heridas? —preguntó la señora.

—No. Sólo asustadas —repuso Pam—. ¿Cómo saben ustedes que nos hemos perdido?

—Vuestros padres os están buscando.

—¿Dónde están papá y mamá? —lloriqueó Sue.

Y todas quedaron asombradísimas, cuando les dijeron que los coches de sus padres estaban aparcados allí cerca.

—Yo os acompañaré —ofreció amablemente el señor—. Mi esposa ayudará a nuestros hijos a levantar la tienda.

A los pocos minutos las niñas volvían a estar en la zona de aparcamiento de la carretera. A toda prisa, los Hollister se despidieron de Gladys y del señor alemán, que se marchó a toda prisa, a reunirse con su familia.

—Sentimos mucho habernos perdido. Todo ha sido por culpa del pájaro cuco —se disculpó Pam.

—¡Daos prisa! —les apremió la madre—. Entrad en el coche antes de que estalle la tormenta.

Todos se metieron en el negro automóvil y cerraron apresuradamente las puertas, un instante antes de que un verdadero diluvio empezase a caer sobre el coche. El señor Hollister lo puso en marcha, mientras las niñas, muy nerviosas, explicaban su aventura en el bosque.

El bosque estaba envuelto en una especie de manto de negrura. Se oían truenos espantosos y, de vez en cuando, los relámpagos producían una luz deslumbradora sobre la resbaladiza carretera.

—Id con los ojos bien abiertos y avisadme cuando lleguemos a la curva de Triberg —dijo el padre a su familia.

—¡Es ahí! —anunció de pronto, Pete, indicando una señal de la carretera.

El padre desvió el coche de la Autobahn y condujo por un camino estrecho y serpenteante. Los dos brazos del limpiaparabrisas no lograban despejar el cristal sobre el que el agua caía a cántaros. El coche ascendió por un pequeño puente y, al llegar al otro extremo, se hundió en un enorme charco. Como no podía ver el lateral de la carretera, el señor Hollister tuvo que reducir la velocidad. El coche avanzaba lentamente, casi a oscuras y sobre un verdadero río de agua. De repente, las ruedas de la derecha salieron del borde de la carretera. El señor Hollister viró rápidamente hacia su izquierda para evitar que el coche volcase.

¡Bam, bamp, bamp! Los Hollister habían quedado embarrancados en un gran charco. Durante unos momentos, nadie habló. Al fin fue Ricky quien comentó alegremente:

—¡Canastos! ¡La envidia qué van a tener mis amigos de Shoreham cuando les cuente esto!

Pam oía gorgotear el agua bajo el coche.

—Si sigue lloviendo mucho, tendremos que salir de aquí nadando —murmuró, procurando no mostrarse demasiado asustada.

El señor Hollister se limitó a comentar que la situación pudo haber sido peor. Al menos estaban fuera de la carretera y no podían chocar con otro coche.

Para pasar el rato, los niños Hollister se entretuvieron en cantar la canción del cuco y, cuando estuvieron cansados de ella, Pam propuso:

—¿Por qué no cantamos nuestra canción del pájaro viejo?

—¡Sí, sí! —contestó alegremente Holly—. Empezamos Ricky y yo.

Al poco toda la familia cantaba de buena gana una tonadilla que conocían desde hacía tiempo.

«Kokaburra está sentado en el árbol de la goma,
Alegre, muy alegre el rey del bosque es.
Ríe, Kokaburra,
Ríe, Kokaburra,
Dichosa tu vida debe ser».

—Bueno. Veo que la situación empieza a alegrarse —dijo el señor Hollister, al observar que la lluvia iba disminuyendo y las negras nubes eran arrastradas lejos, por el viento.

Cuando la claridad volvió a ser normal, la lluvia cesó por completo y el único ruido que pudo percibirse fue el del gorgotear del agua bajo el coche.

—¡Zambomba! Mirad en dónde estamos —gritó Pete, mientras bajaba el cristal de la ventanilla.

La hondonada se hallaba ante un extenso campo, en el centro del cual había una coquetona casita, estilo chalet. En las escaleras del porche apareció un hombre calzado con botas, que avanzó por un caminito, en dirección al coche de los Hollister. Pam le preguntó en seguida:

—¿Habla usted inglés?

—«Bisschen»... Un poco —replicó el hombre, quitándose ya el sombrero impermeable.

—No podemos salir del coche —le explicó la señora Hollister.



—Yo les ayudaré —ofreció el hombre, marchando al corral inmediato a la casa.

Los Hollister miraron, boquiabiertos, a dos poderosos bueyes que salían del corral. El hombre condujo a los animales por el camino y sujetó una sólida cadena desde los arneses de los bueyes a

la parte delantera del coche. Luego, a una orden del hombre, las bestias levantaron la cabeza y hundieron sus pezuñas en la tierra blanda.

El coche se movió un poquito. Luego otro poco. Centímetro a centímetro, fue saliendo de la charca, mientras los bueyes tiraban y daban soplidos.

—«Jawohl Gut!» —dijo el hombre, cuando el «Mercedes-Benz» quedó en la carretera.

Toda la familia salió y dio las gracias al buen hombre.

—¿Cómo podríamos pagarle este gran servicio? —dijo el señor Hollister.

—«Nein» —dijo el hombre, gravemente. Y mirando al cielo añadió—: ¡Vaya! Una tormenta en la Selva Negra no es una buena acogida para unos visitantes. Entren en mi casa. Podrán comer y beber algo antes de seguir su camino.

Nuevamente dieron los Hollister las gracias a aquel hombre tan amable y, lentamente, le siguieron, en el coche, mientras él llevaba los bueyes al corral. Mientras subían las escaleras del porche, Pete dijo a Pam, al oído, que aquel hombre debía de ser un granjero. Pero, al entrar en la casa, el muchachito cambió de opinión. La gran sala de la casita tenía una chimenea en un extremo y estaba amueblada de manera confortable, con una mesa grande y tosca y sólidas sillas tapizadas en cuero. Por todas partes se veían objetos de madera tallada, de varias formas y tamaños.

—Me llamo Heinrich Brunner —dijo el hombre a los Hollister, que también le dijeron sus nombres.

—Debe de ser usted un «Schnitzelmeister» —dijo Pam, mientras el señor Brunner les hacía sentarse a la mesa.

—No. Yo no soy un maestro en la especialidad —repuso el amable señor—. Me gusta tallar madera en mis ratos libres y cultivar la tierra cuando hace buen tiempo. Ahora van a probar ustedes uno de mis quesos caseros.

Inmediatamente cortó varias rebanadas de pan moreno y sacó un queso de vistoso color. Cuando todos hubieron tomado una porción, el señor Brunner llenó de leche fría unos grandes vasos.

—Es usted muy amable con nosotros y le estamos muy agradecidos —dijo afablemente la señora Hollister.

—¿Están ustedes visitando el «Schwarzwald»?

El señor Hollister le explicó los motivos de aquel viaje y le habló del león tallado que buscaban.

—¿No podría usted hacernos uno? —le preguntó.

—No. Lo que ustedes buscan es un verdadero «Schnitzelmeister». En Triberg encontrarán uno. Se llama Karl Fritz.

Los Hollister quedaron atónitos.

—¿Karl Fritz, el que fabrica relojes de cuco? —preguntó Pete.

—«Ja, ja». A él me refiero. Es el mejor de toda Alemania.

Mientras los Hollister saboreaban el queso y el pan moreno, el dueño de la casa les explicó que Karl Fritz había aprendido el oficio en la Alemania Oriental.

—Vino a Triberg después de la guerra. El «Schnitzelmeister» ha enseñado el oficio a cientos de tallistas de toda Alemania. También tiene clases para niños.

—¡Qué bonito! ¡Yo querría ser una niña «Schnitzel»! —anunció Holly.

—«Ja». Karl Fritz puede enseñarte. Y él puede hacer el león, también.

Los Hollister quedaron complacidos al saber que Triberg estaba a poca distancia de allí.

—Tal vez podamos pedir desde aquí que nos reserven habitaciones —dijo el señor Hollister, al fijarse en el teléfono que había al fondo de la estancia.

Heinrich Brunner se ofreció a telefonear él mismo. El Park Hotel era el mejor alojamiento. Inmediatamente hizo la llamada. Cuando colgó, dijo:

—«Herr» Mueller, el propietario, les estará esperando.

Después de haber comido, los Hollister dieron las gracias al buen hombre y se despidieron de él, para volver al coche. El tallista en madera quedó observándoles desde el porche.

—Me gustaría hacer algo por este señor tan complaciente —dijo la señora Hollister.

—¡Canastos! Ya sé lo que podemos hacer —exclamó Ricky—. Puedo regalarle mi gorra de la universidad de Heidelberg. Le gustará.

—Eres muy generoso, hijo —murmuró su madre, emocionada—.

Sé cuánto te gusta esa gorra. Pero, puesto que has tenido esa ocurrencia, ve a regalársela.

Con la gorra en la mano, Ricky volvió junto al hombre.

—Tengo un regalo para usted, «Herr» Brunner. Le doy la gorra. Yo todavía tardaré un poco en ir a la universidad.



El hombre quedó mirando, perplejo, la gorra; luego sonrió agradecido y dijo:

—«Danke, danke». Eres muy espléndido. Guardaré esta gorra y así te recordaré siempre.

Muy ufano, se colocó la gorra en la cabeza y estuvo diciendo adiós con la mano a sus nuevos amigos, hasta que el coche llegó al final del camino y embocó la carretera.

Los neumáticos sisearon sobre el pavimento todavía húmedo, de la carretera que llevaba a la parte alta de la Selva Negra. Los valles que iban apareciendo eran cada vez más estrechos y, durante un rato, la carretera avanzó junto a un arroyo de montaña, cuyas aguas corrían, espumeantes, entre guijarros y cantos rodados. De pronto, Ricky anunció:

—¡Ahí está Triberg, papá!

Un letrero señalaba una curva a la derecha y pronto el coche tuvo que ascender por la calle más empinada que los Hollister habían visto en toda su vida. Al principio no vieron más que unas casitas bastante separadas unas de otras, pero, al aproximarse al centro de la población, empezaron a aparecer hileras de edificios a

ambos lados de la calzada empedrada. Al fin, la carretera desembocó en una amplia plaza. También la plaza estaba construida en una cuesta.

—Parece que no hay ni un trecho nivelado aquí —dijo el señor Hollister, mientras detenía el coche ante un edificio donde un letrero anunciaba: «Park Hotel».

Cuando entraron, un hombre bajo, de cabellera negra y sonrisa amigable, acudió a saludarles.

—Supongo que ustedes son los Hollister, de Estados Unidos —dijo el hombre, haciendo una ligera inclinación.

—¿Usted es el señor Mueller? —preguntó el señor Hollister.

—Sí, para servirle.

El señor Hollister sonrió y repuso:

—Hemos tenido que nadar desesperadamente, cuesta arriba, pero al fin llegamos.

—Sus habitaciones están en el tercer piso —dijo el propietario —. Llamaré a un botones para que les ayude a subir los equipajes.

La alfombrada escalera llevaba a un amplio descansillo que los niños americanos creyeron sería el segundo piso. Pero el botones que subía cargado con las maletas les dijo, sonriendo:

—Éste es el primer piso.

—¡Canastos! ¡Entonces nuestras habitaciones estarán en el cuarto piso, aunque aquí lo llamen tercero! —dijo Ricky.

El muchachito del hotel dijo que sí y siguió subiendo dos pisos más. Al final se encontraron en un amplio vestíbulo. La habitación de Pete y Ricky quedaba a un lado y en frente se encontraban la de sus padres y la de las niñas.

Las dos grandes y altas camas de los chicos estaban cubiertas con gruesos edredones de plumas. Ricky se lanzó al centro de uno de ellos y exclamó entusiasmado:

—¡Canastos! ¡Qué blandito es!

Y para dar muestras de su alegría, ofreció a su hermano una exhibición de zapatetas. Luego se reunió con Pete para contemplar por la ventana los picudos tejados de las casitas.

—Mira, hay una escalera de incendios —advirtió Ricky.

Los dos chicos salieron por la ventana para contemplar, desde la escalerilla metálica, los jardines del hotel. Unos minutos después

entraron y se asomaron por otra ventana que daba a la calle de la fachada. Luego deshicieron las maletas. No había pasado mucho rato cuando llamaron a su puerta. Era el señor Hollister, que preguntó:

—¿Estáis listos, hijos?

—Sí, papá.

La familia empezó a bajar las escaleras, pero Ricky y Holly quedaron rezagados. Se miraron el uno al otro, imaginando una diablura. ¿No sería mejor deslizarse por el pasamanos?

Ricky y Holly se sentaron a horcajadas en la pulida madera. ¡Siiiss! Los dos traviesos hermanos empezaron a descender, pensando en saltar a los escalones antes de llegar a la bola metálica del primer rellano. Así pudieron hacerlo. Pero el segundo pasamanos era más largo que el primero. Holly empezó asustarse de la velocidad que llevaba. A toda prisa apartó la pierna que pendía por la parte exterior de la escalera, queriendo saltar a los peldaños, pero… ¡Pataplof! Holly cayó sobre los peldaños… ¡Bom, bom, bom, bom! La pequeña rodó y rodó hasta el pie de las escaleras.

—¡Dios mío! ¿Qué ha pasado? —preguntó la señora Hollister, volviéndose, sobresaltada.

Holly se levantó del suelo a toda prisa y se arregló el vestido, mientras se oía un crujido en la parte baja de los pantalones de Ricky, el cual acababa de detenerse y saltaba al suelo.

—¡Niños! —reprendió la madre—. Ésta no es vuestra casa. Sois huéspedes aquí. A ver si sabéis comportaros.

Ricky y Holly prometieron no volver a bajar por el pasamanos de la escalera. Cuando llegaron al acogedor vestíbulo vieron a su padre hablando con el señor Mueller.

—¿Y dice usted que conoce al señor Fritz?

—Sí. Es amigo mío —repuso el propietario del hotel—, pero hoy no está en casa. Volverá el viernes, es decir, pasado mañana.

—Tenemos que verle para algo muy importante —dijo Pete.

—Podréis encontrarle fácilmente. Tiene la tienda muy cerca de aquí —contestó el señor Mueller, que en seguida pidió excusas para ir a hablar con otro cliente.

Cuando estuvieron en la calle, Pete comentó con su padre:

—Esto parece la cubierta de un barco naufragado.

El padre soltó una risita, asintiendo. Pudieron ver que todos los que pasaban iban con un bastoncito, que les ayudaba a subir las cuestas.

Habían bajado la calle por una de las aceras y empezaban a subirla por la otra, cuando el señor Hollister decidió que también ellos necesitaban llevar bastones. De modo que entraron en una tiendecita donde cada uno eligió su bastón.

Mientras el padre pagaba el importe de lo que habían comprado, Pete se dio cuenta de que Sue estaba mirando con envidia una pelotita de color rojo, con varias flores pintadas encima. Deseando complacer a su hermanita, el chico pagó el valor de la pelota y se la dio a Sue.

—¡Gracias, Pete! —sonrió la chiquitina, haciendo girar entre sus manos gordezuelas la pelota, para admirar sus lindos colores.

El resto de la tarde, los Hollister estuvieron visitando tiendas y los niños compraron recuerdos para tío Russ, tía Marge, sus primos y todos sus amigos de Shoreham. Al fin, cargados de paquetes, regresaron hacia el hotel.

—Cenaremos en cuanto lleguemos —decidió el padre.

—Y después, a dormir —añadió la madre—. Habéis tenido un día muy fatigoso. Mañana podréis explorar la población.

Después de tomar una cena deliciosa en el comedor del hotel, los Hollister se metieron en la cama, arropándose con los confortables edredones. Apenas había apoyado Pete la cabeza en la almohada, cuando quedó dormido. Muy temprano le despertó un extraño ruido.

¡Ta, ra, ri, ta, ra, ri! En el silencio de la mañana resonaba una trompeta. No tardó en oírse redoble de tambores. Pete miró su reloj de pulsera.

—Son las seis de la mañana y está tocando una orquesta. ¡Ricky, despierta! ¡Algo ocurre!

UN GATO SORPRENDENTE



Los dos chicos corrieron a mirar por la ventana. Abajo se veía un grupo de gente joven, llevando cestas llenas de pétalos de flores. La orquesta no se veía por ninguna parte, pero la música resonaba enormemente en el silencio de la mañana.

Al poco se abrió la puerta del dormitorio de los chicos y en el umbral aparecieron las caritas curiosas de las tres niñas.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó Pam.

—Entrad y veréis —repuso Pete—. ¿Qué creéis vosotras que están haciendo?

Las niñas miraron abajo, desde la alta ventana. Viendo lo que ocurría en la calle, Sue palmoteo alegremente.

—¡Oh! Casi no puedo creerlo. Están haciendo una alfombra de flores en la calle, Pete.

—Yo quiero bajar a verlo —declaró Holly.

Las niñas volvieron a toda prisa a su habitación para vestirse. Unos minutos después se reunían en el vestíbulo con sus hermanos y todos bajaron las escaleras.

Frente al hotel había grupos de jóvenes con cestas de flores. También había niños arrodillados, formando dibujos con capullos

de flores rojas, blancas, purpúreas y azules, sobre un fondo de alta y verde hierba.

Una muchachita de unos dieciséis años miró a los Hollister, sonriendo, y les preguntó, en inglés:

—¿No habéis visto nunca «Fronleichman»?

—No. ¿Qué es?

La niña se puso en pie, apartó un mechón de cabello negro que le caía sobre los ojos, y explicó que «Fronleichman» era Corpus Christi, una de las más grandes fiestas religiosas de la Selva Negra.

—Estamos haciendo una alfombra de flores que llega hasta la iglesia, y sobre esta alfombra pasará una procesión.

—¡Veréis cuando se lo diga a papá y mamá! —exclamó el pecoso.

Entró en el hotel corriendo tan aturdido que estuvo a punto de tener un encontronazo con dos mozos que estaban colocando la estatua de un santo en el vestíbulo. Una de las camareras colocó a los pies de la imagen una guirnalda de flores.

—¡Cuando bajes, trae la cámara fotográfica! —dijo Pete a gritos para que su hermana pudiera oírle.

Cuando el señor y la señora Hollister bajaron, ya se había reunido mucha más gente en la calle. La alfombra de flores se fue alargando más y más, y los niños y jóvenes que la hacían hablaban a media voz, mientras sus manos colocaban hábilmente las flores.

Mientras todos los demás miembros de la familia contemplaban con admiración la escena, Pete no cesaba de tomar fotografías.

El señor Mueller salió entonces y, con una amplia sonrisa, dijo:

—Ha sido toda una sorpresa, ¿verdad?

Explicó que los jóvenes de la población habían estado recogiendo todas aquellas flores el día anterior.

—Sé que les gustará a ustedes nuestra ceremonia —añadió—. Empezará pronto.

Los Hollister entraron precipitadamente en el hotel para tomar el desayuno. Apenas habían terminado cuando volvieron a oír las notas de la orquesta.

La familia salió a la calle y pudo ver a los músicos, con uniformes azules, avanzando a paso marcial sobre la calle alfombrada de flores. Delante iban varios clérigos y detrás muchos

niños vestidos con lo que la abuelita de los Hollister habría llamado «el mejor vestido de los domingos». Las caritas de los pequeños eran risueñas y rosadas, pero todos avanzaban seriecitos y silenciosos por aquella calle desigual y empinada. Detrás, iba un grupo de militares. Y por último, muchos hombres vestidos con trajes típicos alemanes, compuestos de calzones, chaquetas verdes y sombreros de ala ancha.

—¡Qué desfile tan larguísimo! —dijo admirativa, Holly.

—Parece como si toda la población fuese en él.

Apareció otra banda de música, interpretando un himno solemne. Tras ellos iban monjas y mujeres con blancos vestidos bordados.



Mientras la procesión iba pasando, los pétalos y capullos se iban esparciendo por la calzada y las aceras. Cuando pasaron los últimos componentes de la procesión, los Hollister se unieron a ella. Caminaron calle abajo, dieron la vuelta a una esquina, luego a otra y finalmente ascendieron por una colina hacia la iglesia. Los bonitos contornos de la capilla resaltaban a la resplandeciente luz del sol.

Los Hollister entraron en la iglesia con otros turistas. Cuando terminó la ceremonia la familia regresó al hotel.

—¿Qué haremos hasta que vuelva el señor Fritz? —preguntó

Ricky, que empezaba a impacientarse.

—Visitaremos las cosas más importantes de la población —repuso el padre—. Hay unas cataratas que son las mayores de Alemania.

—¿Cómo la Cataratas del Niágara, papá? —preguntó Holly, mientras hundía la cucharilla en una gran bola de helado de fresa, adornado con nata.

—No lo sé. Ya veremos. Llevad los bastones, porque he oído decir que hay que subir por un camino muy empinado para llegar a las cataratas.

Sue se escabulló a la calle y estaba jugando alegremente con su pelota nueva cuando los demás se unieron a ella. Todos echaron a andar, haciendo mucho ruido con sus útiles bastones. Habían pasado ya ante el ayuntamiento de la población, con su alta torre donde había un reloj, y empezaban a subir por la enorme cuesta de la colina, cuando Pete recordó que se había dejado la cartera en la cómoda de su habitación.

—No te preocupes —le tranquilizó Ricky—. Hemos cerrado la puerta con llave.

Pronto pudieron ver un letrero donde decía: «Triberg Wasser fall». Avanzaron por un puente de madera, junto a un rocoso barranco. Corría un arroyuelo entre las abruptas paredes del barranco.

—¡Ya oigo las cataratas! —anunció Ricky.

De pronto la catarata apareció ante los ojos de los Hollister. El agua parecía una gran cinta de plata, cayendo a toda velocidad por la ladera de la montaña. Al pie de cada chorro de agua había una laguna pequeña, que, con las demás, desembocaba en una más grande, abajo.

—¡Subamos a lo alto! —propuso Ricky, empezando abrir la marcha.

Otros turistas sonrieron afablemente a los niños que trepaban lentamente a la cúspide.

Aunque Sue se valía del bastoncito para ir subiendo, sus piernecitas rechonchas y cortas no le permitían avanzar tan de prisa como los otros y Pam tuvo que darle la mano. Mientras la chiquitina trepaba con mil dificultades, la pelota de goma empezó a

moverse y a asomar por su bolsillo. Hasta que, al fin, cayó al suelo y rodó al barranco. Veloz como una ratita, la pequeña se soltó de la mano de su hermana y fue tras la pelota.

—¡Vuelve aquí, Sue! —gritó Pam e intentó alcanzarla.

Medio sentada, Sue se deslizó por la ladera hasta el borde del agua, donde la pelota había quedado aprisionada en una piedra. Los demás observaron, aterrados, como la pequeña se inclinaba con toda precaución sobre el agua y recobraba su juguete. Después de guardárselo en el bolsillo, empezó a subir por la ladera. Pero cada paso que daba sufría un resbalón y volvía a quedar en el sitio de antes.

—¡Estate quieta! Yo iré a buscarte —le gritó Pete.

Utilizando su bastón como freno, el muchacho fue descendiendo con cuidado hacia su hermanita. Pero la tierra se desmoronaba bajo sus pies.

«¡Zambomba!», pensó Pete, preocupado. «Si bajo más, no voy a poder subir».

Entonces extendió hacia la pequeña el mango de su bastón, pero los cortos bracitos de Sue no llegaban a alcanzarlo.

—Extiende tu bastón y engancha el mango en el mango del mío —indicó Pete.

La pequeñita siguió las instrucciones de su hermano y, tirando suavemente, Pete logró subirla a su lado. Entonces, miró Pete hacia arriba y vio que Pam extendía el mango del bastón hacia él. Gracias a esto y con la ayuda de Holly y Ricky, Pete y Sue pudieron volver arriba.

—¡Vaya!… —murmuró Pete, fatigado, cuando todos se encontraron de nuevo en el camino—. Muchas gracias.

Los padres, que no se habían dado cuenta de lo ocurrido porque iban delante, volvían a toda prisa. El señor Hollister subió a Sue sobre sus hombros y todos siguieron ascendiendo hacia lo alto de las cataratas, donde un puente de madera cruzaba sobre las aguas espumosas.

—¡Qué bonita vista! —exclamó Pam, viendo caer los chorros de agua plateada de roca en roca.

Después que Pete hubo hecho fotografías y todos se tomaron un pequeño descanso, se inició el descenso. Al llegar al pie de las

cataratas, el señor Hollister dejó a Sue en el suelo. Repiqueteando alegremente con los bastones en el suelo, la familia regresó al hotel.

Cerca de la entrada, Holly se detuvo al oír un maullido. Mirando a su alrededor descubrió un gatito muy lindo, que caminaba tranquilamente por la acera. Holly lo tomó en brazos y entró con él en el hotel.

—Mira lo que he encontrado, mamita —dijo, poniendo el gato sobre la alfombra del vestíbulo.

Inmediatamente el animalito se levantó sobre sus patas traseras y manoteó en el aire. La señora Hollister dijo, admirada:

—¡Si parece un gatito amaestrado!

—¿Cómo le llamaremos? —preguntó Ricky.

Y Pam contestó:

—«Katze», naturalmente.

—Pero no es nuestro. Hay que devolverlo a su propietario.

En aquel momento llegó el señor Mueller y, mirando al gatito, comentó:

—Estás buscando a tu amo, ¿eh? —Y volviéndose a los Hollister, les explicó—: Este animal es del señor Fritz. Es una gata y la tiene amaestrada ¿Tenéis una pelota, niños?

Sue sacó la suya del bolsillo.

—Tírala —dijo el señor Mueller.

Y cuando la pequeña lo hizo, «Katze» se levantó sobre dos patitas y con las delanteras cogió la pelota.

—¡Canastos! ¡Si es un jugador de béisbol! ¿Sabe utilizar también el bastón? —preguntó Ricky.

—Me temo que no. No es más que portero —rió el señor Mueller.

Luego explicó que el gatito salía a veces por el callejón, utilizando la puerta roja. Esto despertó la curiosidad de los niños.

—¿Qué puerta roja? —preguntó Pete.

—La veréis mañana, cuando visitéis al señor Fritz —contestó el señor Mueller, haciendo un guiño.

—¿Podemos quedarnos con «Katze» por esta noche? —pidió Holly.

El propietario del hotel les dio permiso para quedarse con el gato como su invitado.

—La camarera llevará una cesta a vuestra habitación para que el animal pueda dormir allí, si queréis.

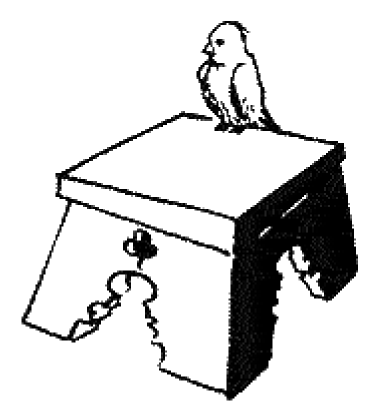
Después de prometer que también haría llevar un tazón de leche para «Katze», el señor Mueller se retiró y los Hollister subieron a sus habitaciones. Holly llevaba sobre su hombro izquierdo al gatito. Ricky entró en el cuarto de sus hermanas para poder jugar con el animal.

Al meterse en su habitación, Pete quedó atónito viendo que por el repecho de la ventana desaparecía la cabeza de un hombre. Al principio el chico quedó demasiado asombrado para poder moverse. Luego corrió a mirar en la cómoda, donde había dejado su cartera. Pero la cartera… ¡había desaparecido!

El chico corrió a la ventana y vio que un hombre escapaba por la escalera de incendios. Todo lo que pudo distinguir fue que el hombre era alto, con hombros estrechos y calvo.

«Le alcanzaré», se dijo Pete, mientras cruzaba la puerta y bajaba a toda velocidad las escaleras. Siempre a la carrera atravesó el vacío vestíbulo y fue hasta la puerta que daba al jardín, situado bajo su ventana. No pudo ver a nadie. ¡El desconocido había desaparecido!

EL «SCHNITZELMEISTER»



Pete buscó desesperado por el jardín, pero no descubrió la menor huella del intruso. Al volver a entrar en el hotel encontró al señor Mueller tras el mostrador de recepción.

El propietario le llamó para decirle:

—Apuesto algo a que estás buscando esto. —Y tendiéndole la desaparecida cartera, añadió—: La acabo de encontrar en el vestíbulo, al entrar.

Muy extrañado, el muchachito tomó la cartera y explicó lo ocurrido.

—Ya sé lo que habrá hecho el ladrón —dijo el señor Mueller—. Habrá vuelto a entrar en el edificio por una ventana del primer piso y habrá, bajado a la calle por las escaleras, después de esperar a que tú pasases. Supongo que se habrá llevado el dinero.

Rápidamente, Pete inspeccionó su cartera. Su carnet de identidad, las fotografías de su familia y las monedas alemanas seguían allí… ¡Pero la nota del reloj de cuco había desaparecido!

—¡Oh! —exclamó con desespero el chico—. ¡Ya lo han conseguido!

La alegre cara de Pete quedó entristecida y desanimada. El señor

Wetter y su compinche tenían ahora el extraño mensaje y así se encontraban en igualdad de condiciones a los Hollister.

«Si hay un tesoro, podrán encontrarlo antes que nosotros», pensó Pete, desconsolado.

En seguida subió a las habitaciones para contar a su familia lo ocurrido.

—Debemos informar con toda rapidez a la policía —dijo la señora Hollister. Y su marido se mostró de acuerdo con ella.

Pete y su padre se encaminaron al cuartelillo de policía donde hablaron del problema con un joven teniente.

—Lamento mucho que unos visitantes hayan sido tratados de este modo —dijo el policía—. ¿Saben ustedes lo que decía la nota?

Cuando Pete repitió el extraño mensaje que el señor Elser les había traducido, el teniente sacudió la cabeza, diciendo:

—Realmente son pistas, pero ¿por dónde empezar?

—Puede que los ladrones lo sepan y nos tomen la delantera —dijo Pete, mohíno.

—Pueden ustedes acudir a mí en cualquier momento que necesiten ayuda —se ofreció el teniente—. Pero, por ahora, me temo que no voy a poder hacer nada en su favor.

Mientras volvía al hotel con su padre, Pete se sentía preocupado.

—Dios quiera que mañana el señor Fritz pueda ayudarnos a resolver este lío —murmuró.

La familia entera se levantó al amanecer y todos estaban esperando a la puerta del comedor antes de que se hubiera abierto para servir los desayunos. Al ver a los niños, el señor Mueller les saludó con una inclinación y dijo, acompañándoles a una de las mesas:

—Sois pájaros madrugadores.

En cuanto el desayuno estuvo servido, los niños lo atacaron a toda velocidad.

—Por favor, Ricky, no comas tan de prisa —pidió la señora Hollister—. No nos persigue nadie.

—Es que tenemos que ver en seguida al señor tallista, mamá —contestó el pelirrojo, en son de protesta.

Todos sus hermanos le dieron la razón y Pete añadió:

—Un solo minuto puede tener mucha importancia, mamá.

—Pero puede que «Herr» Fritz no se levante tan temprano.

Los niños bajaron la cabeza, tristones y sin saber qué decir, y entonces oyeron a su espalda la voz del hotelero.

—Perdóneme, «Frau» Hollister, pero no he podido evitar oírla. «Der Alte» Fritz es muy madrugador.

—Entonces, ¿podemos ir en seguida, mamá? —pidió Pam.

La señora Hollister quedó indecisa.

—Papá y yo habíamos pensado escribir unas cartas antes que nada, hijos.



—Podemos ir nosotros solos —propuso Pete.

—Estoy seguro de que se entenderán muy bien —dijo el señor Mueller—. A mi amigo le gustan los niños.

—Podéis ir —accedió la señora Hollister—. Pero debéis estar de regreso dentro de una hora.

Los niños concluyeron el desayuno a toda prisa y Pam limpió el bigotito de leche que lucía Sue, mientras Holly pidió permiso para levantarse e ir a buscar a «Katze».

Cuando volvió Holly, sacudiendo alegremente sus trencitas y con el gato en sus brazos, el señor Mueller acompañó a los cinco hermanos a la puerta y desde allí les mostró un punto del final de la calle, en la acera de en frente.

—La puerta roja está en el centro de la manzana. No tenéis más que empujar y entrar.

Las tiendecitas que había a lo largo de aquella calle tenían

puertas de distintos colores. Los Hollister cruzaron a la acera de enfrente y pasaron ante varias puertas, una de ellas de color azul. La siguiente era marrón.

—Ésta es la puerta —dijo Ricky.

—Si no es roja —protestó Pam.

—Es marrón… Lo mismo da. Estoy seguro de que es ésa la que ha dicho el señor Mueller.

Antes de que sus hermanos tuvieran tiempo de impedírselo, el pequeño hizo girar el picaporte, abrió la puerta y se coló en el interior. Con gran sorpresa se encontró en una salita de estar. En una de las paredes había una chimenea, una mesa en el centro y en la ventana del fondo una mecedora en la que se sentaba una anciana, envuelta en un grueso chal con flecos. La señora, que se balanceaba acompasadamente en su mecedora, al ver a Ricky sonrió muy contenta, dijo algo en alemán y llamó al niño por señas.

—¡Oh, perdone, perdone! Yo… yo no soy quien usted se cree —tartamudeó el pecoso—. Soy Ricky… Perdón. Adiós.

Salió de la casa a toda prisa y con el rostro tan encarnado que hizo reír a todos.

—¿Qué has visto? —preguntó Pam.

—Una viejecita en su mecedora. Quería hablar conmigo, pero como yo no sé alemán…

—A lo mejor quería pedirte algo. ¿No crees que debes averiguar si necesita ayuda? —preguntó Pam, siempre deseosa de ayudar a los demás.

—Yo no iré. Ve tú, si quieres —contestó el travieso pecoso, todavía algo avergonzado.

La bondadosa Pam se acercó a la puertecita marrón y la abrió. La señora seguía en la mecedora. Al ver a Pam le hizo señas para que se acercase y Pam la obedeció. La viejecita estaba muy arrugada, pero sus ojos eran muy dulces y su sonrisa muy bondadosa.

—No tengas miedo —dijo a Pam, hablando muy lentamente en inglés—. Todos los días abren mi puerta, por lo menos una vez, confundiéndola con la de Karl Fritz.

Pam se echó a reír y contestó:

—También nosotros buscamos a ese señor. Siento mucho que mi

hermano se haya equivocado.

—Sois americanos, ¿verdad? —preguntó, sonriendo, la anciana —. Yo estuve una vez en los Estados Unidos y me encanta ver niños de allí. —Sus ojos brillaron alegremente—. Cuando un niño o una niña abre mi puerta por equivocación, me da una agradable sorpresa.

La ancianita levantó la tapa de un costurero de mimbre que tenía junto a la mecedora, sacó de allí una bolsa y echó unas bolitas de goma en la mano de Pam.

—Muchas gracias —dijo la niña.

—Vuelve a visitarme otra vez —pidió la anciana, mientras Pam cruzaba la puerta marrón.

—¿Ves, Ricky? No has esperado la sorpresa —dijo Pam mostrando las bolitas de dulce que repartió con los demás.

Mascando golosamente las dulces bolitas, los niños continuaron la búsqueda. A los pocos minutos llegaban ante una puerta pintada de un brillante color rojo y con el pomo de latón. Pete lo hizo girar y entró en un largo pasillo. Al fondo se veía una estrecha casita de dos plantas, con tejado puntiagudo. Caminando por aquel pasillo llegaron los Hollister a un patio donde seis gatitos dormitaban al sol. «Katze» maulló y, soltándose de los brazos de Holly, se acercó, runruneando, al gato más grande de los seis.

—Seguramente es su mamá —reflexionó Holly, mientras todos seguían avanzando.

Al llegar a la casa vieron una puertecita a la izquierda. Sobre la puerta un cartel anunciaba: «Karl Fritz, Schnitzelmeister».

Pam llamó suavemente a la puerta. Un joven, con arremangada camisa de verano y un largo delantal, salió a abrirles.

—¿Está el señor Fritz? —preguntó Pam.

—Entrad, por favor —contestó el joven.

En cuanto entraron, el sonoro tic-tac de hileras de relojes de cuco, colocados en la pared, pareció saludar a los niños. El joven señaló al fondo de la estancia, a un banco de carpintero ante el que se encontraba un hombre bajito, de cara redonda, que tallaba un tarugo de madera. El hombre levantó la vista y, al ver a los niños, una sonrisa de alegría hizo plegarse su rostro en mil arruguillas. Pete se presentó y presentó a sus hermanos al tallista en madera.

—¿Así que venís de América? —preguntó, hablando un inglés poco perfecto—. Me hacéis un honor con vuestra visita.

El hombre les presentó a su ayudante, Hans, quien dijo que mucha gente acudía desde lugares lejanos para visitar a «Der Alte» Fritz. Y luego les explicó que aquella palabra quería decir «Viejo señor Fritz».

—Pero, vosotros, ¿por qué deseáis verme? —preguntó, intrigado, el anciano tallista.

—Tenemos un misterio —explicó Pete.

Mientras el «Schnitzelmeister» y su aprendiz escuchaban con interés, los Hollister se turnaron para explicar lo que les había ocurrido con el reloj de cuco. Procuraron hablar lentamente para que los alemanes pudiesen comprenderles.



—¿Sabe usted quién puso aquel mensaje en el reloj, señor Fritz? —preguntó Pete.

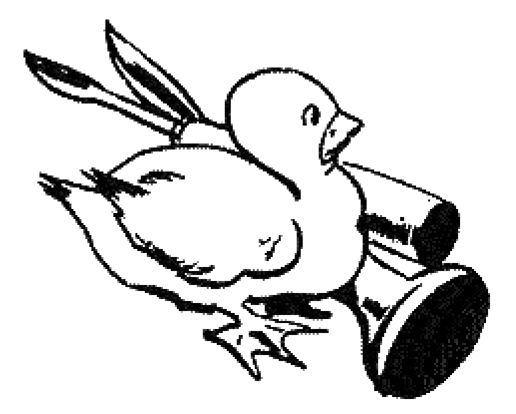
El tallista estaba asombradísimo y dijo que no lo sabía.

Mientras el anciano hablaba, Pete notó que Hans retrocedía lentamente hacia la puerta trasera. De pronto, todos los relojes a una parecieron cobrar vida, mientras los lindos pajaritos asomaban la cabeza y empezaban a cantar las horas. Sue se tapó los oídos con las dos manitas, mientras Holly empezaba a palmotear y reír.

Después de cantar ocho veces «cucú», los pajaritos desaparecieron, como si les hubiera vuelto a encerrar en su casita una mano invisible.

Pete volvió a interesarse por Hans. La puerta había quedado abierta y… ¡el ayudante había desaparecido!

UN LEÓN DE MADERA



Al notar que Hans, el aprendiz, había desaparecido repentinamente, Pete y Pam cambiaron unas miradas de comprensión. Y, mientras los más pequeños hablaban con el viejecito, Pete se acercó con su hermana a la ventana del fondo del taller, desde donde se veía un arroyuelo de aguas espumosas. En un susurro, Pete dijo a Pam:

—Ese Hans me resulta sospechoso.

—A mí también —repuso Pam—. Puede que fuese él quien puso la nota en el reloj de cuco.

—Seguramente quiere huir —opinó Pete, tristón.

Pero, cuando volvieron a reunirse con sus hermanos, quedaron con la boca abierta por la sorpresa. Por la puerta volvió a aparecer el aprendiz, cargado con un pilón de cartas.

—Perdonad que me haya ido tan repentinamente —dijo a los Hollister—, pero la conversación era tan interesante que no he querido interrumpir.

Hans explicó que el correo llegaba al pueblo a las ocho y había ido a buscarlo.

—Tenemos muchas cartas de América —añadió, mostrando los

sellos de Estados Unidos—. Luego tendré que ir a facturar algunos relojes.

Tanto Pam como Pete quedaron avergonzadísimos. No había motivo alguno para sospechar de Hans. El aprendiz fue al banco de carpintero para embalar un reloj de cuco. Mientras el chico trabajaba, todos hablaron sobre el misterio del reloj de cuco. Sí, el señor Hollister había hecho un pedido de relojes y había recibido tres. Pero ¿por qué se había metido un mensaje en la puerta y quién lo había hecho? Esto resultaba muy intrigante, tanto para el «Schnitzelmeister», como para su aprendiz.

—Si en Triberg existe algún cuco de oro yo no estoy enterado —dijo «Der Alte» Fritz.

Y explicó a los niños que, antes de la guerra, se habían hecho varios hermosos relojes de cuco, en oro. Pero eso ya no se hacía actualmente, al menos eso creía el señor Fritz.

—A lo mejor la nota se refiere a uno de esos relojes de antes de la guerra —dijo Pete.

—Puede ser —admitió el tallista.

—¿Por qué lo tendrán escondido, si es así?

Nadie pudo dar respuesta a esta pregunta del aprendiz.

—Pero ¿dónde está el reloj que os quitaron en el aeropuerto? —preguntó el viejecito.

—¡Canastos! Me he olvidado de traerlo —exclamó Ricky.

Añadió que estaba en su maleta y salió corriendo del taller, para ir a buscarlo.

—Os lo arreglaré —dijo el señor Fritz, con una sonrisa—. Y tengo otra sorpresa.

—¿Qué es, señor «Schnitzel»? —preguntó Sue con su vocecita cantarina.

—Esperad y lo veréis —contestó «Der Alte», con una risilla.

—Hablando de «Schnitzel» —recordó Pete—, tenemos otra cosa que resolver en Alemania.

Y Pete habló del león tallado en madera, que se le había quemado al señor Spencer en Crestwood.

—Y veníamos a que usted nos proporcionase uno porque nos han dicho que usted es el mejor tallista de Alemania.

El señor Fritz sonrió y, tomando una gubia y un pedazo de

madera hizo, en un momento, un gracioso patito.

—Cuando llevéis tallando madera tanto tiempo como yo, también sabréis hacer magníficos pájaros, peces y leones —dijo el viejecito, regalando el pato a Sue.

Luego dejó la herramienta y se encaminó al extremo del banco donde había algo abultado, cubierto por una lona. Con un rápido movimiento de su mano el señor Fritz separó la lona. Y bajo ella apareció un hermoso león, agazapado.

—¡Oh! Es precisamente el que necesitábamos —exclamó Pam.

—Tiene la medida justa —añadió Holly.

—¿Os gusta, «ja»? —preguntó el tallista, que añadió con una triste expresión—: Pero lamento deciros que no está en venta.



—¿Es para otra persona? —quiso saber Holly.

El señor Fritz apretó los labios y movió la cabeza pensativamente.

—Es para mí. Toda mi vida la he pasado tallando objetos para otras personas, pero este león lo quiero para mí.

—¿Puede usted hacernos otro igual? —preguntó Pete.

El señor Fritz explicó que hacerlo llevaba mucho tiempo.

—Soy ya muy viejo. Tal vez no pudiera acabarlo.

Los niños miraron apesadumbrados al «Schnitzelmeister» y Pam se apresuró a decir:

—Ya verá usted cómo va a vivir mucho tiempo para hacer muchos leones más, muy bonitos, señor Fritz.

Hans intervino para decir que él creía lo mismo que Pam.

—Tengo que ir a correos a llevar este paquete. Espero veros aquí cuando regrese.

Después que el aprendiz se hubo marchado, el viejecito dijo a los Hollister:

—Mi sala de exposición está arriba. Vayamos a verla. Hay muchos relojes de cuco y otras cosas. ¡Vamos!

Abrió la puerta del taller y todos salieron a una escalerita cuando, por el pasillo, apareció un hombre alto. Era casi calvo y tan delgado que sus mejillas estaban muy hundidas. Dos arrugas profundas surcaban su frente. Los Hollister pudieron darse cuenta, por su modo de vestir, de que no era americano; además, el tallista le habló en alemán.

El hombre movió la cabeza indicando que no y entró en el taller del señor Fritz, mientras el viejecito y sus visitantes subían al piso alto. Allí había una estancia tan grande como el taller de abajo, que estaba llena de relojes de cuco y figuras talladas en madera.

—Muchos de estos relojes serán enviados a América.

Había varios graciosos duendecillos, una familia ataviada con trajes típicos y un herrero en su taller.

Estaba el señor Fritz enseñando todo aquello a los niños, cuando se paró en seco y abrió enormemente los ojos.

—«Ja». Ahora recuerdo.

—¿Qué recuerda? —preguntó Holly.

El tallista se mostró muy nervioso y sus manos se movieron rápidamente, mientras decía:

—Schmidt… «Herr» Schmidt trabajó en mi taller hace dos meses. Tal vez él sepa algo sobre el misterio.

El tallista contó a los niños que había estado varias semanas enfermo y, en ese tiempo, un tal señor Schmidt, de Harnberg, había

ayudado a Hans a hacer los envíos a América.

—Qué pista tan importante —dijo Pam, con los ojos chispeantes de alegría.

—Nosotros sabemos dónde está Hornberg —dijo Pete.

—Entonces, tal vez podréis encontrar a Schmidt y preguntarle qué sabe sobre ese misterio. Lamento que os hayáis tomado tanta molestia por mi reloj de cuco.

Bajaron de nuevo al taller. Pero, cuando entraron, el hombre alto no estaba allí. El señor Fritz se encogió de hombros, y dijo:

—Puede que se haya cansado de esperar. Pero si quiere comprar, volverá.



Entonces llegó Ricky con el reloj roto bajo el brazo y el pajarito en el bolsillo. En seguida entregó ambas cosas al «Schnitzelmeister».

—Por favor, señor Fritz —rogó Sue, con voz melosa—, vuelva a meter al pájaro en su casita.

—«Ja». Yo os lo arreglaré. Y no olvidaré la sorpresa prometida.

—Si cambia de idea, a nosotros nos gustaría comprarle su león de madera —añadió Pete.

Todos miraron al banco de carpintero, hacia el trecho en que estaba el león… ¡Pero el león había desaparecido!

—¡Mi león! ¿Dónde está mi león? —exclamó el viejecito, mirando nerviosamente a todas partes.

—Ya sé lo que ha pasado —dijo Pete—. El hombre alto que ha entrado antes, se ha llevado su león, señor Fritz.

—He visto a un hombre alto en el pasillo —dijo Ricky—, pero no llevaba ningún león.

Mientras todos buscaban por el taller llegó Hans. Tampoco él se había llevado el león.

Pam dijo que quienquiera que lo hubiera robado no se pasearía por las calles de Triberg con un enorme león de madera bajo el brazo.

—Lo llevará envuelto —añadió Pete.

Pero Hans fue a mirar el rollo de papel y anunció:

—Éste no lo ha usado nadie. Falta el mismo extremo que yo corté.

—¿Y la cuerda? —preguntó Pete—. ¿La han tocado después que usted la usó?

—«Ja» —repuso el aprendiz, después de examinar el ovillo de cuerda—. Alguien la ha utilizado.

—Puede que el ladrón trajese papel o tela para envolver el león y de aquí sólo tuvo que coger la cuerda —opinó Pam.

—Pero el hombre alto no llevaba nada en las manos —insistió Ricky.

Los niños se miraron unos a otros, con incredulidad. ¿A dónde habría ido a parar el león?

UN CIERVO CARIÑOSO



Mientras los niños y Hans hablaban sobre el león desaparecido, el anciano tallista no había dicho una palabra. Pam le miró y se dio cuenta de que el «Schnitzelmeister» estaba entristecido y había dejado caer la cabeza sobre el pecho.

—No se preocupe, señor Fritz —dijo Pam, amablemente—. Nosotros le ayudaremos a que encuentre usted su león.

—Voy a informar del robo a la policía —decidió Pete.

—Yo te acompaño —dijo Hans, y los dos salieron del taller.

—Lo que ha pasado es incomprensible —murmuró el viejecito, con tristeza—. Hace poco estaban aquí el león y el desconocido, ahora los dos han desaparecido, pero el hombre no iba cargado con el león. ¿Cómo ha salido de aquí mi león? Es de madera… No anda…

Viéndole mover la cabeza con desespero, Holly intentó alegrarle y dijo:

—Nosotros sabemos tallar figuras en jabón.

—¿No podría usted enseñarnos a hacer animalitos como perros o gatos y cachorros de león en madera? —añadió Ricky.

Al oír aquello «Herr» Fritz se mostró algo más contento.

—«Ach, ja!» —exclamó con los ojos brillantes—. He enseñado a muchos niños a tallar madera. Mañana os daré una lección.

—Vendremos, si nos queda tiempo —contestó Pam—. Tenemos que hacer averiguaciones sobre el misterio del reloj de cuco.

—Y encontrar el león de usted —añadió Holly.

—Nosotros le ayudaremos —declaró Ricky, gravemente.

—Nos marcharemos ahora mismo para mirar por la calle. Puede que veamos a ese hombre —decidió Pam—. Y aunque él no se haya llevado el león, a lo mejor puede darnos una pista de alguna persona.

—En cuanto averigüemos algo, vendremos a decírselo —prometió Holly.

Sue le dio las gracias por el lindo patito y todos salieron rápidamente al pasadizo. Estuvieron mirando en todas las tiendas de ambos lados del pasillo, pero no vieron la menor huella del hombre alto.

—Hace casi una hora que salimos del hotel —recordó Pam a sus hermanos—. Papá y mamá nos estarán esperando.

Por el camino se Encontraron con Pete. Unos minutos más tarde los niños se reunían con sus padres en el vestíbulo del hotel y contaron su aventura de aquella mañana.

—De modo que en lugar de encontrar un león para Russ, lo que ha ocurrido es que se ha perdido una de esas hermosas tallas —comentó el señor Hollister.

—A lo mejor podemos encontrarlo otra vez, papá —dijo Holly, esperanzada.

—Lo mejor sería que hoy nos quedásemos aquí y buscásemos al hombre alto —opinó Pete.

Los padres estuvieron de acuerdo con él.

—Pero ¿no habíamos hablado de ir a buscar al señor Schmidt, de Hornberg? —preguntó Pam—. Es una pista para el reloj de cuco y no deberíamos perderla.

—¡Zambomba! ¿Cómo no he pensado en eso antes? Creo que haciendo lo que dice Pam trabajaríamos en los dos misterios a la vez. El hombre alto que quitó la nota de mi cartera era el mismo que vimos esta mañana en el taller del señor Fritz.

—A lo mejor fue al taller para hacer preguntas al señor Fritz

sobre el mensaje misterioso —añadió Pam.

Todos se mostraron emocionados con la idea de buscar al señor alto y Pete propuso dividir el mapa de la población en tres partes.

—Mamá, Sue y yo podríamos buscar por una de las secciones. Papá y Ricky por otra, y Pam y Holly por la tercera.

Todo el mundo estuvo de acuerdo y al poco los tres grupos se ponían en marcha, después de acordar reunirse en el hotel para la cena.

Poco después de las seis, Ricky y su padre llegaron al hotel y encontraron a los demás detectives ya sentados. Nadie había descubierto la menor pista del hombre alto.

—No hemos encontrado a ese hombre, pero yo traigo una cosa —anunció Ricky, sacando de su bolsillo un ratón mecánico que había visto en una tienda.

—Yo también he comprado algo —dijo Holly, mostrando una muñeca de trenzas doradas.

Después que toda la familia comió con buen apetito un sabroso asado con patatas y salsa, la señora Hollister metió a Sue en la cama. Ricky y Holly se quedaron en el hotel, entretenidos con sus nuevos juguetes, y Pete y Pam salieron a pasear hasta los bosques próximos a la catarata.

—¿Por qué habrán querido robar ese león de madera? —preguntó Pam.

—Porque vale mucho dinero. Puede que doscientos o trescientos dólares.

Los dos hermanos encontraron un árbol caído cerca del arroyo y se sentaron en él. Pete apoyó la barbilla en la mano y quedó pensando en lo que había sucedido aquella mañana en el taller del tallista. El hombre alto había quedado un rato solo con el león, y el león había desaparecido. ¡Pero el desconocido había salido de la tienda con las manos vacías!

Mientras contemplaba las aguas del arroyo, Pete tuvo una idea luminosa. Y poniéndose en pie, de un salto, exclamó:

—¡Ya lo tengo, Pam! ¿Te acuerdas de lo otro que faltaba en el taller, además del león?

—Un poco de cordel.

—¡Eso es! Y me parece que sé cómo se llevó el ladrón el león

que desapareció del taller. Ató la gruesa cuerda alrededor del león, abrió la ventana y lo bajó por ella.

—Pero el agua pasa rozando el muro de aquella casa —dijo Pam—. El león pudo haber caído al agua.

—Pero yo creo que el ladrón lo dejaría colgando sin llegar abajo —contestó el chico—. Luego cerraría la ventana, dejando la cuerda sujeta allí, pensando en dejar el león hasta la noche.

—De noche podía volver sin ser visto y recogerlo.

—Creo que sí, Pam.

Y Pete siguió diciendo que no era fácil que nadie hubiera visto el león colgando del muro de aquella casa vieja.

—Está oscureciendo, Pete. ¿Qué hacemos?

—Podemos ir a la parte trasera del taller, a ver.

—¿No sería mejor avisar primero a papá? —dijo la niña.

Pete echó una mirada a su reloj y repuso:

—Creo que no nos dará tiempo. Vámonos ya, que hay bastante distancia.

Por suerte, el camino era cuesta abajo. Los niños avanzaban, unos ratos caminando a paso largo y otras veces corriendo, a lo largo de la acera, hasta que llegaron ante la puerta roja.

A medida que se hacía de noche, el aire se iba enfriando y Pete y Pam, mientras subían el pasillo, empezaron a notar el agradable aroma de los pinos. Los gatos no estaban allí. Pete avanzó por la izquierda, cruzó el patio y descendió hacia la parte trasera del edificio junto al que corría el río.

Pete apenas se atrevía a asomar la cabeza por la esquina del edificio. Con mucha precaución asomó la nariz por el ángulo de piedra y miró el grisáceo paredón. El muchachito quedó sin aliento a causa de lo que estaba viendo. Allí, bamboleándose ligeramente, estaba el león de madera. Y debajo, con los brazos extendidos, intentando alcanzarlo, estaba el hombre alto. Pete retrocedió unos pasos y dijo a Pam:

—¡Está intentando apoderarse del león!

—¿Podremos detenerle? —preguntó Pam, nerviosísima.

—Si no vamos con mucho cuidado, podemos caer al agua, pero creo que debemos correr el riesgo. ¡Ven detrás de mí!

En el momento en que Pete apoyó los pies en el estrecho borde

de tierra, entre el edificio y el agua del arroyo, en la ventana de arriba brilló una luz. Pete levantó la cabeza. El anciano tallista debía acabar de llegar de la calle. Y entonces, tan sonoramente como pudo, el muchachito gritó:

—¡«Herr» Fritz, abra la ventana!

El hombre alto y flaco volvió la cabeza hacia un lado y vio a los niños. Con voz agria, dijo algo en alemán y luego, poniéndose de puntillas, intentó otra vez apoderarse del león. Lo rozó con los dedos y la figura osciló hacia un lado.

—«Herr» Fritz! ¿Me ha oído? —volvió a gritar Pete—. ¡Abra la ventana!

Algo rechinó arriba y el panel de la ventana empezó a abrirse. Al momento la cuerda quedó suelta y el león cayó, golpeando al hombre en la cabeza. El hombre se tambaleó, perdió el equilibrio y fue a parar al agua.

—¡Se ahogará! —exclamó Pam, viendo que el agua se llevaba al hombre corriente abajo.

Pero el frío contacto de las aguas sirvió para reanimar al hombre que, unas casas más abajo, pudo salir a la orilla y, mientras los Hollister dejaban escapar un grito de indignación, él desapareció entre las casas.



—«Was geht da?» —había estado diciendo «Herr» Fritz, al asomar la cabeza por la ventana. Y de pronto, reconociendo a Pete y a Pam, preguntó:

—¿Qué estáis haciendo ahí? Es peligroso.

—¡Hemos encontrado su león! —contestó Pete a gritos—. Espere un momento que se lo llevaremos.

A la escasísima claridad que llegaba desde la ventana, los niños pudieron ver al león de madera, a pocos centímetros del agua.

A pesar de ser dos, los niños tuvieron que hacer un gran esfuerzo para rescatar la talla y llevarla corriendo hasta la esquina de la casa y luego hasta el pasadizo. Allí les salió al encuentro «Herr» Fritz que les ayudó a llevar la bonita figura hasta el taller. La gruesa cuerda seguía atada al león.

Pete estaba tan nervioso que le era difícil hablar con lentitud para que el anciano pudiese comprender lo que había sucedido.

—¿Y fuiste tú quien imaginó cómo podía haber sucedido? —preguntó el hombre, admirado—. «Ach». Eres inteligente, a pesar de tus pocos años.

El tallista colocó el león sobre el banco de carpintero y quedó mirándolo amorosamente. Al cabo de un rato, dijo:

—El ladrón ha huido. Pero puede volver y haceros algún daño a vosotros…, e incluso llevarse de nuevo el león. De modo que prefiero vendérselo a ese amigo vuestro de América.

—¡Zambomba! ¡Eso es estupendo! —dijo Pete.

Y Pam dio al viejecito un cariñoso abrazo. «Herr» Fritz les prometió que a la mañana siguiente encargaría a Hans que embalase el león y lo enviase al señor Spencer de Crestwood.

Pete y Pam salieron a toda prisa del taller para dar a los demás la buena noticia.

—¿El hombre que se cayó al agua —preguntó Ricky— era el mismo que vimos en el taller esta mañana?

—Era bastante alto —contestó Pete que, sin embargo, hubo de admitir que estaba demasiado oscuro para que él pudiera asegurarlo.

—¿Querréis decirme ahora, jóvenes detectives, qué planes tenéis para mañana? —preguntó el señor Hollister.

Pete propuso ir a Hornberg para hacer averiguaciones sobre el señor Schmidt. Al parecer él era el único que podía saber algo sobre el misterio del reloj de cuco.

—Pero yo quiero ver al señor «Schnitzel»… Bueno, al señor Fritz

—protestó Ricky—. Necesito que me enseñe a ser un tallista.

También a Holly le ilusionaba recibir una lección del viejecito, de modo que se acordó que los dos pequeños se quedarían en Triberg con su padre, mientras que la señora Hollister iría en el coche con Pete, Pam y Sue al vecino pueblecito en donde estaba Cliff Jagger con sus abuelos.

—Estoy orgullosa de vosotros —dijo la señora Hollister a sus dos hijos mayores—. Una de las cosas que teníamos que hacer ha quedado resuelta, puesto que habéis conseguido el león.

—Y también resolveremos el otro misterio —aseguró Pete—. Muchas gracias por ayudarnos mañana, mamá.

Hornberg no estaba muy lejos de Triberg. A la mañana siguiente, la señora Hollister condujo el coche a las afueras de la población, en dirección norte. Llevaban un rato de camino, cuando Pete pidió a su madre que se detuviera a un lado de la carretera, mientras él hacía una fotografía de un inmenso valle que se extendía ante ellos.

Cuando salían del coche, Sue exclamó:

—¡Oooh! ¡Allí hay un ciervo «perciosísimo»!

En las lindes del bosque había un cervatillo tan bonito e inmóvil como una estatua.

—Puede que sea el ciervo del cuento —murmuró la pequeñita, ilusionada, y corrió hacia el animal, seguida de sus hermanos.

Sue se volvió y llamó a voces:

—Mira, mamita, ni siquiera se mueve. Ven, le podremos hacer una caricia.

Los Hollister se acercaron al gracioso animalito que dio media vuelta y se internó en el bosque.

—¡Yo «sabo» que es el ciervo mágico! —afirmó Sue—. Y nos va a llevar a donde está el príncipe.

El ciervo siguió avadando por un sendero hasta un claro del bosque. Allí la familia se detuvo con sorpresa. Sobre un montículo cubierto de césped había un pequeño castillo y desde la puerta un hombre hacía señas al ciervo para que se acercase.

—¿Veis? ¿Veis? —gritó Sue, con deleite—. ¡Ya os lo he «decido» yo!

—Esto es igual que un sueño —comentó Pam, viendo cómo el cervatillo se aproximaba al hombre. Éste vestía calzones hasta la

rodilla y chaquetilla corta. Cuando el animal llegó a su lado él se inclinó para acariciarle la testuz.

—Hola, príncipe —saludó Sue, corriendo junto al hombre.

Él no hablaba bien el inglés, pero explicó a los Hollister, lo mejor que pudo, que era el guarda del castillo y que tenía varios ciervos domesticados.

—Y éste —dijo la señora Hollister, dirigiéndose a Sue— debe de ser un descendiente del ciervo del cuento.

Pete explicó que iban a visitar a Cliff Jagger y el guarda contestó que sabía quién era el muchacho. Vivía con sus abuelos en la casita gris que había en la primera calle del pueblo.

Los Hollister le dieron las gracias y volvieron a su coche. Era casi la hora de comer cuando Pete llamaba en la casa de los Jagger. El mismo Cliff salió a abrir y con una exclamación de alegría dio un apretón de manos a su amigo.

—¡De modo que me habéis localizado! Entren, entren todos, que les presentaré a mis abuelos.

Los abuelos de Cliff eran muy amables e invitaron a Hollister a que se quedaran a comer. Aceptaron y, al concluir Pete, preguntó a su amigo si conocía a un hombre llamado Schmidt.

—Claro —contestó el señor Jagger—. ¿Te refieres al que estuvo una temporada trabajando en Triberg? Me ayudaba como hornero, cuando yo todavía trabajaba. Os diré donde vive.

La señora Hollister y Sue se quedaron a hablar con los abuelos de Cliff, mientras éste acompañaba a Pete y Pam a visitar al ayudante del viejo tallista. Cuando se acercaron a la casa en que el hombre estaba hospedado, vieron salir a un hombre de rostro muy arrugado y curtido. Cliff le habló en alemán y el hombre le contestó.

—Este señor es «Herr» Schmidt —dijo Cliff que luego presentó a los Hollister.

—Pregúntale si sabe algo sobre la nota que había en la puerta del reloj de cuco —pidió Pete a su amigo.

Cuando Cliff tradujo aquella pregunta, los ojos de «Herr» Schmidt adquirieron una expresión de confusión y angustia.

—¡Sabe algo! ¡Sabe algo! —exclamó Pete.

Schmidt habló atropelladamente, al tiempo que movía la cabeza

de un lado a otro. Entonces Cliff dijo:

—Puedo responder de estos chicos. Son amigos míos de América.

Tradujo aquellas palabras al alemán y, al oírlas, el hombre se sentó, fatigoso, en las escaleras de la entrada. Dijo algo a Cliff, pero los Hollister no le entendieron. Entonces Cliff habló a sus amigos:

—Tenéis razón. Dice que sabe algo sobre ese mensaje misterioso.

—Pero, miradle —murmuró Pam—. ¡Está asustado! ¡Cómo tiembla!

LA TORRE DEL RELOJ



—No vamos a hacerle ningún daño, señor —dijo Pam, cariñosamente—. Cliff, pregúntale por qué está temblando.

Pero el hombre se negó a contestar a aquello. Luego, dominando un poco su nerviosismo, empezó a hablar con Cliff que fue traduciendo sus palabras.

El señor Schmidt dijo a los niños que el reloj con el mensaje misterioso había sido enviado a América por equivocación y que la nota… El pobre señor Schmidt dejó de hablar de repente, al ver a un hombre bajo y ancho que avanzaba por la calle y que tema espesas cejas negras y una enorme nariz.

—¡Schmidt! —llamó el hombre con voz agria.

Schmidt parecía más asustado que nunca, pero se acercó al desconocido. Los dos hablaron en voz baja.

Cuando el hombre bajo se marchó, Schmidt no dijo ni una palabra más a los chicos. Por el contrario, se despidió de ellos sacudiendo una mano y corrió calle abajo. Pero los jóvenes detectives fueron tras él.

—Díganos algo más, por favor —suplicó Pam—. Es muy importante.

Al fin, el pobre hombre se detuvo y miró hacia atrás. El desconocido que le había llamado no debía de estar por allí… Mientras Cliff se encargaba de ir traduciendo a toda prisa, «Herr» Schmidt dijo:

—Está bien. Os diré algo más, pero os ruego que os marchéis cuando yo lo haga.

Explicó que había sido él quien puso el mensaje en el reloj de cuco.

—Encontré la nota en la casa inmediata a la torre del reloj de Triberg. Ahora dejadme.

Antes de que los niños pudieran contestarle, el hombre se alejó a toda prisa.

—«Danke, Herr» Schmidt —dijo Pam, pero él ni siquiera se volvió a mirar.

—Y gracias también a ti, Cliff —dijo Pete—. Al menos ahora tenemos una pista sobre la que trabajar.

—¿Creéis que Schmidt puede haberse mezclado en algo ilegal? —preguntó Cliff, mientras volvían a casa de sus abuelos.

Casi habían llegado cuando el hombre de la enorme nariz les salió al paso desde un callejón.

—¡Sé bien quiénes sois! —dijo, señalando con dedo acusador a Pete y Pam—. Sois los Hollister. Y quiero advertiros esto: ¡Meteos en lo que os importa!

—Pero… —tartamudeó Pete, asombrado.

—Estáis en peligro —dijo el hombre de la nariz con voz temible.

—¿Quién es usted? —preguntó Peter asustado ante el extraño comportamiento del hombre.

Con una sonrisa burlona, el hombre hizo una ridícula inclinación, al tiempo que decía:

—Podéis llamarme señor X. Y transmitid mi advertencia a vuestros padres.

Cuando el hombre desapareció calle abajo, los tres niños echaron a correr para llegar lo antes posible a casa de los Jagger. Cuando contaron lo que les había ocurrido, la señora Hollister se sintió muy alarmada.

—Es terrible —murmuró.

—Debe de ser un hombre muy malo —dijo Pete.

Luego Cliff hizo preguntas sobre el señor Schmidt a sus abuelos. Ellos dijeron que siempre le habían considerado un hombre honrado. Estaban muy sorprendidos de que tuviera tratos con una persona tal mal educada como aquel señor X.

—Será mejor que volvamos a Triberg en seguida —dijo Pete—. Si Schmidt encontró la nota en la casa inmediata a la torre del reloj, tendremos que hacer averiguaciones inmediatamente.

Aunque Cliff habría querido que estuvieran más tiempo con él, los Hollister se disculparon y, tras volver a toda prisa a su coche, emprendieron el regreso a Triberg.

La señora Hollister aparcó delante del hotel. Al entrar les dijeron que Holly y Ricky habían salido a pasear con su padre.

—Será mejor no esperarles —decidió Pete—. Pam y yo tenemos que ir ahora mismo a la casa esa, inmediata a la torre del reloj.

—Sue y yo os acompañaremos —decidió la señora Hollister—. Después de lo que os ha dicho ese hombre, no sería sensato dejaros solos.

Los niños y su madre recorrieron las calles a buen paso, buscando la torre del reloj.

Junto al viejo edificio no había más que una casita alta y estrecha y, al lado de ésta, una tienda de una sola planta.

Los turistas y gentes del pueblo pasaban junto a los Hollister sin fijarse en ellos. Después de observar a la gente unos momentos, la señora Hollister y sus hijos se convencieron de que el temible señor X, o el señor Wetter, no les espiaban.

—Yo me quedaré aquí, haciendo guardia con Sue —dijo la madre—, mientras vosotros entráis en la casa.

Pete y Pam subieron un tramo de escaleras y llamaron a la puerta. Abrió una mujer de cabello canoso que llevaba un pañuelo a la cabeza para protegerse del polvo y tenía en la mano una escoba.

—¿Conoce usted a un señor que se llama Schmidt? —preguntó Pete, amablemente.

—No entiendo bien —contestó la mujer—. ¿No habláis alemán?

Pam contestó que sólo sabían hablar inglés y la señora contestó:

—Habladme lentamente y puede ser que os entienda.

Hizo pasar a los niños a una sala y les dijo que se sentasen en un sofá. Ella se quitó el delantal, dejó la escoba y se sentó.

—Soy «Frau» Gruber —dijo—. Ahora decidme qué deseáis.

Pete habría deseado que, tanto él como Pam, hubieran sabido hacerse comprender con más rapidez por la señora Gruber, pero su hermana se armó de paciencia para explicar a la señora quiénes eran y por qué la visitaban. No estaban muy seguros de que ella hubiera entendido todo, pero al menos sí comprendió el nombre de Schmidt.

—¿Os referís al hombre de Hornberg? —preguntó la señora.

—Sí. ¿Le conoce usted? —quiso saber Pete.

La señora quedó largo rato con la mirada fija en la pared como si estuviera contemplando algo del pasado. Al fin dijo:

—Sí, «Herr» Schmidt estuvo hospedado aquí. Pero de eso hace largo tiempo.

Los niños quedaron muy sorprendidos.

—¿Cuántos años? —preguntó Pete.

«Frau» Gruber suspiró.

—Me resulta difícil saberlo. Fue algo después de la guerra. Sí. Cuando él buscaba a Peter Freuling.

—¿Peter Freuling? ¿Quién era? —inquirió Pete.

La señora empezó a mostrarse impaciente. Se encogió de hombros y se puso en pie, diciendo:

—Tantas preguntas son malas para mi cerebro.

—No nos haga marchar todavía, por favor —rogó Pam—. Alguien, en esta casa, dio al señor Schmidt una nota muy importante. Nosotros tenemos que saber quién fue.

—Creo que, si pudiéramos ver la habitación del señor Schmidt… —sugirió Pete—, eso nos ayudaría.

«Frau» Gruber se dio cuenta de la preocupación de los niños y su expresión se hizo más dulce.

—Venid conmigo —dijo.

Pete y Pam subieron las alfombradas escaleras, detrás de la mujer. Ella les llevó a un pequeño vestíbulo y al fin al piso más alto de su casa.

—«Ja» —murmuró ella—. Los huéspedes me tienen muy ocupada, pero el hacer algo por unos niños siempre me gusta.

La señora fue hasta el fondo de un corto pasillo, introdujo la llave en una cerradura y abrió la puerta. La habitación en que

entraron era pequeña y limpia, con una cama, una cómoda, una mesita y una silla.

—Aquí es donde dormía «Herr» Schmidt cuando vivió en mi casa.

Los niños miraron por todas partes, pero no pudieron ver nada que pareciese una pista.

—¿Y Peter Freuling? —dijo Pete—. ¿Vivió aquí?

—A Peter Freuling yo no le vi nunca.

—Pero ¿usted sabe dónde vive? —preguntó Pam, pensando que tal vez aquel desconocido podría ayudarles a descubrir el misterio.

—La última vez que oí hablar de ese hombre estaba en Berlín.

La señora parecía cansada de aquel interrogatorio, y empezó a arreglarse las horquillas de su moño, con expresión malhumorada. Pero los Hollister no estaban cansados. Por el contrario, sus caras demostraban el máximo interés, cuando Pam preguntó nerviosamente:

—¿Quién era Peter Freuling? ¿Qué hizo? ¿Tenía un reloj de cuco?

—Habéis venido a hacer preguntas sobre el señor Schmidt y ahora empezáis a hablar de Freuling. Bien. Os diré algo —añadió en tono más amable—. Peter Freuling era hermano de Andreas Freuling, que vivió en esta misma habitación y murió aquí.

—¡Oh, qué triste! —dijo Pam—. ¿Y cuándo sucedió eso?

—Un año después de terminar la guerra. El huésped siguiente fue Schmidt. Vivió en esta misma habitación después de la muerte de Andreas.

Pete estaba asombradísimo.

—¿Por qué Schmidt necesitaba encontrar a Peter Freuling?

—Tenía un mensaje para Peter —dijo la mujer.

Peter y Pam se miraron, muy nerviosos.

—¿Qué mensaje? —inquirió Pete.

—Todo lo que sé es que «Herr» Schmidt encontró un papelito en esta habitación. Estaba aquí.

«Frau» Gruber movió el escritorio y mostró a los Hollister un espacio entre el tablero de la mesa y la madera lateral.

—La nota pudo caer desde el escritorio a ese resquicio —dijo Pam. Y su hermano añadió, pensativo:

—Andreas pensaría enviar el mensaje a alguien. Puede que se pusiera enfermo antes de poder escribir la dirección y enviarlo por correo.

La señora movió afirmativamente la cabeza.

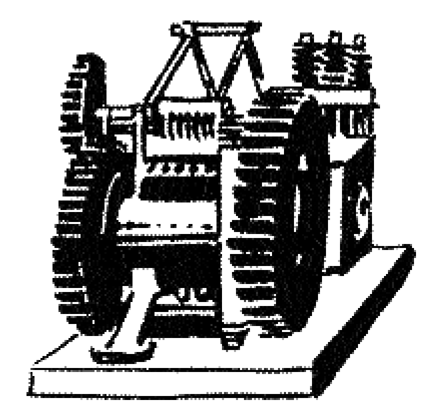
—«Herr» Schmidt dijo que la nota debía ser enviada a la familia de Andreas. Yo le hablé del hermano, Peter, y «Herr» Schmidt le buscó con mucho interés. Escribió cartas y preguntó a todo el mundo que pudo si sabían algo de él.

—¿Y encontró a Peter Freuling? —preguntó Pete.

La señora soltó una risilla rara y se encogió de hombros, diciendo:

—«Ich weiss nicht». No lo sé.

DESCIFRANDO UN ROMPECABEZAS



¡Pistas! ¡Pistas! ¡Pistas! Ahora Pete y Pam tenían infinidad de pistas. Tras dar las gracias a «Frau» Gruber, los dos corrieron en busca de la señora Hollister y Sue. Mientras iban de regreso al hotel, contaron a su madre lo que habían averiguado. En el hotel encontraron ya al resto de la familia.

Los niños se sentaron, con las piernas cruzadas, en la alfombra del cuarto de sus padres, y Pete y Pam volvieron a contar todo lo que había sucedido.

Al hacer un resumen de todo, Pete dijo:

—Sabemos que Andreas Freuling empezó todo este misterio cuando escondió el mensaje que el señor Schmidt encontró e intentó entregar a Peter Freuling en Berlín.

—¿Y eso era todo el lío de las tres y las seis y no sé qué más? —preguntó Ricky.

Pete contestó que probablemente sí. Y Holly dijo con voz cantarina:

—¿Y el señor Schmidt no pudo encontrar a Peter?

Pam movió de izquierda a derecha la cabeza, respondiendo:

—La señora Gruber dice que no.

—Pero ¿por qué la nota se hallaba en la puertecita del reloj de cuco? —comentó Ricky.

—Eso tenemos que averiguarlo todavía —repuso Pam.

—Y también tenemos que averiguar exactamente qué es lo que quiere decir ese jeroglífico —añadió Pete.

Todos estaban convencidos de que el extraño mensaje daba la dirección para llegar hasta algún tesoro.

—Pero ¿por dónde habrá que empezar? —preguntó la señora Hollister.

—¡Ya sé! —exclamó Pam—. Si Andreas Freuling vivió junto a la torre del reloj, puede que la torre sea el principio para empezar a ordenar las pistas.

—Creo que has tenido una buena idea, Pam. Vamos en seguida a lo alto de esa torre del reloj —dijo Pete.

—Yo creo que hoy ya es demasiado tarde —opinó la madre—. ¿Por qué no preguntáis al señor Mueller cuándo se permite la entrada a visitantes?

Pete bajó las escaleras a toda velocidad para hablar con el propietario. Éste conocía al celador del antiguo edificio y le telefoneó.

—Dice que puede acompañaros a lo alto de la torre, mañana a las nueve —informó al fin, el señor Mueller.

Después de darle las gracias, el chico volvió a subir. Se decidió que Pam y él harían la visita a la torre. Aquella noche, antes de meterse en la cama, recitaron el misterioso jeroglífico una y otra vez para no olvidarlo.

A la mañana siguiente, Pete y Pam se encontraron a la hora acordada con el celador al pie de la torre del reloj. En cuanto se presentaron, siguieron al hombre. Subieron varios tramos de estrechas escaleras de piedra. Cuando llegaron a lo alto, Pete exclamó:

—¡Zambomba! ¡Cuántas ruedas y maquinarias!

Los niños estaban contemplando la maquinaria interior del reloj, cuya esfera quedaba visible desde el exterior de la torre.

—¿Queréis saber cómo funciona el reloj? —preguntó el celador.

Pete contestó que no; preferían mirar.

—No hay mucho que ver. Sólo desde aquí podéis mirar afuera —

dijo el hombre, señalando una ranura abierta en la pared.

Pete sintió latir su corazón. ¿Habría descubierto Andreas Freuling aquel lugar? ¿Había preparado las pistas pensando en lo que Pete iba a contemplar?

El muchachito se puso de puntillas y miró por la abertura. A su lado, Pam susurró:

—A las tres la manilla del reloj está horizontal. ¿Qué estás viendo?

—¡Zambomba! Es la catarata. El rompecabezas empieza a ser más claro, Pam.

Los dos hermanos sostuvieron una conversación en cuchicheos, mientras el celador sacaba un engrasador y lubricaba las ruedas del interior del gran reloj.

—A las seis en la chimenea —recitó Pam—. A esa hora la manilla tendría que estar perpendicular. ¿A dónde señalaría, Pete?

El chico volvió a mirar hacia la cascada.



—Hay una casa vieja, pero no tiene chimenea —informó.

—¡Qué lástima! Entonces nuestras pistas se acaban.

—Puede que no —replicó el hermano—. Iremos allí. A lo mejor encontramos mejores pistas.

Los dos hermanos dieron las gracias al celador que les acompañó hasta el final de las escaleras de piedra. Cuando llegaron a la acera, Pam tomó a Pete por un brazo y señaló al final de la calle, diciendo:

—¡Mira aquellos dos hombres! ¡Nos… están… vigilando!

Al volverse, Pete pudo ver no sólo al hombre alto que había robado el león, sino también al de la enorme nariz, que les había amenazado en Hornberg.

El bajo echó a andar en dirección a los niños, con expresión agresiva, pero el alto le dijo algo en voz baja. En seguida se marcharon por distinto camino al de los Hollister.

—¿Qué crees que piensan hacer? —preguntó Pam, muy intranquila.

—Tienen el mensaje y habrán adivinado que la torre del reloj es la primera pista. Será mejor que vayamos en seguida a la casa que hay junto a la cascada.

—Pero puede que ellos estén esperando a que nosotros demos el primer paso. Si vamos al hotel, les desorientaremos.

—¡Zambomba! ¿Sabes que tienes razón, Pam?

Los dos hermanos volvieron al hotel y contaron a su familia lo que les había ocurrido.

—Esos hombres deben de estar desesperados por encontrar el tesoro —dijo el señor Hollister, muy preocupado.

—Tendríamos que buscar una manera de desorientarles —reflexionó Pete.

—Yo tengo una idea —anunció Ricky—. Si papá, mamá y Holly salieran como siguiendo una pista, que fuese falsa, a lo mejor esos hombres les seguirían. Entonces Pete y Pam podrían ir a esa casa y buscar pistas.

—¡Zambomba! Es una gran idea —exclamó Pete.

Riendo alegremente y haciendo oscilar sus bastones, los cinco Hollister salieron del hotel y empezaron a caminar cuesta abajo. Para resultar más sospechosos, dirigían miradas atentas a cada callejón y levantaban la vista hacia las ventanas, como si estuvieran haciendo una gran investigación.

—¡Chist! —dijo al poco rato Holly—. No miréis ahora, pero creo que el hombre alto nos está siguiendo, como Ricky pensó que haría.

Entre tanto, Pete y Pam salieron a toda prisa por la puerta trasera del hotel y corrieron hacia la casa que habían visto desde la torre del reloj. Se encontraba en el extremo más apartado del pueblo y al otro lado del puente que cruzaba sobre las aguas del pie de la cascada.

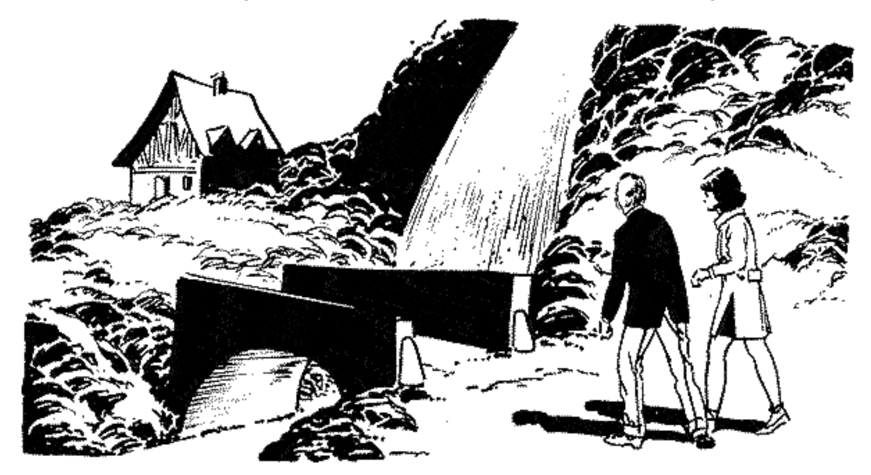
—Debe de ser este sitio, porque no hay casas alrededor —opinó Pam.

—Pero tampoco hay ninguna chimenea —recordó Pete—. De modo que no te hagas muchas ilusiones.

Los dos hermanos se acercaron a la puerta y llamaron. Un hombrecito pequeño y grueso salió a abrir. Había sido marinero en su juventud, explicó a los niños, y había aprendido a hablar inglés. Se llamaba Klar.

Pete le explicó lo que estaban buscando.

—¿Ha tenido alguna vez chimenea esta casa? —preguntó.



—Sí —contestó el señor Klar—. Pero estaba tan vieja que se doblaba. Así que la quité. Ahora el humo de la casa sale por ahí —explicó, señalando un pequeño penacho de humo, a un lado de la casa.

—¡Pam, hemos encontrado la pista! —exclamó Pete, sin poder disimular su alegría.

—¿Podríamos mirar dentro de su casa? —preguntó Pam al hombre—. Creemos que aquí hay un tesoro escondido.

El hombre soltó una risilla burlona al responder:

—Maderas viejas y rechinantes, sí encontraréis, pero un tesoro… Lo dudo. De todos modos, podéis entrar y mirar.

Dentro, Pete encontró la chimenea.

—A las nueve en la, escalera de madera —recitó Pam en voz baja, y extendió un brazo hacia la izquierda, con lo que quedó

señalando hacia una puerta cerrada.

Los dos hermanos corrieron a la puerta y la abrieron. Daba a un pequeño vestíbulo con una escalerilla de madera.

—Las doce, Pete, será con la manilla hacia arriba.

Los dos niños miraron hacia arriba. Casi no podían creer lo que estaban viendo sus ojos. En el techo había una portezuela.

—¿Qué hay allí arriba? —preguntó Pete al señor Klar que había ido tras los niños.

—Una buhardilla, pero hace años que no se abre. Cuando vine aquí, poco después de la guerra, subí una vez a mirar, pero hay un espacio tan pequeño que no sirve para nada.

—De todos modos, ¿podríamos ir a ver? —pidió Pete.

—Si lo deseáis… —repuso el hombre con expresión risueña.

Salió y volvió al momento con una escalera de mano que, con la ayuda de los niños, subió a lo alto de las escaleras de madera.

Cuando volvió a estar abajo, el hombre estiró las piernas, y preguntó:

—¿De verdad queréis subir? Pues basta con que empujéis. La portezuela se abrirá sola.

Pete subió por la escalera de mano. Una vez arriba levantó los brazos lentamente, hasta tocar el cuadrado de madera que formaba la portezuela. Empujó, pero la madera parecía pegada al techo. Entonces, Pete dio un fuerte empellón.

¡Crac! La portezuela se abrió y una nube de polvo cayó sobre la cabeza del muchacho, que empezó a toser y estornudar.

—¿Comprendéis lo que os decía? Ha estado cerrado durante años —dijo el hombre.



Pete metió la cabeza por el hueco que acababa de abrirse y miró a su alrededor. Pero aquello no parecía más que un negro agujero. Extendiendo los brazos, el muchachito palpó los bordes.

De repente… sus dedos tocaron algo. Pete tiró de ello y, al acercarlo a la luz, pudo ver que era una pesada caja de cartón de la que, al levantarla, cayó el polvo a puñados. Pete estornudó y la caja estuvo a punto de caérsele de las manos, pero la sostuvo a tiempo. Sujetando bajo el brazo lo que había encontrado, Pete bajó por la escalera de mano y después los peldaños de madera de la otra escalera.

—¡Creo que lo hemos encontrado, Pam! —dijo el chico, lleno de júbilo, mientras el dueño de la casita sacudía la cabeza con asombro.

Los ojos de Pam parecían bailar dentro de las órbitas. La niña no podía disimular su nerviosismo, mientras su hermano abría la caja, que Pete había puesto en el suelo, para levantar la tapa.

Dentro había un objeto envuelto en una gruesa franela. Pete sacó el objeto y lo desenvolvió.

¡Era un preciosísimo reloj de cuco! ¡Cómo resplandecían los pajarillos y las hojas! Abajo había un letrero, que decía que pertenecía al museo de Leipzig.

—¡Huy, qué bonito! —musitó Pam, emocionada.

—¿Cómo sabíais vosotros que esto estaba aquí? —preguntó el

señor Klar.

—Perdone, pero ahora tendríamos que perder mucho tiempo contándoselo —contestó Pete—. Antes que nada debemos llevar este reloj a la policía.

—«Ja» —asintió el dueño de la casa—. No me pertenece. —Y con expresión atónita, añadió—: Puedo aseguraros que mi casa no es el museo de Leipzig.

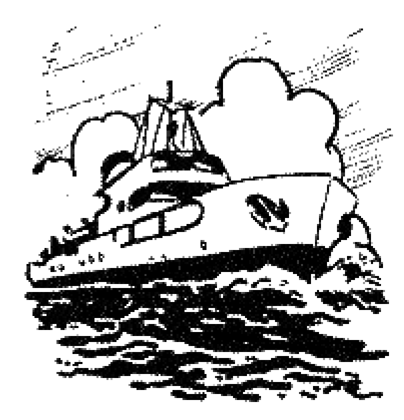
Los niños volvieron a meter el reloj en la caja y, después de dar las gracias al señor Klar, salieron al vestíbulo.

—Yo os acompaño —decidió el hombre—. Así me enteraré de lo que significa todo esto.

Llevando bajo el brazo la caja del hermoso tesoro, Pete cruzó la puerta, seguido de Pam y del señor Klar.

Pero, en la acera, les esperaba el señor X. Pete dio un grito cuando el hombre bajo le arrancó del brazo el reloj de cuco. El ladrón dio al chico un empujón, que le hizo caer por el suelo, y él echó a correr hasta un coche que se puso en marcha a toda velocidad.

LA CORAZONADA DE RICKY



—¡Tenemos que alcanzar a ese hombre! —gritó Pete, levantándose del suelo—. Ha robado el reloj de cuco de oro.

—«Ja». Hay que ir en seguida a la policía —añadió el señor Klar.

Los niños y él corrieron al cuartelillo de policía. Allí, entre los tres, contaron lo ocurrido al teniente de policía, que era el mismo a quien Pete informó del robo de la cartera y del león de madera.

Pam dio al policía una explicación detallada de cómo era el ladrón y el teniente envió inmediatamente a dos hombres para que buscasen al fugitivo.

—No os entristezcáis —dijo amablemente el oficial, a los niños —. Podéis estar orgullosos de haber descubierto las pistas de esa nota misteriosa.

—Le ruego que me explique qué es todo esto —pidió el señor Klar.

Mientras el oficial daba explicaciones sobre el misterio al asombrado señor Klar, Pete y Pam volvieron al hotel.

Encontraron al resto de la familia en la habitación de los padres, hablando alegremente sobre cómo habían desorientado al hombre alto. Al oírles, Pam, casi llorando, murmuró:

—Pero no ha dado resultado, papá.

—Porque nosotros fuimos seguidos por el otro hombre hasta la casa en donde estaba escondido el reloj de cuco de oro —añadió Pete, entristecido—. Y él nos ha arrancado el tesoro de las manos.

Muy desilusionados, todos escucharon lo ocurrido.

—¡Pero no hay que rendirse! —declaró valientemente Ricky, abombando el pecho—. Detendremos a ese hombre y encontraremos el reloj.

Procurando no dejarse llevar por el desánimo, los Hollister bajaron al comedor, pero los dos niños mayores apenas probaron lo que se les sirvió.

Cuando salían del comedor vieron con asombro, que el teniente de policía entraba en el vestíbulo. El oficial dijo a los Hollister que la descripción dada por Pam había sido tan detallada que había podido identificar al ladrón inmediatamente.

—Utiliza el nombre de Herman Gotch y vive en un hotelito de este pueblo, al otro lado de la colina. Vive con él otra persona, un hombre alto…

—El que robó el mensaje y el león de madera —dijo Pete.

—Puede que vieran lo que hacíamos en nuestra habitación, utilizando gemelos —dijo Ricky—. Por eso supo el ladrón que teníamos la cartera en la cómoda.

—Es probable —contestó el oficial—. Por desgracia los dos hombres han salido de Triberg apresuradamente, hace poco rato.

—¿Y no hay posibilidad de arrestarles? —preguntó el señor Hollister.

—Tenemos una pista —respondió el policía—. Y voy a decírsela a ustedes, por si acaso quieren seguirles.

El teniente dijo que el director del hotelito en donde los dos hombres estuvieron hospedados había oído decir al hombre bajo que se marchaba a Estrasburgo.

—Pero si eso está en Francia —dijo la señora Hollister—. Es una gran ciudad a orillas del Rhin.

—Puede que piensen vender allí el reloj de cuco —reflexionó Pam.

—Pondremos sobre aviso a la policía de Estrasburgo —prometió el oficial—. Esos hombres tienen dos coches. Gotch se ha marchado

en uno con un maletín y una caja de cartón.

—Donde lleva al reloj de cuco —apuntó Holly, muy nerviosa.

El oficial asintió, añadiendo:

—Su amigo, el alto, va en otro coche. Ignoramos a dónde se dirige.

—Hay que seguir en seguida a ese hombre que se llama Gotch —opinó Ricky.

Y todos sus hermanos asintieron.

—Nosotros detendremos al hombre malote y se lo traeremos a usted, señor policía —dijo Sue, cogiendo de la mano al teniente.

Él se echó a reír y dijo que no le sorprendería. Después de mostrarles en el mapa de carreteras de la señora Hollister cuál era el camino más corto para Estrasburgo, el teniente deseó buena suerte a la familia y se marchó.



—¿Quieres continuar la búsqueda del reloj de cuco, Elaine? —preguntó el señor Hollister a su esposa.

—Sí —contestó ella, levantando la cabeza, muy resuelta.

—¡Un hurra por mamá! —gritó Holly, dando un salto de alegría

y palmoteando—. ¡Tenemos una mamá muy valiente!

Todos corrieron a sus habitaciones para hacer a toda prisa las maletas. Transcurrida media hora, los Hollister habían dicho adiós al señor Mueller y estaban en el «Mercedes-Benz», viajando camino de la frontera francesa.

Después de una hora de viajar en dirección oeste, los valles verdes y sombríos se transformaron en amplias planicies. A uno y otro lado de la carretera empezaron a verse grandes granjas y, desde lejos, los campesinos decían adiós con la mano a la familia americana que marchaba a toda velocidad.

A última hora de la tarde los viajeros llegaron a un gran puente que cruzaba el río Rhin. Al otro lado del puente los Hollister tuvieron que detenerse ante un empleado de Aduanas que revisó sus pasaportes. El empleado era un hombre joven y amable, uniformado de azul. Su sombrero, que a Pam le recordaba un queso de bola, con un pico de pájaro, le daba un grave aspecto oficial.

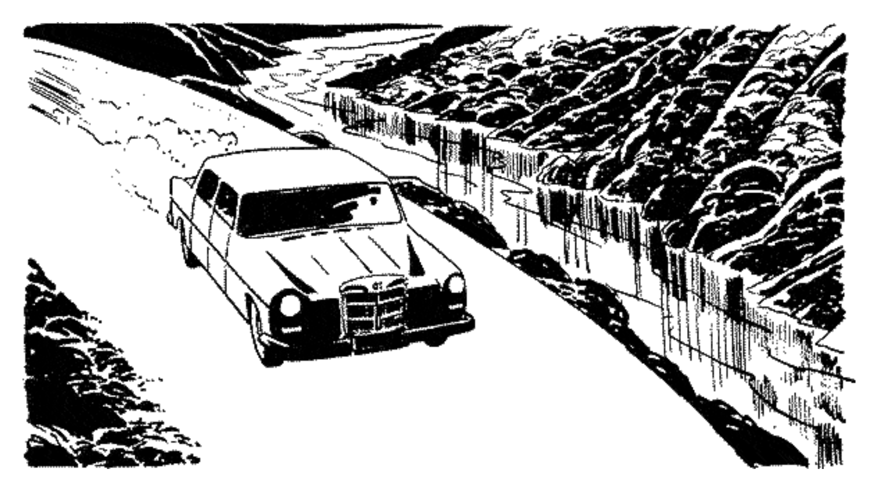
Cuando el oficial estaba a punto de despedirles, Pam le preguntó:

—¿Ha pasado por aquí esta tarde, un alemán que se llama Herman Gotch?

El rostro del empleado se iluminó.

—Acabo de revisar su pasaporte hace tres minutos —y dijo y volviéndose, señaló al final de la calle—. Allí está su coche. Probablemente está pidiendo indicaciones para seguir su camino. Y perdone que la rectifique, señorita, pero ese hombre no es alemán.

Pam dio al hombre las gracias y el señor Hollister puso inmediatamente el coche en marcha.



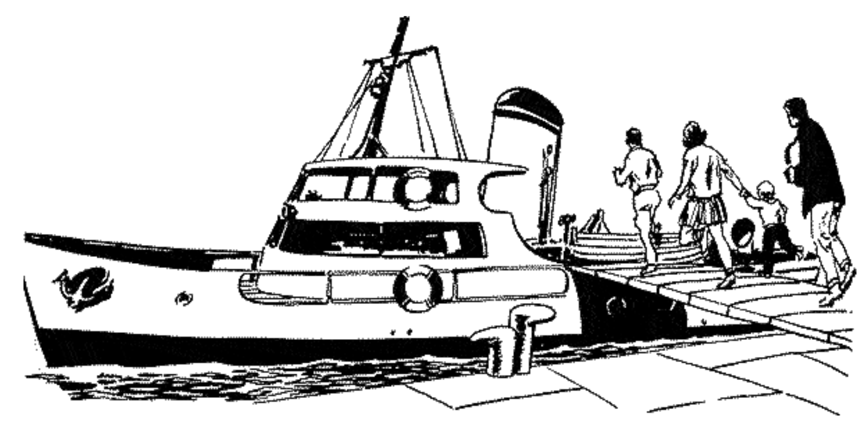
—¡Olé! ¡Viva! ¡Ya le tenemos, papá! —gritó Ricky, jubiloso.

—No te precipites, hijo —aconsejó el señor Hollister—. Será mejor que le sigamos, para averiguar a dónde va.

—Eres un buen detective —declaró Pete, sintiéndose muy orgulloso de su padre, que ahora conducía el coche junto al bordillo y fue a detenerlo a cierta distancia del coche del sospechoso, que estaba sentado dentro. Los niños pudieron ver que Gotch estaba estudiando un mapa que tenía extendido sobre el volante.

—Seguro que lleva en el coche el reloj de cuco —dijo Pam—. Si pudiéramos acércanos y quitárselo de improviso…

—Paciencia —dijo la madre—. Esta vez no hay que dejarle escapar.



El señor Hollister siguió al coche, pero hubo un momento en que lo perdió de vista, entre el abundan tráfico. Cuando volvieron a

verlo estaba aparcado en un muelle, a orillas del agua. Allí estaba amarrada una blanca embarcación ribereña.

—Seguramente va a meterse en esa barca, papá —dijo Pam.

—Ya lo averiguaremos —contestó el padre, yendo a aparcar detrás del cochecito del sospechoso.

La embarcación era grande y ancha y tenía dos cubiertas. Una gran pasarela llevaba, desde el muelle, a la cubierta inferior. Acababan los Hollister de bajar del coche y se disponían a cruzar la pasarela, cuando Pam exclamó:

—¡Mirad! ¡Si es el «Eureka»!

—¿Es el barco del que nos habló el señor Elser? —preguntó Holly.

—¡Zambomba! —gritó Pete con entusiasmo—. Si Gerhart Elser es el capitán, podrá ayudarnos a capturar a Gotch.

El señor Hollister abrió la marcha y toda la familia cruzó la pasarela, hasta una especie de vestíbulo del barco. A un lado había un mostrador donde se vendían recuerdos y al otro, un salón de belleza. En frente se veía el mostrador del recepcionista y el camarote del capitán. Se abrió la puerta y por ella salió un hombre alto y elegante, con un bonito uniforme. Viendo las expresiones interrogativas de los recién llegados, el hombre preguntó:

—¿Puedo servirles en algo?

—¿Es usted Gerhart Elser? —preguntó el señor Hollister.

El hombre pareció sorprendido y dijo que sí. Cuando se enteró de que los Hollister eran amigos de su primo Otto, de América, sonrió muy alegre y estrechó a todos la mano.

—¿Cómo supieron que mi barco estaría amarrado esta noche en Estrasburgo? —preguntó.

Los Hollister contestaron que no lo sabían y que todo fue una feliz coincidencia.

—Tal vez usted pueda ayudarnos a encontrar al hombre que buscamos. Creemos que va como pasajero en el barco de usted —dijo Pam.

Y a continuación contó al capitán toda la historia relativa al hombre sospechoso, llamado Gotch.

Inmediatamente el capitán llevó a los Hollister a su oficina y consultó su registro de viajeros.

—Sí —dijo al fin—. Está a bordo y tiene planeado desembarcar en Düsseldorf.

Cuando se enteró de la extraordinaria historia del reloj de cuco, en oro, Gerhart dijo:

—¡Ajá! Entonces haré registrar su camarote. Como capitán, tengo derecho a hacerlo.

Salió para volver al poco rato moviendo la cabeza y diciendo:

—Ese hombre no lleva más que un pequeño maletín. No hay ningún otro paquete en su camarote.

—¿Y él está en el camarote? —preguntó Pete.

—No —contestó el capitán.

—Puede que esté escondido el reloj en alguna parte del barco —dijo Pete.

Y Ricky propuso:

—¿Por qué no llamamos a la policía de Estrasburgo y pedimos que le arresten?

—Porque no podrán arrestarle, a menos que se encuentre el reloj en su posesión —afirmó Pete.

—Es cierto —dijo el capitán—. Haré que la doncella y el mayordomo registren todo el camarote y busquen ese reloj de oro. De encontrarlo, ¿en dónde podríamos localizarles a ustedes, señor Hollister?

—Podíamos hacer un viaje por río con el capitán —dijo Holly, con entusiasmo.

—¡Sería estupendo! Pero ¿qué haríamos con el coche, papá? —preguntó Ricky.

El señor Hollister contestó que la agencia que le había alquilado el «Mercedes-Benz», podía encargarse de recoger el vehículo del muelle. Luego miró interrogativamente a su esposa que asintió muy seria.

—Debemos encontrar ese reloj, aunque para ello sea necesario viajar río abajo en esta embarcación —dijo la señora Hollister.

—Muy bien. Yo les proporcionaré acomodo —dijo el capitán Elser—. Zarparemos por la mañana.

Mientras se trasladaban los equipajes a la embarcación ribereña, el señor Hollister habló con la compañía de coches de alquiler para que fuesen a recoger el «Mercedes-Benz».

Los tres camarotes destinados a la familia se encontraban en la cubierta inferior. Una vez que hubieron deshecho sus maletas, Pete y Ricky se acercaron a la ventanilla para contemplar las aguas del río.

—Ésta es una gran aventura —declaró gravemente, Pete.

—¡Sí, pero yo estoy hambriento, canastos! —protestó el pelirrojo.

La familia fue llamada al comedor a las siete de la tarde. Se había preparado una mesa redonda, especialmente para ellos. ¡Qué sorpresa les esperaba en aquella cena! Sentado a una mesita cercana estaba el mismísimo Herman Gotch. El hombre estaba llevándose un vaso de agua a los labios cuando vio a los Hollister. El vaso estuvo a punto de caérsele de las manos y el agua se le atravesó en la garganta.

Mientras el resto de la familia se sentaba, el señor Hollister se acercó al sospechoso para decirle:

—Deseo que nos devuelva usted el reloj de oro. No le pertenece y usted lo sabe.

El hombre contestó con una ristra de atropelladas palabras en alemán. El camarero, que estaba junto a él, tradujo el significado al señor Hollister.

—Yo no le conozco a usted. No le he visto nunca, de modo que haga el favor de no molestarme.

La señora Hollister sacudió la cabeza cuando su marido se sentó a su lado.

—Gotch sabe muy bien quién eres y qué le has dicho. Pero está intentando aparentar ante los demás que no entiende el inglés.

—Tendremos que vigilarle bien —decidió Pete—. Ahora que nos ha visto, intentará salir del barco.

Pero Gotch se quedó en su camarote toda la noche. Pam tenía tanto miedo de que el hombre escapase mientras los demás dormían que el señor Hollister pidió al capitán que mantuviese al sospechoso vigilado.

A la mañana siguiente, cuando la embarcación estaba a punto de ponerse en marcha por las aguas del Rhin, el oficial informó de que Gotch estaba todavía a bordo.

Satisfechos de que el sospechoso no pudiera escapar hasta la

próxima parada, los Hollister se acodaron en la borda y contemplaron el hermoso panorama de las tierras circundantes con el Rhin. El río serpenteaba a través de grandes extensiones de verdor. Muchas de las montañas ante las que pasaban quedaban rematadas por viejos castillos.

Durante el viaje, Pete y Pam averiguaron que llegarían a Düsseldorf, donde Gotch tenía que bajar, a las cuatro de la tarde siguiente. Pero antes se haría una escala, por la noche, en Rüdesheim. Cuando, a última hora de la tarde, se aproximaron a la ciudad, los niños vieron que las colinas estaban cubiertas de viñedos. Las hileras de cepas se extendían desde el río hasta lo alto de las faldas de las montañas.

—¡Qué bien cuidados los tienen! —dijo Pam, admirativa.

El capitán Elser hizo virar el barco hacia el centro de la corriente y fue a detenerlo ante la vieja ciudad de Rüdesheim.

—No permitiremos que Gotch se aleje de nuestra vista —aseguró Pete, mientras los pasajeros iban saliendo del barco para visitar la ciudad.

Gotch echó a andar por la pasarela, con la cabeza muy alta. No llevaba nada en las manos y no fue muy lejos. Pete, Pam y Ricky le vieron pasear por el paseo de la orilla del agua. Cuando los niños bajaron a tierra Gotch les miró por encima del hombro, pero no hizo más que fruncir el ceño y nada dijo.

Cuando se sentó en un banco situado frente al río, otro hombre se aproximó a él y se sentó a su lado. Era calvo y con un áspero bigote gris.

—Es el camarero de la mesa de Gotch —observó Ricky—. ¿Qué le estará diciendo?

El sospechoso se levantó apresuradamente y volvió al barco. Ricky corrió junto al camarero para preguntar:

—¿De qué le ha hablado ese hombre?

—«Das Wetter» —replicó secamente el camarero, volviendo al «Eureka».

Pete hizo un encogimiento de hombros.

—No ha habido suerte —murmuró, cuando el pecoso les transmitió lo que acababa de decirle el camarero—. Por lo visto el hombre le ha hablado del tiempo.

—No, Pete —dijo Ricky—. Yo creo que estaban hablando del señor «Donnerwetter».

Sin esperar a los otros, el pecosillo corrió tras el camarero. Cuando le alcanzó le dio un tirón de la manga y dijo:

—¿Estaban hablando ustedes del señor Wetter, el hombre malo?

El camarero quedó tan sorprendido que Pete y Pam sospecharon de la corazonada de Ricky. Los tres hermanos volvieron al barco a reunirse con los demás.

—Apuesto a que Gotch y el camarero están de acuerdo —dijo Pete a su padre.

—Ahora tenemos otro sospechoso al que vigilar —añadió Holly.

Pero ninguno de los dos hombres hizo nada sospechoso aquella noche. Cuando los niños se despertaron, por la mañana, la embarcación seguía su camino a lo largo del Rhin. La hermosa región granjera había quedado atrás, sustituida por zonas con fábricas en las que se veían grandes chimeneas. Por la tarde, apareció a la vista la gran ciudad de Düsseldorf y pronto la embarcación llegó al muelle.

Se acercaba la familia a la pasarela, cuando Gotch se aproximó, cargado con su maletín, se detuvo ante los Hollister, haciéndoles una reverencia, y dijo:

—«Auf Wiedersehen».

Inmediatamente después salió del barco.

—No lleva con él el reloj de cuco. El maletín es demasiado pequeño para que le quepa dentro. Pero puede que lo tenga el camarero —dijo Pete.

—Ahí viene el camarero —anunció Pam.

El calvo camarero caminaba a paso ligero por la pasarela, con una cesta de lechugas sobre su hombro.

—¡Espere! —gritó Pete, echando a correr.

Ricky siguió a su hermano, veloz como una centella. El camarero volvió la cabeza. Sus ojos tenían una expresión huraña. Pete y Ricky se lanzaron a detenerle, pero el hombre les dio un fuerte empellón.

¡Plas! ¡Los dos hermanos cayeron a las aguas del Rhin!

ARRESTO EN LA VIEJA CIUDAD



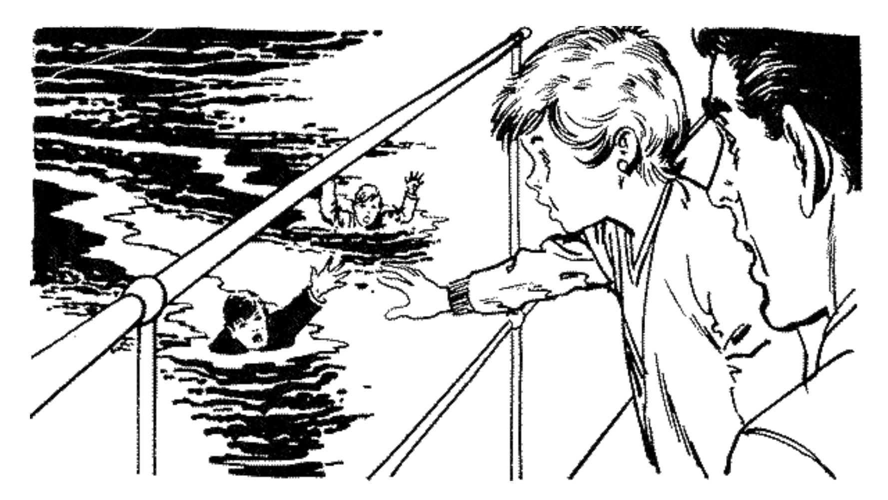
—¡Saquen a mis hermanitos! —gritó Sue, aterrada, mientras los dos chicos sacaban la cabeza a la superficie, tosiendo y escupiendo agua.

Al instante, el señor Hollister y el capitán Elser cogieron unos salvavidas y los arrojaron al agua, va que había demasiada altura desde el agua al muelle, para que los chicos pudieran trepar.

Pete y Ricky se sujetaron a los aros salvadores y, chorreando agua, se vieron elevados hasta la pasarela.

—¿Han podido escaparse? —fue lo primero que preguntó Pete.

Miraron a su alrededor, pero el camarero no estaba en ninguna parte. También habían desaparecido Pam y su madre. Aunque el pecosillo rezumaba agua por todas partes, Sue se abalanzó a abrazarle y dijo:



—Mami y Pam han ido a detener al hombre malote.

—Es lo que me imaginaba —dijo el padre que en seguida, añadió—: ¡De prisa, muchachos! Id a poneros ropa seca.

Mientras Pete y Ricky iban dejando un reguero de agua por el pasillo que llevaba a su camarote, la señora Hollister y Pam corrían hacia la parte antigua de la ciudad, situada a orillas del agua.

—¡Va por ahí! ¡Y todavía lleva la canasta de lechugas! —dijo Pam, viendo al fugitivo desaparecer por una esquina.

—¡Estoy segura de que el reloj de oro va en esa canasta! —afirmó la madre—. ¡Date prisa, Pam!

Madre e hija siguieron al camarero que tenía tanta prisa que ni siquiera podía volverse a comprobar si le perseguían. De repente se detuvo ante un restaurante, miró el letrero colocado sobre la puerta, y entró.

—Tú espérate, por si acaso sale, mamá, que yo iré a buscar a los otros —dijo Pam.

Cuando llegó al barco, los dos muchachitos ya se habían puesto ropas secas y estaban en cubierta.

—¡Le hemos encontrado! —anunció Pam—. ¡Venid en seguida!

El señor Hollister tomó a Sue en brazos, el capitán Elser llamó a un policía del muelle y todos siguieron a Pam a través de varias calles, hasta el restaurante.

—El camarero todavía está dentro —dijo la señora Hollister.

—Apostaría algo a que Gotch también está ahí —comentó Pete.

El capitán habló en alemán con el policía, y luego se volvió a los

otros.

—Yo me estacionaré en la puerta trasera. Convendrá que usted, señora Hollister, vaya en busca de otros dos policías, por si nos hacen falta. Los demás entren, para identificar a esos hombres.

La señora Hollister tomó a Sue de los brazos de su marido y marchó a toda prisa, con la pequeñita asida de la mano.

Los niños y su padre siguieron al oficial, al interior del restaurante. Como era todavía demasiado pronto para la cena, el local se encontraba aún vacío. Pero, en una mesa mal alumbrada, del fondo, se sentaban cuatro hombres, cuyos rostros no se veían. Cuando el policía se encaminó a ellos a buen paso, los cuatro retiraron sus sillas de la mesa, mostrándose asustados. En el centro de la mesa redonda, estaba el reloj de cuco, hecho en oro. El oficial les habló severamente en alemán.

—¡Ahí está «Donnerwetter»! —exclamó Holly.

El hombre grueso y bajo, que se encontraba entre Gotch y el hombre alto, miró a los recién llegados con ojos encendidos. Junto al hombre alto estaba el camarero.

—¡Otra vez esos Hollister! —gritó enfurecido el señor Wetter, que en seguida tomó en sus brazos el reloj de cuco y corrió hacia la salida.

Pete y Ricky casi le habían dado alcance, cuando el capitán Elser cerró el paso al fugitivo en la puerta. Pete tomó el reloj y él y su hermano volvieron a la mesa.

Entre tanto, el policía había puesto las esposas a Gotch y al camarero, mientras el señor Hollister sujetaba con fuerza al hombre alto.

Entonces llegaron al restaurante la señora Hollister, Sue y dos policías. Los oficiales interrogaron a los prisioneros y, cuando hubieron acabado, se volvieron a los Hollister.

—Es una historia muy extraña —dijo uno de los policías que hablaba inglés—. ¿Es verdad que han venido ustedes desde América, para detener a estos hombres?

Los hermanos Hollister dijeron inmediatamente que sí, mientras los padres sonreían orgullosos. El oficial les dijo que habían hecho un gran trabajo detectivesco y les explicó todo lo que aquellos hombres habían confesado.

Durante la guerra, Andreas Freuling había encontrado el reloj en las ruinas del museo de Leipzig. Andreas había huido de la ciudad bombardeada y se llevó con él el reloj de cuco, para que no se estropease. Algo más tarde unos hombres se enteraron de ello y decidieron robar el reloj. Pero cuando encontraron en Triberg la pista de Andreas, éste ya había muerto. Schmidt encontró las indicaciones cifradas y estuvo intentando localizar a Peter Freuling.

—Seguro que sus preguntas llamaron la atención de la banda —dijo Pete.

—Luego —razonó Pam—, cuando los ladrones encontraron a Schmidt en el taller del señor Fritz, intentaron apoderarse del mensaje.

—Tenéis razón —replicó el policía—. Primero, se ofrecieron a comprárselo, pero, cuando Schmidt rehusó, le amenazaron. Convencido de que el mensaje tenía mucho valor, Schmidt escondió el papel en la portezuela del reloj de cuco.

El policía hizo una pausa y añadió luego:

—Por equivocación, el reloj fue enviado a América. Los ladrones se enteraron de esto y forzaron a Schmidt a que les diera el duplicado de la dirección de los Hollister. Entonces Wetter y Gotch fueron a Estados Unidos para recobrar la nota.

—¡Canastos! —dijo Ricky—. Ese reloj tan viejo debe de valer un montón de dinero.

—Es de un valor incalculable —dijo el capitán.

Y añadió que la caja de oro de aquel reloj había sido hecha por uno de los más famosos artesanos de Alemania.

—El pueblo alemán les da a ustedes las gracias por haberle devuelto esta valiosa pieza —dijo.

Pete hizo más preguntas y se enteró de que los ladrones se habían turnado en el trabajo de ir siguiendo a la familia. Primero Wetter les había seguido al aeropuerto, mientras Gotch robaba los dos relojes en el Centro Comercial, por si en uno de los relojes estaba la nota. El hombre ancho y bajo estuvo vigilando a los Hollister hasta Heidelberg, donde contrató a un ratero para que quitase el bolso a Pam.



Luego, se ocupó de la vigilancia el hombre alto, que se llamaba Zorsky y, al regresar de América, Gotch se unió a él. Entre tanto, Wetter había ido a Düsseldorf para hacer los preparativos de venta del reloj de oro.

—¿Y el camarero? —preguntó Pete—. ¿Era de la banda?

—No —repuso el oficial—. Gotch le sobornó para que escondiese el reloj y lo llevase al barco.

Wetter habló amargamente en alemán. Y el policía tradujo:

—Dice que Zorsky fue un imbécil al robar el reloj después que los niños le vieron en el taller de Fritz. Desde entonces, la policía tuvo su descripción y estuvo buscándole.

—Y ahora todos ustedes han sido descubiertos y se les juzgará con mucha severidad —dijo el capitán Elser a los ladrones.

—¿Y qué pasará con el reloj de cuco? —quiso saber Holly.

—Será devuelto al museo —dijo el policía, tomando el lindo reloj bajo el brazo.

Una vez más, los policías dieron las gracias a los Hollister y se llevaron a los detenidos.

—Creo que nosotros ya hemos terminado nuestro viaje por el río —dijo el señor Hollister, volviéndose al capitán del «Eureka».

—Ha sido un placer —contestó el capitán—. ¿Serán ustedes tan amables de dar recuerdos míos a mi primo Otto?

Los Hollister pasaron la noche en el barco y al día siguiente alquilaron un coche para volver a Triberg. Allí fueron saludados

afablemente por el señor Fritz, que se sintió contentísimo al enterarse de que los ladrones habían sido capturados.

—Esta noche celebraremos una fiesta y habrá «singen» y «tanzen».

—Canto y baile —tradujo Holly, alegremente.

—Ahora —dijo el viejecito— os daré algo para que no os olvidéis de vuestra aventura en la Selva Negra.

Señaló a los niños el reloj de cuco que ellos habían traído de América, y que ahora colgaba de la pared.

—Lo he arreglado. ¡Mirad! ¡Mirad! —repitió el viejecito, con los ojos chispeantes de alegría.

Cuando tuvo que dar la hora, asomó el pájaro, diciendo: ¡Cucú! Y todos pudieron ver que… ¡Los ojos del animalito se encendían y se apagaban! Al verlo, los niños Hollister dieron gritos de alegría.

—Éste es el secreto de que os hablé —explicó «Herr» Fritz.

De pronto Pam se dio cuenta de que Ricky parecía mirar a algún punto muy lejano.

—Te doy un penique por saber tus pensamientos —dijo la hermana mayor, con una simpática risita.

—Voy a mandar una postal de recuerdo a Joey Brill —anunció el travieso Ricky.

—¡Cómo! ¿Qué has dicho? —se asombró Pete.

—¡Canastos! ¿No os dais cuenta de que, si Joey no hubiera roto el reloj, nosotros nunca habríamos podido descubrir este misterio?

—Tienes razón —concordó Pam—. Envía a Joey una postal y mándale recuerdos de todos nosotros. Dile que es…

—¡Cucú! ¡Cucú! —canturreó alegremente la voz dulce de Sue.


FIN